
AMBER
Un niño, los bandidos y un corazón roto
EMMA ASHWOOD

AMBER



EMMA ASHWOOD

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Epílogo

CAPÍTULO 1



Amber Johnson suspiró cuando el tren silbó y empezó a frenar. Sabía que aún no habían llegado a su destino.

Billy, el guardia que se había hecho amigo suyo, le había dicho en la última parada que quedarían poco más de dos horas de viaje hasta Freshwater Springs. No había más paradas. No debían de llevar más de una hora de trayecto.

Su primer pensamiento fue que el tren se detenía para repostar agua o leña. Lo había hecho en numerosas ocasiones desde que salieron de Nueva York. El tren se paraba en mitad de ninguna parte y se llenaba desde una grúa de agua al lado de las vías. El maquinista y su ayudante saltaban fuera y reponían la leña. Pero algo en el frenado de esta ocasión le hizo creer que algo era diferente. La deceleración parecía más urgente.

Era ya su sexto día de viaje y no deseaba nada más que llegar a su destino, bañarse y cambiarse de ropa. Se miró el vestido azul pálido, inmaculado cuando salió de Nueva York, ahora arrugado y cubierto de polvo. Intentó en vano sacudirse parte de la suciedad de las faldas.

¿Qué pensaría Anthony de ella cuando llegara? Sabía que debía causar una primera impresión favorable. No deseaba nada más que él le echara un vistazo y se enamorara. Sabía que eso era un cuento de hadas, pero se repetía a sí misma que los cuentos de hadas

existían y que aquello podía suceder. Amber solo tenía que darse la mejor oportunidad posible.

En cuanto se detuvieran, buscaría de nuevo a Billy para preguntarle si podía conseguirle agua para lavarse y, posiblemente, algún lugar privado donde cambiarse. No obstante, no tenía muchas esperanzas. Se había visto obligada a comprar un billete de tercera clase para su viaje, por lo que era pasajera en lo que era, esencialmente, un tren de mercancías. El tren ofrecía un compartimento pequeño y angosto para los pasajeros. El resto del largo convoy estaba dedicado al importante negocio de las mercancías, los billetes de banco, el oro y el correo.

Había tenido la suerte de compartir su viaje con un solo pasajero, un caballero corpulento de sesenta y un años llamado Daniel Hall. Él se había mantenido al margen durante todo el trayecto.

Se sentaba en el rincón y alternaba la lectura de los periódicos comprados en las diversas estaciones con la Biblia y selectas historias de aventuras. Le había ofrecido a Amber una de las historias de aventuras para que la leyera cuando él terminara. Ella lo intentó, pero no logró engancharse a la trama. Su mente estaba centrada únicamente en su pasado y su futuro.

Se dirigía al oeste, a Texas, para casarse con Anthony Fox, abogado. Nunca había conocido al señor Fox.

Amber era lo que ahora se denominaba en todo el país una «novia por correo». Había comenzado una correspondencia con Anthony casi seis meses atrás, justo después de que enterraran a su querida madre.

Amber había respondido a su anuncio en el Matrimonial Times. Anthony buscaba a una buena mujer para que fuera su esposa y con quien formar una familia.

Por desgracia para el abogado, parecía que otras potenciales novias le habían fallado en ocasiones anteriores. Esa, según declaró, era la razón por la que se anunciaba de nuevo.

Esto se había convertido en una práctica habitual entre los caballeros del oeste. Se dirigían hacia el poniente en busca de riquezas, tierras y un nuevo comienzo. Pero, por supuesto, las mujeres escaseaban. Ponían anuncios en diversas publicaciones de

los pueblos y ciudades de la costa este con la esperanza de encontrar una novia adecuada que tuviera el valor de reunirse con ellos.

Muchos miles de mujeres habían emprendido el viaje hacia el oeste y habían encontrado con éxito el amor y la felicidad. Amber esperaba estar entre ese número.

Tenía solo diecinueve años. Pero cuando su madre murió a causa del virus de la gripe que había asolado la ciudad de Nueva York aquel invierno, se quedó sola con su padrastro.

Marge, su madre, se había vuelto a casar cuando Amber tenía solo catorce años. Su propio padre había muerto en un trágico accidente laboral en el almacén junto a los muelles, de cuyos detalles exactos su madre nunca quiso hablar. Ella suponía que su padre había sufrido una muerte espantosa y que su madre quería protegerla de la verdad.

A medida que crecía, se dio cuenta de que las miradas de su padrastro se demoraban más de la cuenta en ella en la mesa del comedor. De cómo sus ojos la seguían cuando salía de la habitación. Y de cómo entraba accidentalmente en su dormitorio sin llamar mientras ella se vestía por la mañana. Quiso hablar con su madre al respecto, pero sentía una vergüenza y un miedo abrumadores e inexplicables. ¿Y si su madre creía que Amber estaba fomentando las insinuaciones de su padrastro?

Así que se guardó sus preocupaciones y temores para sí misma.

Tras la muerte de su madre, las insinuaciones de su padrastro se volvieron más evidentes. Normalmente ocurrían después de que él bebiera los viernes por la noche. Al principio, ella había sido capaz de librarse de situaciones potencialmente difíciles tomándose sus sugerencias a broma.

Pero sabía que, tarde o temprano, algo terrible iba a suceder. Tenía que salir de esa casa.

Fue entonces cuando empezó a cartearse con Anthony tras leer un artículo en el New York Times sobre las mujeres que se labraban una vida y encontraban la felicidad como novias por correo.

Los negocios de su padrastro empezaron a resentirse como consecuencia directa de la importación de nueva maquinaria y mano

de obra barata, lo que tuvo una correlación directa con su aumento de consumo de alcohol. La otra cosa que aumentaba con la cantidad de whisky que consumía era su evidente lascivia hacia ella. En una ocasión se había visto obligada a darle una bofetada firme en el rostro cuando él permitió que sus manos fueran a donde no debían. Aquello lo dejó impactado y durante dos semanas se abstuvo de beber y de participar en actos inapropiados. Pero ella sabía que solo sería cuestión de tiempo que volviera a emborracharse.

Cuando llegó la propuesta de Anthony, no pudo ser en mejor momento. Normalmente, tras la aceptación de tal propuesta, el caballero del oeste enviaba los medios económicos para que la novia viajara. Pero en esta ocasión Amber no tenía tiempo para esperar a que hubiera más correspondencia entre ella y Texas.

Tenía que marcharse.

Rascó todo el dinero que pudo y se dirigió a la estación. Había empaquetado toda su vida en un pequeño bolso de viaje. Tenía cuatro vestidos que valía la pena llevarse, además de ropa interior, cepillos para el pelo y algunas necesidades básicas. Sus dos posesiones más preciadas eran un crucifijo y un pequeño espejo con marco de plata que había sido de su madre. No era mucho que mostrar de diecinueve años en esta tierra, pero era todo lo que tenía. Tras enviar a Anthony un telegrama confirmando su aceptación de la propuesta matrimonial, supo que solo tendría dinero suficiente para un billete de tercera clase.

Con eso tendría que bastar.

El viaje duraría unos días más, ya que los pasajeros de tercera clase viajaban en trenes de carga con paradas frecuentes. Sin embargo, era el medio para escapar de su insatisfactoria situación. Su telegrama informó a Anthony de su próxima llegada y ella le solicitó que la esperara en la estación.

En solo cuestión de horas conocería a Anthony Fox, abogado, por primera vez. Sentía una mezcla embriagadora de emoción y anticipación temerosa. Él tenía veintinueve años, era algo mayor que ella, por supuesto, pero ese era el orden natural de las cosas. Como abogado, era un miembro digno y respetable de la comunidad. Se sentía muy afortunada teniendo en cuenta que algunas novias se

encontraban en situaciones tan desesperadas que ponían rumbo al oeste para casarse con mineros sin blanca que parecían sobrevivir a base de fe y esperanza.

Anthony le había enviado una fotografía suya a los tres meses de empezar su comunicación. Era alto y bien parecido, con cabello oscuro, una mandíbula firme y una buena sonrisa. Estaba fotografiado frente a su oficina. Obviamente, el despacho no se parecía en nada a los que se alzaban hacia el cielo en Nueva York. Era un edificio de madera blanca que servía también de hogar, pero el cartel que colgaba orgulloso en el exterior rezaba: «Anthony Fox. Abogado».

Muchas novias llegaban al oeste sin saber si la información proporcionada por su pretendido cónyuge era en absoluto verídica. Al menos ella sabía que no llegaba para casarse con un hombre de cincuenta años sin futuro.

Ella se las había ingeniado para responder con una fotografía suya tomada en un estudio de retratos local. Le había costado la mayor parte de sus fondos disponibles, pero pensó que estaba justificado aunque solo fuera para asegurar a Anthony su apariencia a cambio.

Amber sabía que era bonita. No quería ser vanidosa al respecto, pero había crecido con las miradas de admiración de los hombres siguiendo cada uno de sus pasos. Se había puesto su mejor vestido para la fotografía y había dedicado tres horas a peinarse. Esperaba que Anthony quedara debidamente impresionado.

Resultó que él quedó lo suficientemente impresionado como para proponerle matrimonio.

Mientras el tren volvía a aminorar la marcha, abrió su bolso y sacó el espejo de su madre para examinarse el reflejo. Con suerte, Billy podría encontrarle un lugar donde lavarse. Su largo cabello rubio también necesitaba un buen cepillado.

En su interior, le preocupaba que Anthony pudiera tener reservas sobre las razones que motivaron su repentina partida de la ciudad de Nueva York. No se había sentido cómoda divulgando los problemas que tenía con su padrastro en cartas dirigidas a un extraño. En algún

momento del futuro, cuando conociera a Anthony un poco mejor, lo compartiría todo con él.

En su carta de propuesta, Anthony había sugerido que se casaran inmediatamente después de su llegada, aunque solo fuera por decoro. Él tenía toda la razón, por supuesto. Difícilmente podía vivir bajo su techo a menos que estuvieran casados. Sería sumamente inapropiado, especialmente para un hombre en su posición.

Él declaró que podía estar segura de que tendría una habitación separada a su disposición y que, a pesar de estar casados, no tendría obligaciones en ese momento. Ella supuso que la misteriosa obligación a la que se refería trataba sobre asuntos conyugales. Eso le dio un gran consuelo. Quería conocer y amar a un hombre primero.

—¿Sabe por qué nos detenemos, señor Hall? —preguntó Amber a Daniel.

El hombre gordo se removió nervioso en su asiento y miró por la ventana, tan empañada de polvo y suciedad de la vía que la visibilidad era bastante limitada.

—No. No creo que esto esté programado —tartamudeó—. La siguiente parada debería haber sido en Freshwater Springs. ¿Quizá haya un problema en la vía?

Se movía inquieto, tratando de vislumbrar algo afuera. Amber comprendía sus preocupaciones. Los trenes de carga solían ser blanco de los bandidos en el pasado. Hubo un tiempo en que tales ataques se volvieron muy frecuentes; sin embargo, hoy en día la seguridad era una preocupación mayor para las compañías que transportaban mercancías. Por ello, los ferrocarriles se veían obligados a contratar a numerosos guardias como Billy en los trenes.

Daniel se puso en pie y acarició el revólver en su funda. —Creo que iré a ver qué sucede, señorita Johnson. Quédese usted en el compartimento. Eche el cierre tras de mí. Manténgase a salvo hasta que yo vuelva.

Mientras él salía pesadamente al pasillo, Amber dudaba seriamente de que Daniel fuera capaz de mantener a nadie a salvo. Sin embargo, su predisposición nerviosa la había afectado y ella echó firmemente el cierre y tiró de la puerta para comprobarlo.

El tren seguía moviéndose, aunque a un paso muy lento. No había pasado ni un minuto cuando oyó el choque de metal contra metal, seguido inmediatamente por el sonido de disparos, para su horror. Supo que sus peores temores se estaban haciendo realidad y que sin duda debían de estar bajo el ataque de bandidos. Era una mujer joven viajando sola. Pudo haberse maldecido a sí misma por no haber esperado a que Anthony le enviara dinero para cubrir sus viajes. Si lo hubiera hecho, podría haber estado resguardada en la seguridad de un tren con literas de segunda clase. Los bandidos nunca asaltaban trenes de pasajeros porque demasiados de ellos blandían sus propias armas de fuego para protegerse de los elementos criminales del oeste. Había muy poco botín como para compensar el riesgo.

Los trenes de carga eran los objetivos obvios. Este estaría repleto de billetes nuevos y relucientes destinados a los pueblos del oeste.

El tren chirrió y dio una sacudida, y finalmente se detuvo por completo.

En un instante, supo que debía esconderse. Aquí la descubrirían enseguida. Decidió buscar a Billy, que tenía un pequeño compartimento entre la carga hacia la parte trasera del tren. Él sabría qué hacer.

Abrió el cierre de la puerta y asomó la vista al pasillo. Nada.

Tan silenciosamente como pudo, se movió hacia la parte trasera del tren. Podía oír un alboroto que emanaba de la parte delantera, donde había gritos y más disparos. El corazón le martilleaba en el pecho. ¿Por qué, ay, por qué no había esperado a tener más dinero? Llegó al compartimento de Billy y abrió la puerta con cautela. Dado que el habitáculo solo tenía una pequeña ventana al fondo, tan sucia que estaba totalmente empañada, apenas podía ver nada.

—Billy —susurró—. Billy, ¿estás ahí? Soy yo, Amber.

Pero no hubo respuesta. La pequeña puerta trasera estaba entreabierta y Amber supuso que Billy se habría marchado a ver qué estaba ocurriendo.

Billy era un hombre corpulento como un oso que había enviudado recientemente. Se había hecho amigo de Amber en la primera estación, donde la encontró falta de fondos para comprar

comida, y se había compadecido de ella compartiendo sus provisiones. Su esposa, Mary, se la había llevado la etapa final de la misma epidemia de gripe que mató a su madre. Se puso enferma casi inmediatamente después de dar a luz y apenas duró cuarenta y ocho horas. Billy se había quedado solo con un bebé de seis meses llamado Sam. Era duro para él tener que criar al niño mientras trabajaba en el ferrocarril. Una buena parte de su salario se iba en pagar a alguien para que cuidara del pequeño mientras él estaba fuera. Él también tendría que buscar esposa antes de que pasara mucho tiempo. Decía que el niño necesitaba una madre.

En cada parada se alegraba de compartir con Amber lo que tuviera. Ella sospechaba que él se había encariñado con ella. Se sentía un poco culpable, como siempre que los hombres le prestaban atención o eran generosos, pero se decía a sí misma que realmente no era culpa suya si él lo hacía. Ella estaba siendo amable y aceptaba la ayuda que se le ofrecía libremente.

Mientras comían, él le contaba historias de su vida en el ferrocarril. Había hablado con bandidos, por supuesto, pero la mayoría de sus historias trataban de vías bloqueadas por desprendimientos de rocas o nevadas. Un invierno, el tren estuvo atrapado en la vía durante cinco días antes de que pudieran desenterrarlo. Perdió siete kilos en ese tiempo. Se había palmeado el estómago jovialmente.

Amber oyó pasos que se movían por el pasillo del tren y golpes y estruendos al forzarse las puertas. —¡Aquí no hay nada! —gritó una voz tosca.

—Seguid adelante. Necesitamos todo lo que podamos encontrar en este —ordenó una segunda voz aún más profunda—. Cody dice que no sabe cuándo podremos hacer otro.

Miró a su alrededor con desesperación buscando dónde esconderse. Por fortuna, este vagón en particular parecía transportar solo artículos de carga habituales. Podía ver etiquetas en algunas de las cajas de madera. Aquellas marcadas como contenido de licores podrían interesar a los bandidos, pero la mayoría de las cajas contenían conservas, sopas y frutas.

El alojamiento de Billy estaba aproximadamente a la mitad del vagón, diferente solo en que estaba libre de carga. En él había una silla barata, un pequeño escritorio y un montón de mantas sobre las que parecía haberse hecho una cama. Entre ellas había una bolsa, unas cuantas botellas y algunos restos de comida. No debía de ser una vida especialmente agradable viajar de un lado a otro en el ferrocarril.

Encontró un escondite perfecto detrás de una pila de cajas marcadas como sopa de tomate, justo pasado el compartimento de Billy. Decidió deslizarse allí y rezar para no ser descubierta. Se consoló un poco sabiendo que los bandidos no estaban buscando ni a una mujer joven ni suministros de sopa de tomate. Esperaba que pasaran de largo en busca de botines más valiosos.

Al intentar deslizarse en el espacio, notó que sus pies chocaban con un obstáculo en el suelo. Este emitió un llanto suave, apenas audible por encima del alboroto del resto del tren.

¿Qué era eso?

Amber se agachó y tanteó el suelo. No veía nada, pero sintió lo que creyó que era una cesta de mimbre con un interior suave al tacto, como mantas. Entonces se quedó petrificada, sin poder creer lo que había encontrado.

Pensó que el estrés de la situación le estaba haciendo perder la cabeza y que simplemente lo estaba imaginando.

Pero entonces resonó otro llanto y se dio cuenta de que no era su imaginación la que jugaba con ella.

Era un bebé.

CAPÍTULO 2



Tras cierta confusión, se dio cuenta de que debía de haberse topado con Sam, el hijo de Billy. ¿Qué hacía él aquí?

Recordó de sus conversaciones anteriores que Billy nunca había dicho realmente que el niño estuviera al cuidado de alguien mientras él estaba fuera trabajando. Simplemente había dicho que era difícil trabajar con un niño. Entonces recordó cómo en cada parada él había regresado al tren con un cuarto de galón de leche comprado en la estación. Después de la tercera parada, ella había comentado la cantidad de leche que parecía consumir. Él bromeó diciendo que eso lo mantenía grande y fuerte. Obviamente, era mentira. La leche era para el bebé.

Casi con toda seguridad, la gerencia sabría que tenía un bebé. Cómo se las había apañado para meter al pequeño a bordo en Nueva York era un misterio. ¿Quizá lo hacía en cada viaje? Quizá en esta ocasión no encontraba a nadie que cuidara de Sam y esta era la primera vez. Se lo preguntaría, pero no podía evitar sentirse impresionada por la devoción hacia su hijo. Otro hombre podría haber abandonado al bebé en un orfanato.

El pequeño Sam volvió a llorar.

—Chis, pequeño. Por favor, calla —susurró ella. Amber se acuclilló instintivamente para coger al bebé y estrecharlo contra su pecho—. Chis. Solo un ratito. —Se meció suavemente de un lado a otro en un intento de calmar al bebé que lloraba.

El calor de su cuerpo y el latido de su corazón debieron de consolar al niño, porque el pequeño Sam cerró los ojos y volvió a dormirse.

Y entonces, la puerta del vagón se abrió de par en par.

—Aquí dentro está más negro que la noche —dijo una de las dos voces que había oído antes.

—Ten cuidado, Luke. Podría haber un guardia aquí dentro —respondió la voz más profunda con un poco de nerviosismo.

Los hombres avanzaron con sigilo. Amber se agachó más sobre sus talones, sujetando fuerte al bebé. Por el momento, el pequeño mantenía el silencio, tal vez presintiendo el peligro cercano.

—Parece que esos guardias han huido por la puerta —señaló la primera voz, apuntando con una pistola en dirección a la puerta abierta de la parte trasera.

—Con suerte, será uno de esos de los que nos hemos encargado —replicó su amigo con una carcajada—. Si es así, no tendremos que preocuparnos de que vuelvan.

El corazón de Amber casi se detuvo. ¿A qué se referían esos hombres? Una sensación de oscuro presagio la invadió.

—Bueno, mirad esto. Algo un poco más interesante para nosotros, muchachos —dijo el primer hombre, golpeando con su pistola las cajas de licor—. Este lote nos servirá para una buena temporada. Dudo que Cody nos deje acercarnos al oro.

El otro hombre miró más de cerca algunas de las otras cajas y gruñó decepcionado por el contenido. Se adentraron más y más en el vagón.

Amber intentó respirar con la mayor discreción posible. El primer hombre estaba tan cerca ahora que podía oler el hedor a caballo, tabaco y sudor rancio. Cerró los ojos y rezó para que pasaran de largo.

Sin embargo, ocurrió lo inevitable. El pequeño Sam se puso a llorar.

—Qué demonios... —gritó el primer hombre apuntando con su arma en dirección al llanto.

El otro hombre se puso de inmediato a su lado con la pistola levantada. En la oscuridad, apenas podían ver nada—. ¿Quién hay

ahí? Sal.

Amber se quedó paralizada por el miedo. No tenía intención de revelarse. —Chis —susurró desesperada al bebé.

—No nos obligues a entrar ahí —amenazó la voz más profunda.

Amber se dio cuenta de que apenas tenía elección. Lo último que quería era que los hombres abrieran fuego. Tenía que considerar tanto al bebé como a ella misma. —Está bien —gritó con la voz más firme que pudo reunir—. Solo somos el bebé y yo. No soy un peligro para vosotros.

Se levantó y salió de detrás de las cajas, todavía estrechando al bebé que lloraba contra su regazo.

Los hombres se miraron entre sí, con las armas todavía fijas en ella. Pero, poco a poco, las expresiones de desconcierto dieron paso a sonrisas siniestras mientras la miraban con lascivia y bajaban sus armas.

El que apestaba a tabaco rancio y sudor dio un paso al frente. —¿Qué tenemos aquí? —Alargó la mano y acarició el largo cabello rubio de Amber, juguetando con él entre sus dedos sucios—. Pero si eres algo especial.

Amber se encogió contra las cajas.

—No hace falta ponerse así, linda jovencita. Aquí todos somos amigos —siseó él.

El otro hombre dio un paso adelante y miró a Amber de arriba abajo con intención. —A Cody le encantará esta.

El primer hombre miró a su amigo y sacudió la cabeza. —Cody no se quedará con esta primero.

El otro hombre hizo lo mismo. —Ya conoces las reglas, Luke. Cody elige primero. No querrás cabrearlo; acuérdate de lo que te digo. —Se acarició una cicatriz en la barbilla como si tuviera algo que ver con su afirmación.

El primer hombre, Luke, soltó un suspiro de decepción. Había presenciado la ira de Cody y no tenía intención de enfadarlo. Sería su fin.

Amber empezó a temblar de miedo. Estos hombres hablaban de ella como si ni siquiera estuviera allí, decidiendo su destino con naturalidad.

Si tan solo hubiera esperado a que Anthony le enviara el dinero. Si tan solo no se hubiera visto obligada a huir de su casa, no estaría en esta situación.

—Venga, pues —instó Luke—. Saquémosla de aquí.

El otro hombre asintió y dio un paso al frente: —Muy bien, encanto, síguenos.

—No —respondió Amber desafiante, fulminando al hombre con la mirada.

Los dos hombres se rieron.

—Oh, tiene carácter, hay que reconocérselo —soltó una carcajada Luke. Dio un paso hacia delante hasta que respiró su fétido aliento directamente en la cara de Amber—. Mire, señorita. Tenemos que llevarla ante nuestro jefe, Cody. Confíe en mi amigo Max: no es un hombre al que quiera cabrear. ¿Ve esa cicatriz en su barbilla?.

Amber miró al hombre que ahora sabía que se llamaba Max y se fijó en la cicatriz de su cara. Era imposible no verla. Era un desastre horrible que había curado mal. Asintió, pero no dijo una palabra.

—Cody se la hizo a Max. Y eso que es uno de sus propios hombres. Imagine lo que le haría a usted. —Hizo una pausa un momento para dejar que esa idea calara en su mente—. No querrá arruinar esa cara tan bonita, ¿verdad?

Amber negó con la cabeza. Sam lloró más fuerte.

—¿Quieres callar a ese bebé de una vez? —espetó Luke, mirándola con dureza—. Ese ruido me atraviesa los oídos.

Instintivamente, ella abrazó a Sam con más fuerza. —Chis —lo consoló. Amber volvió a centrar su atención en Luke—: Es un bebé.

—A Cody no le gustan mucho los bebés —declaró Luke—. A mí tampoco. —La empujó en el estómago con su pistola—. Vamos, muévase.

Amber sabía que no podía hacer mucho más que obedecer. —Espere un momento —dijo—. Déjeme coger la cesta del bebé. Ayudará a calmarlo.

Luke miró a Max, quien asintió conforme. —Nada de juegos raros. ¿Entendido, señorita?

Amber regresó muy despacio al espacio tras las cajas y colocó al niño en la cesta. La levantó con cuidado y se dirigió hacia la puerta.

Luke agitó la mano con sarcasmo, gesticulando como un caballero para que ella pasara primero. Ella hizo lo que él le ordenó. Luke la siguió con la pistola apretada firmemente contra la base de su espalda.

Al detenerse en el umbral, la luz brillante hizo que Amber entornara los ojos. Max saltó primero al suelo y gruñó al aterrizar a una buena distancia de más de un metro hacia abajo.

—Deje que le pase al bebé —sugirió Amber a Max. Él la miró, casi con asco, pero guardó su pistola en la funda y estiró los brazos para recoger la cesta. Amber se sentó en el suelo y se dejó caer. Ninguno de los dos hombres se molestó en ayudarla. Le arrebató la cesta a Max en cuanto estuvo en tierra.

Luke saltó con facilidad y señaló hacia la parte delantera del tren. —Por ahí, señorita. Y ni piense en correr, no hay ningún sitio a donde ir.

Tenía razón. Miró a su izquierda y vio kilómetros y kilómetros de matorrales dominados por matas de hierba y algún cactus ocasional. Solo sabía lo que eran porque había ido a la biblioteca y había leído un libro sobre Texas después de mantener correspondencia con Anthony.

Recorrió toda la longitud del tren. Oía gritos de entusiasmo desde la parte delantera y veía a hombres merodeando a medida que se alejaban de la parte trasera. Debía de haber unos veinte hombres cargando sacos y cajas de los vagones para subirlos a los carros que esperaban.

Al llegar a la escena de la actividad, los hombres se percataron de su presencia y empezaron a silbar y a vitorear. Luke y Max rieron y levantaron los brazos en señal de triunfo.

Un hombre alto con un sombrero negro de ala ancha ladró una orden: —Volved al trabajo. No tenemos mucho tiempo. —Se volvió hacia Amber y sus captores.

Era un hombre apuesto con una espesa barba negra incipiente en la barbilla. Tenía rasgos agradables, a excepción del parche negro sobre el ojo derecho. El ojo izquierdo chispeaba con vida y estudió a Amber con evidente interés: —¿Bueno, qué tenemos aquí?

—La encontramos escondida en el vagón de atrás, Cody —dijo Luke con orgullo.

Cody se acercó y rodeó a Amber, mirándola de arriba abajo como si evaluara un caballo antes de comprarlo. —Dará buen resultado. ¿La ha tocado alguno de estos desgraciados?

Amber pensó en decir que sí, pero en su lugar murmuró: —No. —Algo llamó su atención cerca del tren, pero debido al resplandor, no podía enfocar bien. ¿Qué era aquello? ¿Un montón de trapos?

—Bien. —Hizo una pausa, mirando al bebé—. ¿Está su marido con usted?

Amber estuvo a punto de decir que el bebé no era suyo y que aún no estaba casada, pero decidió que aquello podría ser un comentario estúpido. Mantuvo la boca cerrada e intentó discernir qué era lo que había divisado más allá de los carros.

—¿Estaba sola? —les exigió Cody a sus hombres, apartando por fin los ojos de ella.

—A menos que estuviera con ese gordo al que disparamos, supongo que sí —respondió Max—. La encontramos sola.

Amber jadeó conmocionada. ¿Habían disparado al señor Hall? Entró en pánico. ¿Dónde estaba Billy?

—Bueno, muchacha, ¿es ese viejo gordo su marido? —preguntó Cody, ladeando la cabeza mientras la estudiaba.

—No —espetó Amber como respuesta—. Estaba sola, pero el señor Hall era un hombre bueno.

Max y Luke rieron, y Cody se burló: —¿No lo son todos? De todos modos, lo sigue siendo. Solo recibió un disparo en el hombro. Se pondrá bien hasta que alguien encuentre el tren. Bueno, ¿y usted, señorita? ¿Cómo se llama?

Pensó en mentir, pero ¿qué sentido tendría? —Amber.

—Un nombre bonito —dijo Cody con una sonrisa. En otro tiempo y en otro lugar, podría haber sido un pretendiente atractivo—. ¿Cuántos años tiene, Amber?

—Diecinueve.

Luke y Max se sonrieron lascivamente el uno al otro. Cody les lanzó una mirada de advertencia que les borró la sonrisa de la cara.

—¿Qué demonios hace una chica tan guapa de diecinueve años viajando sola por aquí? —preguntó Cody, con las manos en las caderas.

Amber reflexionó un momento; de nuevo, no servía de nada mentir. De hecho, aquí es donde podría obtener una ventaja. —Voy a casarme con el señor Anthony Fox. Es abogado en Freshwater Springs. Me estará esperando en la estación.

Una vez más, Luke y Max rieron. Esta vez fue el turno de Amber de fulminarlos con la mirada.

Cody esbozó una sonrisa astuta: —¿Anthony Fox? Eso es interesante. El abogado más corrupto de Texas, según dicen. Así que quizá no sea tan inocente como parece si está dispuesta a casarse con él. Es un ladrón más grande que todos nosotros juntos.

Max y Luke volvieron a reír.

Amber estaba confundida. ¿Un ladrón? ¿Corrupto? Anthony era abogado. Un hombre decente. Sus cartas así lo decían. Estaba a punto de saltar en defensa de Anthony, pero Cody habló de nuevo. —Creo que el señor Fox podría pagar un rescate generoso por usted, preciosa. —Se plantó justo delante de ella y le pasó el dedo por la mejilla. Amber no se acobardó. Estaba decidida a no mostrar miedo ante este hombre. Él se rio de su desafío. Bajó la mirada hacia el bebé en la cesta. Sam ya estaba dormido. —¿Niño o niña?

—Niño —respondió Katie instintivamente.

—¿Es suyo?

Amber vaciló. ¿Qué debía decir? Necesitaba averiguar qué le había pasado a Billy. De nuevo, sus ojos intentaron enfocar aquel montón de trapos.

Decidió que lo más seguro era simplemente responder a la pregunta de Cody. —No.

El líder de los bandidos miró a Amber con sospecha, pensando que había algo más en la historia del bebé. Pero decidió dejarlo pasar. Si esta era la prometida de Anthony Fox, entonces él estaría encantado de pagar una suma considerable por su regreso sana y salva. Cody sabía muy bien que el hombre tenía dinero; solo era cuestión de quitárselo de las manos.

Amber interrumpió sus pensamientos. —Mi futuro esposo me está esperando en la estación de Freshwater Creek ahora mismo. Le sugiero encarecidamente que me lleve allí para reunirme con él. Si no, irá directo al sheriff. Organizará una partida para venir a buscarme.

Amber esperaba asustar al bandido. Solo podía suponer la influencia que Anthony tenía en el pueblo. Como abogado, imaginaba que tendría un peso considerable. Pero los comentarios de Cody la habían inquietado un poco. ¿En qué sentido podría ser Anthony un corrupto? No tenía mucho sentido. ¿Quizá Anthony había ayudado a encarcelar a uno de sus socios en el pasado y el hombre le guardaba rencor? No lo sabía. Sin embargo, quería poner a Cody a la defensiva tanto como fuera posible sembrando la duda en su mente. Podría decidir que ya había tenido un buen día robando las mercancías del tren y enviarla de buen grado a su destino para evitar que una partida de búsqueda fuera tras él.

—¿Una partida de búsqueda, dice, señorita Amber? —Cody se rio —. ¿Y dónde vendrían a buscarnos, señorita?

Amber permaneció en silencio, sin tener la menor idea.

—¿Ve esas colinas de allí? —Cody señaló con un dedo largo y huesudo.

Amber asintió, mirando las colinas a lo lejos.

—Ese es mi reino. Mi dominio. Ningún representante de la ley, ninguna partida va a subir allí a por nosotros. Nosotros mandamos. —Sonrió ante la inocencia e ignorancia de Amber—. No, su leal prometido tendrá que pagar si la quiere de vuelta.

Cody se volvió hacia los dos hombres. —Ponedla en uno de los carros. Que esté cómoda. —Dio un paso hacia ellos y levantó la mano de forma medio amenazadora—. Nada de tocarla. Y aseguraos de que nadie más intente tocarla tampoco. Si lo hacen, os culparé a vosotros dos. ¿Entendido?

Max y Luke tragaron saliva y asintieron obedientemente.

—Bien. Aseguraos de que el bebé esté cómodo también, caballeros. Si el bebé está contento, la madre estará tranquila, recordad eso.

Madre. Amber entró en pánico ante el uso de esa palabra. Ella no era la madre de Sam. No tenía experiencia cuidando a un niño. ¿Dónde estaba Billy?

Cody lanzó una última mirada a Amber. —Estará bien cuidada. Siempre que se comporte, claro está. Lo que buscamos es el dinero. —Dicho esto, se dio la vuelta y caminó hacia el tren, dando órdenes a sus hombres para que trabajaran más rápido.

Luke señaló el carro más cercano. —Venga, pues, señorita Amber.

Ella empezó a caminar hacia el carro, que ya estaba muy cargado con cajas saqueadas del tren.

Ahora que podían ver la parte delantera, Amber comprendió por qué se había detenido. Una enorme pila de troncos había sido arrojada sobre las vías. También parecía haber algunas rocas grandes. Si el tren hubiera chocado contra todo aquello, lo más probable es que hubiera descarrilado, matando a la mayoría de las personas a bordo. Fue una suerte que el maquinista lograra frenar. Por supuesto, cuando el tren se detuvo, los bandidos atacaron.

Los ojos de Amber solo estuvieron en el bloqueo un momento antes de centrarse en el montón de trapos que yacía al lado del tren. De color rojo brillante. Al acercarse, supo lo que iba a ver.

Billy llevaba puesta una camisa roja brillante aquel día.

Y allí estaba, la silueta inconfundible de la enorme mole de Billy. Estaba tumbado boca abajo en la tierra, con los brazos extendidos, inmóvil. No hacía falta ser médico para ver que estaba muerto.

Asesinado por Cody y su despiadada banda de bandidos.

Amber cerró los ojos y ofreció una oración silenciosa por el hombre.

Miró hacia el interior de la cesta. El pobre pequeño Sam acababa de abrir los ojos y la estaba mirando. Pobre niño. Ahora era huérfano.

Por un cruel giro del destino, Amber se había convertido, de algún modo, en su nueva madre.

CAPÍTULO 3



El viaje de Amber duró casi tres horas en carromato.

Hacía calor y resultaba incómodo. Los senderos que seguían se volvían más estrechos a medida que se alejaban de la vía del tren hacia las colinas. En dos ocasiones, una rueda se quedó atascada en un bache o un surco del camino y todos los hombres de los otros carromatos saltaron para liberarla. El avance era, en el mejor de los casos, arduo.

Afortunadamente, mantuvieron a Amber hidratada. Tenía su propia cantimplora de la que beber, así que al menos no tenía que compartirla con aquellos hombres mugrientos.

No se había parado a pensar ni un momento en cómo iba a cuidar del bebé. Cuando Sam empezó a llorar justo después de que la caravana se pusiera en marcha, se dio cuenta de que el niño debía de tener hambre. En esto tuvo un poco de suerte; dentro del cesto había un biberón todavía medio lleno de leche. Rogó para que, fuera adonde fuera, tuviera acceso a leche fresca para el pequeño.

Incluso llevaba consigo su bolsa de viaje. Insistió en que Max regresara a su vagón para recogerla, alegando que contenía artículos de primera necesidad para una mujer. Él no quiso discutir por tener que volver al tren a buscarla.

Ascendieron lentamente hacia las colinas. A medida que subían, el ambiente se volvía más fresco y llevadero. No había tenido en cuenta el calor de Texas antes de marcharse. Parecía distinto a los

largos veranos de Nueva York. Era más agotador, más opresivo, y se preguntaba si sería así durante todo el año.

Muchos pensamientos cruzaron su mente durante el trayecto.

Principalmente se centró en Anthony.

¿Qué estaría haciendo en ese momento? Estaría esperando su llegada a la estación de un momento a otro. ¿Estaría nervioso? ¿Emocionado? ¿O ambas cosas? Pero, por supuesto, ella no llegaría. Supuso que los trenes sufrirían retrasos constantemente. Pasaría tiempo antes de que se diera cuenta de lo ocurrido. Solo entonces podría albergar la esperanza de que él tomara medidas para rescatarla.

Las palabras de Cody aún resonaban en sus oídos y la preocupaban enormemente. Estaba claro que sabía de Anthony. Había reconocido el nombre. Pero todos aquellos comentarios sobre que era un pícaro y alguien poco de fiar la habían desconcertado. ¿Cómo podía saber quién era Anthony en realidad? Se dio cuenta de que no sabía nada de su pasado ni de sus actividades comerciales. ¿Y si de verdad era un abogado que representaba a ladrones y vagabundos y estaba metido en turbios negocios? Ella lo había imaginado como un ciudadano ejemplar y recto, alguien que defendería los derechos de los pobres y los oprimidos.

¿Y si se equivocaba?

¿Y si él la abandonaba a su suerte?

Luego pensó en el pobre pequeño Sam. Igual que ella, un huérfano en el mundo. Un mundo que estaba lleno de cosas terribles. Pero él nunca crecería conociendo a sus padres. Amber tenía ahora la obligación de asegurar que el niño estuviera a salvo. Como mujer cristiana, haría todo lo que estuviera en su mano para lograrlo.

Pero eso también planteaba otro problema. ¿Qué diría Anthony sobre el niño? ¿Aceptaría su explicación? Sinceramente, la historia parecía una fantasía. ¿Había encontrado al niño en un tren? Sabía que no todas las novias por correo que se dirigían al oeste contaban a sus futuros maridos que tenían hijos o que estaban embarazadas. Simplemente viajaban y rezaban para que, una vez llegaran a su destino, sus prometidos las aceptaran.

A veces lo hacían. A veces no.

Finalmente, los carromatos se detuvieron. Estaban a gran altura en las colinas, con un solo sendero que conducía a una serie de cobertizos y cabañas destartaladas. Había una cabaña más grande que parecía estar en mejor estado que las demás. Supuso que allí era donde vivía Cody. Sus hombres, que eran muchos, debían dormir en las otras chozas. Temía lo que pudiera pasar a continuación.

Los restos de una hoguera estaban esparcidos en medio de las edificaciones. Varias maderas, rocas y tocones de árboles estaban dispuestos alrededor. Supuso que allí era donde los hombres cocinaban y se reunían por las noches.

Había gallinas corriendo por allí y, por suerte, vio vacas en un pequeño pasto que obviamente suministraba huevos y leche a los hombres. Tendría algo para el niño.

—Metedla en el establo por ahora —dijo Cody después de que ella bajara torpemente del carromato—. No voy a permitir que el bebé me mantenga despierto toda la noche. Atadla. No queremos que se escape, ¿verdad?

—El bebé —objetó Amber—. Necesito poder cuidar del bebé.

—Trábale la pierna —le dijo Cody a Max tras pensarlo un momento—. Déjale las manos libres.

Amber decidió insistir: —El bebé necesita leche.

Cody gruñó con frustración. —Dadle leche. Y agua. —Se acercó a ella y bajó la voz—. No sea difícil, señorita Amber. Compórtese y espere que su hombre pague el dinero.

—Lo hará —respondió Amber, mirando a Cody a los ojos.

Él hizo una pausa. Los hombres rara vez tenían el valor de mirarle a los ojos, y mucho menos una mujer. —Si lo hace, quedará libre. Es así de sencillo. Nadie la tocará ni le hará daño mientras esté aquí. Tiene mi palabra.

Ella quiso replicar que la palabra de un ladrón y un asesino no significaba nada. En su lugar, decidió sabiamente morderse la lengua. Simplemente asintió con la cabeza.

Max indicó con la cabeza que debían dirigirse hacia la cabaña grande.

Caminó con cuidado, consciente de las miradas de los hombres que descargaban los carromatos. El establo estaba en una suave pendiente detrás de la cabaña principal.

Un vistazo le bastó para ver que era la construcción mejor edificada de todas. Los propietarios originales de la granja debieron de tener a sus animales en gran estima.

Max levantó la barra de madera que aseguraba las puertas y una de las grandes hojas se abrió. —Dentro —insistió.

Ella no desobedeció. El establo claramente ya no se usaba para animales. Estaba lleno de una mezcla de cajas entreabiertas y diversos artículos almacenados. —Ahí en esa esquina estará mejor; hay algunas balas de paja. Estará bastante cómoda.

—¿Y por la noche? Hará un frío glacial aquí dentro. ¿Qué hay del bebé?

Max pareció dudar. —La paja da calor, señorita. Le buscaré también unas mantas.

—Gracias —dijo Amber y colocó con cuidado el cesto de Sam sobre una bala de paja.

Decidió que de poco servía discutir con aquellos hombres. Decidió que iba a intentar apelar a su compasión. Algunos de ellos debían de tener corazón.

Max caminó hacia la otra esquina y desenrolló una cuerda. Miró a Amber con tono de disculpa: —Tengo que atarla, señorita. Órdenes de Cody.

—Haz lo que debas, Max.

Max se estremeció al oír su nombre. Le sonrió. Amber supo que su estrategia estaba funcionando. Sonreír. No discutir. Los hombres ayudarían a que su vida fuera más cómoda.

Él ató un extremo de la cuerda a un enorme poste de soporte y el otro al tobillo de ella, asegurándose de que el nudo estuviera apretado.

—No sirve de nada correr, señorita. ¿Adónde iría por aquí?

Era un buen argumento. En realidad, no había pensado en escapar. Esperaba que Anthony pronto fuera alertado de su situación. Él enviaría el dinero y ella sería liberada. Miró el nudo en

su tobillo. La cuerda era gruesa y Max la había anudado bien. Sus dedos menudos tardarían cien años en deshacerlo.

—No olvidará las mantas, ¿verdad? ¿Y la leche para el niño?

Max simplemente asintió con la cabeza y desapareció del establo.

Ahora que estaba sola, la magnitud de su aprieto la golpeó de lleno. Por momentos aislados tenía valor. Pero ahora se sentía abrumada. La situación parecía desesperada. ¿Qué más podía hacer? Se sentó en una bala de paja y empezó a llorar.

* * *

Cody estaba sentado en un taburete tosco escribiendo sus demandas para Anthony Fox, abogado. Era directo y conciso.

Tenía a su mujer, una chica guapa llamada Amber. Exigía un pago de 500 dólares. No tocarían a la chica. El niño, obviamente, no sufriría daño alguno.

El pago debía depositarse bajo una roca en Dead Man's Clough. En un plazo de dos días. La roca sería evidente, ya que sería la única negra de la zona.

Releyó su obra. Estaba satisfecho con el contenido. No la firmó; no era tan tonto. ¿Por qué darle al verdugo la soga con la que colgarlo? Pero pensó que a la demanda le faltaba algo. Su cuchillo estaba sobre la mesa y eso le dio una idea.

Lo cogió y se dirigió con paso decidido al establo.

Amber se puso en pie de un salto al verlo entrar. Ya se había secado las lágrimas y estaba alimentando al pequeño Sam con la leche fresca que le había proporcionado Max.

Cuando vio el cuchillo en la mano de Cody, se encogió contra la pared del establo.

Él levantó la otra mano: —No, señorita Amber, no se preocupe. Solo quiero un mechón de su pelo, eso es todo. Que su prometido abogado sepa que sin duda la tenemos. —Mascaba tabaco mientras hablaba.

Ella volvió a poner a Sam en su cesto y aguantó con aire desafiante mientras Cody le cortaba un mechón de pelo. Muchas

mujeres llorarían ante esto, pero Amber estaba decidida a no darle esa satisfacción a aquel criminal.

—¿Cuánto tiempo debo quedarme aquí? —preguntó.

—Hasta que Fox pague, señorita Amber —dijo Cody. Si era sincero, preferiría que Amber se quedara para siempre. La vida que llevaba era emocionante y llena de aventuras. Tenía dinero y el respeto de sus hombres. Pero si algo le faltaba, era una buena mujer. Y Amber lo era, sin duda. A pesar de todo lo que había pasado esa mañana, todavía olía bien. Tenía una seguridad en sí misma que le gustaba. Mientras le cortaba el pelo con cuidado, se permitió deleitarse con su presencia.

—¿Lo que dijo sobre Anthony? —preguntó Amber.

Cody ladeó la cabeza y la evaluó con su ojo bueno. —¿Qué pasa con eso?

—¿Era verdad?

Cody se rió, asintiendo con la cabeza. —No lo sabe, ¿verdad? —Hizo una pausa y luego le ordenó—: Siéntese.

Ella hizo lo que le decía.

Él se sentó frente a ella en otra bala de paja. —¿Me equivoco si digo que es usted una de esas novias por correo, señorita? Nunca ha conocido a Fox, ¿verdad?

Por alguna razón, Amber se sintió un poco avergonzada. Su rostro se enrojeció. —Sí.

—Me lo imaginaba. Pues sí, todo lo que le dije sobre Anthony Fox, el abogado, es cierto. Su padre era igual. —Había un desprecio real en el tono de su voz—. Fue el padre de Fox quien inició el pleito que hizo que mi padre perdiera su rancho. Yo solo tenía diez años entonces. Tate, mi hermanastro, que está por aquí conmigo en algún sitio, solo tenía dos. —Se giró y escupió de la manera más desagradable—. He sabido de Anthony Fox toda mi vida. Yo soy muy descarado en la forma en que rompo la ley, pero él no. Miente, chantajea, engaña. Sinceramente, me sorprende que quiera una novia. Frecuenta el salón de Freshwater Springs casi todas las noches. Eso sí, hemos tenido poco trato con el pueblo en seis meses. Deadman's Creek ha estallado desde que encontraron oro

allí. —Señaló en otra dirección—. Muchas oportunidades. Pero, ¿quién sabe? ¿Quizá ese señor Fox haya cambiado de costumbres?

Curiosamente, hablaba con mucha sinceridad.

En ese instante, ella le creyó.

Eso la puso nerviosa. ¿Por qué creía a un hombre como Cody? No tenía sentido. Anthony le había enviado las cartas más conmovedoras. Era un buen hombre. Cody era un estafador. Un hombre que permitía que sus subordinados asesinaran. Pensó en el señor Hall con la bala en el brazo y en el pobre Billy abandonado boca abajo en la tierra.

Se dijo a sí misma que Cody mentía. Era lo único que sabía hacer.

Sin embargo, había algo en su mirada. En su único ojo bueno. Una expresión inquietante que hablaba de su pasado.

Cody se palmée las rodillas y se levantó. —Bien, señorita, debo irme. Cumplo mi palabra. Nadie la tocará. Si se les ocurre siquiera pensarlo, yo me encargaré de ellos. —Levantó el cuchillo de forma amenazadora.

Ella pensó en la cicatriz de la cara de Max. ¿Qué habría hecho para enfurecer a Cody? Este hombre era extraño. Era duro e implacable, pero en algún lugar profundo de su ser había un corazón. Le intrigaba su historia sobre el rancho. Notaba que no era el momento de presionarle para saber más.

—¿Puedo comer algo? Tengo hambre —dijo ella suavemente.

—Por supuesto. Alguien cocinará pronto. Se la alimentará.

Cody se marchó y regresó a su cabaña. Gritó a uno de los hombres que descargaban las mercancías de los carromatos para que entrara. Colocó el mechón de pelo junto a la nota sobre la mesa.

El hombre más joven entró según se le ordenó; era más delgado que Cody, pero también musculoso y compartía sus rasgos. Era Tate, el hermanastro de Cody.

—Necesito que lleves esto a Fox. Pásalo por debajo de su puerta esta noche. Y no te emborraches en el pueblo —insistió Cody.

Tate hizo una mueca de desprecio ante la instrucción. Los dos hombres mantenían una relación difícil. Tate era ocho años menor y

tenía menos experiencia en la vida. Cody guardaba un resentimiento irracional persistente contra él. Había sido el favorito de su padre. Tate era el hijo de la segunda esposa de su padre, Jessica. Su padre tenía 45 años cuando su segunda esposa tenía apenas 22. Ella había sido una de las primerísimas novias por correo.

Jessica llegó en diligencia. El ferrocarril aún estaba por construir. En el momento en que ella bajó del carruaje, su padre se quedó prendado de ella.

Cody la resintió desde aquel mismo instante. Parecía estar ocupando el lugar de su madre, y su padre aparentemente había olvidado por completo a la madre de sus hijos.

Sabía que no tenía motivos reales para quejarse. Su padre era un hombre relativamente joven con dos niños pequeños que criar, Cody y su hermano menor Michael. Necesitaba una mujer. Los niños necesitaban una madre.

No es que la nueva influencia le hubiera servido de mucho a su hermano. Michael había muerto de un disparo durante un robo.

Tate nació menos de un año después de que llegara la nueva esposa de su padre. Y recibió todo el afecto imaginable.

Luego, por supuesto, llegó la demanda judicial y todo su mundo se derrumbó. La familia se vio obligada a recurrir al crimen para sobrevivir.

Donde antes tenían un negocio sano y próspero, todo les fue arrebatado por un abogado corrupto: el padre de Anthony Fox.

Tate alargó la mano, cogió la carta y asintió.

—Asegúrate de que no te vean —dijo Cody—. Vuelve antes del amanecer.

Tate asintió. —Entendido —dijo con neutralidad. Con eso, se dio la vuelta y salió de la cabaña en busca de su caballo.

Cody lo vio marcharse. No era solo el hecho de que Tate fuera el favorito de su padre; había otro asunto también. El relacionado con Michael.

Cody decidió que iba a intentar dormir. Sin duda, los hombres estarían celebrando hasta altas horas de la noche. Era su mayor golpe en meses. Las cajas de licor que consiguieron rescatar del tren sin duda ayudarían en ello.

Se quitó el parche del ojo y lo dejó sobre la mesa junto a la cama. Se frotó el tejido cicatrizal sobre el ojo que le faltaba. Le dolía más a menudo de lo que le gustaba reconocer.

Cody se tumbó en la cama, pero el sueño le fue esquivo. No podía dejar de pensar en la chica guapa que estaba atada en el establo.

CAPÍTULO 4



El sol se había puesto por fin cuando le trajeron comida a Amber.

Cody había dejado abierta la puerta del establo y ella podía ver el exterior. La enorme esfera roja desapareciendo tras las colinas en la lejanía era un espectáculo asombroso. Resultaba curioso que nunca se hubiera fijado realmente en la puesta de sol en la ciudad de Nueva York. Aquí, era como si todo se hubiera ralentizado mientras el sol se deslizaba hacia abajo, hacia el horizonte. Luego, pareció hundirse muy rápido bajo las colinas, como si una fuerza invisible tirara de él.

Deseaba más que nada haber podido contemplar aquel atardecer con Anthony desde la seguridad de su porche. A estas alturas ya serían marido y mujer.

Las mentiras de Cody habrían demostrado ser falsas. ¿Verdad? Su mente luchaba contra la preocupación. Trató de dejarla a un lado.

A medida que la luz empezaba a desvanecerse, vio llamas y olió el intenso aroma de la madera al arder. Los hombres habían encendido una hoguera. Vio las siluetas oscuras de los hombres caminando a su alrededor. Oyó sus voces; a veces gritaban, a veces vitoreaban. Estaban de celebración.

El pequeño Sam había estado notablemente tranquilo. Amber lo alimentó y lo cambió. Él durmió. Apenas necesitó consuelo cuando lloró. Pensó que quizá Billy se las había apañado para enseñarle a

guardar silencio. Una pequeña inspección reveló un descubrimiento en el fondo del capazo del bebé. Bajo una capa de mantas, encontró un frasco de cristal con un tapón de corcho.

Cloral del Dr. Watson – Cura para el insomnio.

El contenido estaba a la mitad.

Era evidente que Billy había estado dosificando a Sam con pequeñas cantidades en su leche. Ahora la quietud y los largos periodos de sueño tenían sentido. Amber supuso que así era como se las apañaba para tener al niño con él mientras trabajaba sin ser descubierto.

Amber volvió a guardarlo. No tenía intención de usarlo con Sam. No creía que el uso de tal medicación en un bebé pudiera ser una buena idea.

Mientras mecía al bebé dormido, se preguntó si Sam extrañaba a su padre. Se le partía el corazón al pensar que el niño nunca lo conocería. Había sido un personaje arrollador con el que Amber había disfrutado pasando el tiempo. En otro momento y en otro lugar, podría haber sido un hombre del que ella se hubiera enamorado. Era amable, honesto y de confianza. Todo lo que una chica podría desear.

El joven llegó poco después con su comida. Era delgado y fibroso. Al mirarle la cara, adivinó que solo recientemente había tenido necesidad de empezar a afeitarse. Miró a Amber y se sintió inmediatamente avergonzado. Estaba claro que no había pasado mucho tiempo rodeado de mujeres.

—Señorita, algo de comida para usted —ofreció con nerviosismo.

Amber alargó la mano y cogió el plato. Alguien había estado ocupado en el campamento. En una mitad había un filete de buen grosor, del tipo que habría costado una fortuna en un hotel de Nueva York. En la otra mitad, un lecho de puré de patatas. Era una comida digna de una reina más que de una prisionera.

—Gracias —respondió Amber con gratitud—. ¿Cómo se llama?

—Rex, señorita —respondió el joven, poniéndose de un color carmesí intenso.

—La comida tiene un aspecto delicioso. Pero ¿necesitaré un cuchillo para cortarla?

Rex miró a su alrededor, fijándose primero en el plato y luego en el camino que había recorrido. —Juraría que había traído uno, señorita. Espere un momento, no tardaré nada.

Desapareció del establo. Ella saboreó el aroma de la carne mientras esperaba.

A los dos minutos, Rex estaba de vuelta con un cuchillo reluciente. Se lo entregó.

—Mis disculpas, señorita. —Se quedó observándola un minuto.

Amber le sonrió: —¿Vas a quedarte ahí de pie durante toda la comida?

—Perdone —se disculpó él, mirando hacia el suelo—. Cody dice que tengo que quedarme con usted mientras come. Probablemente volveré más tarde y dormiré justo ahí, junto a la entrada.

—Ya veo. Es mi guardia de la prisión. —Su tono había cambiado ligeramente para mostrar un deje de resentimiento.

—No. Nada de eso. Solo por si alguno de los muchachos se pone un poco alborotado. Protección, ya sabe.

Amber recordó la última vez que alguien afirmó ser su protector. Había sido el señor Hall ese mismo día, en el tren. Aquello había terminado mal. Esperaba, por el bien de este chico, que esto no terminara de la misma manera.

—Bueno, no se quede ahí encima de mí mientras como, Rex. Incomoda a una. Váyase a sentar ahí, en esa bala. Créame, no voy a hacer nada más que comer con este cuchillo.

Él asintió con la cabeza y se sentó en la bala que Cody había ocupado horas antes.

Amber cortó el filete. Estaba tierno y jugoso. Después de seis días de tomar comidas rápidas con Billy en las estaciones de tren, se dio cuenta de lo famélica que estaba. Comió con entusiasmo. Sentarse en silencio con Rex tan cerca era incómodo.

—Y bien, ¿cómo terminaste involucrado con Cody? —preguntó Amber en un intento de entablar conversación.

Él reflexionó un momento: —Fue hace poco más de dieciocho meses. Vivía en Dead Water Creek. Mi madre murió en el parto. Ni ella ni el bebé sobrevivieron. —Sus ojos brillaron mientras se le

saltaban las lágrimas—. Mi padrastro me echó a la calle al día siguiente. Dijo que no me quería estorbando.

Amber se tensó al oír mencionar a un padrastro. Sabía lo mal que podían ir esas relaciones, pero guardó silencio y dejó que Rex continuara su relato.

—Anduve a la deriva por el pueblo un tiempo. Solo tenía catorce años. Conseguí un trabajo en una de las minas que acababan de abrir tras el hallazgo de oro. Pero hubo un accidente —hizo una pausa y su mirada pareció perderse—. Murieron treinta y cinco hombres. La mina estuvo cerrada un par de semanas. Pero nunca regresé cuando volvió a abrir. No quiero volver a ver las cosas que vi aquel día.

Por el nudo en su garganta, Amber pensó por un segundo que empezaría a llorar. No era más que un niño. Amber empezó a sentir simpatía y lástima por él.

—Fui saltando de trabajo en trabajo. Tonterías, llevando recados, descargando botellas de cerveza, ese tipo de cosas. Me las apañé para ganarme enemigos en situaciones similares. Todos buscábamos los mismos empleos. Todos tratando de ganar unos pocos dólares para alimentarnos. En fin, un día acabé en una pelea con uno de ellos en mitad de la plaza del pueblo. Cody acababa de llegar en su caballo. Nos miró pelear unos minutos. Cuando terminamos, dijo que yo era bastante hábil con los puños. Dijo que le vendría bien un hombre como yo. No tenía perspectivas en el pueblo. Me uní a Cody en ese mismo momento. No he pasado hambre ni un solo día desde entonces, eso se lo aseguro, señorita.

Si los hombres comían así todos los días, Amber podía entenderlo. Se preguntó de dónde procedería la comida, pero luego supuso que probablemente prefería no saberlo.

—Seguiría a Cody hasta el fin del mundo, señorita. Él cuida de gente como nosotros. Evita que esos ricos se crean mejores que nosotros solo porque nacieron en una vida mejor. —Miró el fino vestido de Amber, aunque estuviera cubierto de suciedad, y volvió a sentirse avergonzado—. ¿Me disculpa, señorita?

—Oh, yo no soy rica, Rex. Puede que sea de Nueva York, pero estoy huyendo de una mala situación, igual que usted.

Por primera vez, Rex sonrió y pareció relajarse.

Amber reflexionó sobre el relato de Rex. ¿Quizá Cody no era tan mal tipo después de todo? Puede que todos los hombres tuvieran historias similares a la de Rex. Abrirse camino en este mundo era duro. No le sorprendía que los oprimidos se alzaran y lucharan contra lo que percibían como opresión.

Pero entonces su mente derivó hacia la imagen de Billy yaciendo boca abajo, muerto en la tierra. Asesinado.

No podía haber justificación para eso. ¿A cuántos niños más como Sam habrían dejado sin padre los hombres de Cody?

—Ha estado delicioso. No sé si he tenido una comida mejor en mi vida —dijo Amber entregándole el plato a Rex.

—Eso habrá sido cosa de Johnny, señorita. Es un tipo mayor, de unos 40 años, supongo. Él no viene a ninguna aventura con nosotros. Se queda aquí y cuida del lugar. Se encarga de la cocina y eso.

Amber le dirigió una mirada extrañada. Pensó que era interesante cómo se refería al crimen como una «aventura». Quizá no conocía otra cosa. Probablemente para él todo era una gran aventura.

—En fin, será mejor que me lleve este plato y las cosas. Como le he dicho, Cody dice que duermo aquí esta noche, justo ahí en la entrada. No le estorbaré, señorita. No seré ninguna molestia, se lo prometo.

Amber asintió mientras él cogía el plato. No lo dudaba ni por un instante. Se preguntó cómo un joven como Rex, atrapado ahí fuera, podría esperar encontrar alguna vez a una mujer. También le preocupaba cómo podría él protegerla de algunos de los hombres endurecidos que en ese momento cantaban alrededor de la hoguera. Esperaba que la amenaza de Cody fuera lo bastante disuasoria.

El pequeño Sam empezó a llorar de nuevo y ella lo levantó y lo estrechó contra su pecho para consolarlo. Una vez más, la gran pregunta en su mente era si lo que Cody había dicho sobre Anthony era cierto. ¿Era el hombre que ella creía? ¿Pagaría el rescate?

Rex regresó casi de inmediato trayendo otro montón de mantas que repartió a partes iguales entre él y Amber. También traía otra

jarra de leche fresca. —Voy a acostarme ya, señorita, si no le importa.

—Tome, tómese una taza de leche conmigo. Siempre tomo una antes de dormir. Me ayuda a conciliar el sueño. —Le tendió una taza de hojalata.

Él la aceptó con gratitud. Ella sabía que probablemente bebía whisky y cerveza con los hombres, intentando encajar, pero sospechaba que prefería una taza de leche. Amber había encontrado las tazas en un rincón, las había enjuagado con un poco de agua y estaban listas para beber.

Se sentaron juntos, bebieron leche y hablaron de nimiedades. Era casi como si Amber no fuera una prisionera y no estuviera atada por una cuerda apretada alrededor de su tobillo. Al terminar la conversación, llegó a la conclusión de que era un buen chico que había tenido mala suerte.

Se sintió culpable por lo que había hecho.

Pero tenía que hacer lo que fuera necesario.

CAPÍTULO 5



Esperó hasta que el campamento quedó en silencio. Finalmente, los hombres habían dejado de beber y de celebrar. Uno a uno se habían quedado dormidos.

Rex roncaba plácidamente junto a la entrada del establo y no se había movido en tres horas.

Alimentó a Sam, vertiendo en la leche por primera vez unas gotas del frasco de cloral.

El bebé se quedó plácidamente dormido nada más terminar la leche. Ella esperó otros diez minutos y luego, con mucho cuidado, deslizó un cuchillo de la manga de su vestido.

Echó un último vistazo a su alrededor y empezó a serrar frenéticamente la cuerda que le sujetaba el tobillo. El esfuerzo le dolía en la muñeca, pero no se rindió hasta que, una a una, las fibras se deshilacharon y se rompieron.

Estaba libre.

Se levantó y sacó a Sam de su cesta. Se dirigió hacia la puerta del establo, caminando con cuidado y en silencio, sin dudar de que Rex seguiría profundamente dormido.

Le había administrado lo último del cloral en la leche de Sam, tras haber vertido casi medio frasco en la leche de Rex sin que este la viera mientras charlaban.

El cuchillo lo había escondido cuando el chico le entregó el plato de comida unas horas antes.

El padre de Amber se había interesado por la magia y el ilusionismo antes de morir y siempre la había asombrado con su enorme repertorio de trucos. También enseñó a su hija el dominio de los juegos de manos. Ella nunca pensó que aquello le resultaría útil de esta manera.

Cuando vio el cuchillo en el plato, supo que tenía que esconderlo. Lo cogió rápido y sin ser vista. El pobre Rex no se lo había olvidado en absoluto. En aquel momento, no sabía qué iba a hacer con él. Podría haber sido simplemente para defenderse, pero poco a poco, a medida que avanzaba la tarde, tramó su plan.

El frasco de cloral fue una bendición del cielo, tanto como la naturaleza confiada y abierta de Rex. Se sentía culpable. Rezó para que, cuando Cody descubriera que ella no estaba, no se ensañara demasiado con el chico. Tiró el frasco en el establo para que pudiera encontrarse fácilmente, por si acaso Cody sospechaba que el muchacho se había emborrachado y había fallado en su deber.

Mientras comía y hablaba con Rex, observó el trasiego de fuera, en el campamento. Un último carromato entró cuando ya había

anochecido, obviamente de vuelta de algún pueblo cercano con suministros, porque no procedía del tren asaltado.

A DIFERENCIA de los otros carromatos, el conductor de este en particular desmontó y dio de beber a su caballo, pero lo dejó enganchado al vehículo.

ESO FUE lo que dio forma al plan en su mente.

SE QUEDÓ en silencio un minuto ante la puerta del establo, mirando hacia fuera. No oyó voces ni risas, solo los sonidos del desierto, un coyote lejano quizá, y los suaves gruñidos de los ronquidos.

EL CORAZÓN de Amber palpitaba con fuerza en su pecho, pero no se sentía nerviosa. Su rostro estaba impasible y tenía una expresión de sombría determinación.

AGACHÓ LA CABEZA y caminó directamente hacia el carromato enganchado. Subió con cuidado la cesta de Sam al asiento de madera y se encaramó junto a él. Aunque detestaba usar el somnífero con el bebé, era lo mejor. Lo último que necesitaba era que se despertara de repente y gritara. Si eso ocurría, todo estaría perdido.

ESE MISMO DÍA, mientras cabalgaban desde el tren hacia el campamento, ella había mirado por la parte trasera de su carromato y observado al hombre que conducía el de inmediatamente detrás. Lo miró con interés. No parecía difícil conducir un carromato. Se fijó en cada cosa que hacía el hombre. Se sintió satisfecha de sí misma cuando supo lo que el conductor iba a hacer un instante antes de que lo hiciera realmente.

Agarró las riendas, les dio un pequeño tirón y no pasó nada. Repitió la acción, pero con un golpe de muñeca más seco. Muy lentamente, el caballo empezó a caminar hacia delante. Rezó para que no hubiera ruido, pero los hombres debían de haber bebido hasta perder el sentido, porque ni uno solo se movió.

Minuto tras agonizante minuto, se fue alejando del campamento.

Agradeció que la luna estuviera casi llena. Proporcionaba luz suficiente para asegurar que el carromato se mantuviera en el camino. A lo lejos pudo ver luces titilando y dedujo que eran las luces de Freshwater Springs. Seguiría el camino hacia el cruce y luego giraría a la derecha para ir hacia el pueblo.

Cuanto más se alejaba del campamento de Cody, más disminuía su ritmo cardíaco.

Había escapado.

Las luces del pueblo se hacían cada vez más brillantes a medida que se acercaba. Se había sorprendido a sí misma al dominar la conducción del carromato. Los caballos parecían tener sentido para ella de forma natural. Eso solo podía venirle bien para el futuro aquí en Texas. La única forma de desplazarse era con el uso de caballos.

Eso solo trajo de nuevo a Anthony a su mente.

—¿Y si Cody tenía razón? ¿Y si era un abogado de tres al cuarto interesado solo en la riqueza y el poder? ¿Y si no era el hombre del que se había enamorado mientras se escribían por carta? ¿Qué haría entonces? ¿Subirse al tren y volver a Nueva York? No tenía dinero para eso. ¿Y si Anthony era un hombre decente y bueno pero no se creía su historia sobre el bebé? ¿Y si se limitaba a echarle un vistazo

y la despedía? ¿Podía culparle realmente? Si sus posiciones se invirtieran, ¿se habría creído ella su historia?

Después de todo, no es como si Sam pudiera corroborarla.

Su mente estaba hecha un lío tratando de responder a estas estúpidas preguntas y no se dio cuenta del jinete que se aproximaba desde la dirección del pueblo. Él bloqueó el camino más adelante, obligándola a tirar con fuerza de las riendas. Blandía una pistola mientras se acercaba a su lado.

—Vaya, hola, señorita, ¿a dónde cree que va? —dijo él con calma.

El hombre se parecía a Cody, pero era claramente mucho más joven. Debía de ser su hermanastro, Tate; aquel del que había hablado cuando charlaban en el establo.

—Al pueblo —dijo ella con toda la autoridad que pudo reunir.

—¿Ah, sí? —la miró con atención. Incluso a la luz de la luna, podía ver que era hermosa. Los hombres tenían razón sobre ella, era un regalo para la vista—. ¿Sabe mi hermano algo de eso, señorita?

Ella vaciló durante una fracción de segundo.

—Sí. El bebé no está bien. Dijo que no quería un niño muerto en sus manos y me dejó marchar.

Tate miró la figura dormida de Sam.

—A mí me parece que está bien.

—¿Es usted médico? —preguntó Amber con brusquedad. Él pareció un poco avergonzado y ella se aprovechó de eso—. ¿Puedo irme? Mi

bebé... —Casi gritó las últimas palabras con desesperación y las lágrimas asomaron a sus ojos.

Tate se sintió confundido por un momento, pero pronto vio una columna de polvo en la distancia, tras la estela de su carromato. Solo podían ser jinetes del campamento.

Echó otro vistazo al bebé que dormía plácidamente e ignoró los crecientes lamentos de Amber.

—Espere.

Cabalgó para reunirse con ellos. Eran su hermano, Cody, Luke y otros dos. Habían descubierto que faltaba su carromato de suministros y su prisionera con él.

Tate explicó rápidamente la historia que Amber le había contado, y Cody se rió.

—¿Has entregado la demanda de rescate?

—Desde luego.

—Bueno, llevemos a la señorita Amber de vuelta al campamento y esperemos nuestro dinero, ¿os parece?

Se dirigió con soltura hacia el carromato.

Se tocó el sombrero a modo de saludo.

—¿Señorita Amber? He intentado ser amable y todo eso. ¿Pero esto es lo que hace usted? —Sacó el frasco vacío de cloral.

Esta vez, Amber lloró de verdad.

CAPÍTULO 6



Anthony Fox se cepilló el bigote y se quedó mirando su reflejo en el espejo. Por fin estaba satisfecho.

En menos de una hora Amber llegaría en tren. Quería causar una impresión favorable. Era importante; aquel primer encuentro lo era todo.

Se vistió con su mejor traje, el que normalmente usaba para ir al tribunal. Había seleccionado una llamativa corbata roja que se anudó tres veces antes de quedar conforme.

Estaba listo para conocerla.

Cogió la fotografía de al lado del espejo, donde la había colocado cuando llegó. Amber era una chica guapa. Estaba sorprendido y un poco aprensivo por el hecho de que hubiera elegido convertirse en una novia por correo. Con su aspecto, habría sido fácil encontrar numerosos pretendientes en la ciudad de Nueva York. Se preguntaba por qué habría tomado este camino para encontrar marido.

Sabía que su madre había muerto durante la epidemia que asoló la ciudad aquel invierno. Había intentado indagar en sus cartas sobre sus motivos, y las respuestas que recibió fueron vagas y distantes. Teniendo en cuenta la situación, probablemente no importaba.

Pero ¿y si ocultaba algo?

En menos de una hora lo descubriría.

Gritó a su criada que se marchaba. La cena debía estar lista a su regreso. En tres horas.

Le llevaría ese tiempo solucionarlo todo tras la llegada de ella.

Se echó un último vistazo al espejo y salió de la casa que también le servía de despacho.

La estación estaba a menos de diez minutos en un suave paseo a caballo fuera del pueblo. Sin embargo, hoy había optado por llevar el carro. Sin duda Amber traería equipaje y no podía esperar que una neoyorquina montara a caballo. Tardaría al menos veinte minutos en llegar allí.

Le había ido bien a lo largo de los años. Su padre había sido abogado y él siguió sus pasos. Había ido a la facultad de Derecho en Boston, pero siempre tuvo el anhelo de regresar al oeste. Se incorporó al bufete de su padre; resultó algo muy natural, pero su padre murió un año después y Anthony no dudó en retirar su nombre del cartel.

Durante los últimos cinco años había amasado fortuna y prestigio. Algún día podría presentarse a alcalde del pueblo. Pero aún no. Todavía se podía ganar dinero. Tenía numerosas inversiones; no aquí, por supuesto, eso sería demasiado arriesgado. El dinero que ganaba lo invertía en la costa este.

En las afueras del pueblo, dos hombres corpulentos estaban a un lado de la carretera. Parecían tallados de las mismísimas rocas de la tierra, vestidos como rancheros con sombreros de cuero de ala ancha. Ambos mascaban tabaco. Miraron a Anthony y asintieron a modo de saludo, gesto que él devolvió, y los dos hombres se subieron con agilidad a la parte trasera del carro. No se pronunció ni una palabra.

Eran pistoleros a sueldo.

Anthony era un hombre rico. Salir hacia la estación era arriesgado. Lo sería aún más a su regreso con una mujer a bordo. Llevaba su propia arma, por supuesto, pero los hombres estaban allí como una póliza de seguro. Por si acaso. También serían de ayuda al volver al pueblo para el trabajo que estaba por venir.

Parecía ser el único que esperaba en la estación, ya que no era una parada especialmente popular de la línea. Estación era un

término bastante grandioso para las dos casetas toscamente encaladas que se alzaban a cada lado de las vías férreas. Una era más grande que la otra, destinada a que la gente comiera. Había una torre de agua para abastecer a los trenes que llegaban y partían. El andén era simplemente tierra compactada elevada unos treinta centímetros sobre la superficie natural. El alcalde había prometido construir una estación de verdad, de ladrillo y mortero, en su campaña electoral; sin embargo, los residentes de Freshwater Creek seguían esperando nueve meses después.

Ató el caballo al poste y esperó. Sus pistoleros a sueldo se quedaron repantigados en el carro y no le acompañaron al andén.

El horario de los trenes a menudo no se cumplía según lo previsto. Con un viaje tan largo, los trenes solían tener problemas con retrasos en las estaciones mientras descargaban o cargaban mercancías. Sufrían problemas en la vía e incluso averías mecánicas.

Así que a Anthony no le pilló por sorpresa que el tren no llegara a la hora programada. Esperó una hora y luego decidió marcharse. En ningún momento sospechó Anthony que hubiera ocurrido nada extraño. Dejó a uno de los pistoleros allí para proteger a Amber cuando llegara. Anthony regresaría cuando oyera el silbato del tren. Sabía que no estaría allí para recibir a Amber, pero no podía esperar indefinidamente.

Decidió disfrutar de una copa en el salón, ya que la cena aún no estaría lista en casa. Su pistolero le acompañó. Una copa llevó a dos y pronto se vio envuelto en una acalorada partida de póker con un grupo de rancheros. Les ganó el dinero, ellos le acusaron de hacer trampas y él se marchó.

Anthony estaba ligeramente borracho cuando llegó a casa. El silbato del tren entrando en la estación aún no había sonado. Se sirvió un whisky mientras ignoraba casi por completo la comida que su criada le había preparado.

Media botella de whisky después, se desplomó en la cama.

Cuando bajó las escaleras tambaleándose a la mañana siguiente, se encontró con que le esperaba una entrega inesperada: una nota y un mechón de pelo.

Lo llevó al comedor y se sentó a la mesa. Le daba vueltas la cabeza. Exigió un café, y la criada se apresuró a complacer a su señor.

Abrió la carta y leyó. Sacudió la cabeza con incredulidad mientras lo hacía. El tren había sido asaltado por bandidos. Amber había sido estúpida al comprar un billete de tercera clase y viajar con la carga. ¿Por qué diablos no había esperado a que él le enviara dinero?

La criada le trajo el café y él se sirvió una ración generosa. Exigió papel de escribir y, una vez más, la criada saltó para obedecer y así no enfurecer al señor de la casa.

Volvió a leer la carta. ¿Qué era esa mención a un niño? ¿Qué niño? Al parecer, Amber le había estado engañando. Tenía un hijo que nunca mencionó en sus cartas. Claramente, esta era la razón por la que se había marchado de la ciudad de Nueva York con tanta prisa.

Se frotó la barba incipiente del rostro y pensó. Luego empezó a escribir.

Soy Anthony Fox, abogado. Me anuncio de nuevo para encontrar novia. Una vez más, he sufrido un infortunio y la mujer que creía que sería mi esposa no llegó, dejándome con el corazón roto. Busco a una joven honesta y temerosa de Dios para convertirse en la esposa de un abogado trabajador en un pequeño pueblo de Texas. Si Dios quiere, algún día espero formar una familia. Rezo para que esta vez mi empresa tenga éxito.

Consideró lo que había escrito por un momento. Asintió con satisfacción.

Apuró su taza de café y sacó la fotografía de Amber. Era tan guapa. Sus cartas le habían dicho que también era igual de hermosa por dentro.

—Lástima —se dijo a sí mismo en voz baja.

Cogió la nota y el mechón de pelo y los juntó en su mano con la fotografía. Sin pensarlo ni arrepentirse, los tiró a la papelera y se dirigió a su vestidor para prepararse para el día.

CAPÍTULO 7



Tate había llevado a Amber y a Sam de vuelta al campamento en el carro. Luke se había llevado el caballo de Tate para permitirle hacerlo.

Tate había intentado entablar una conversación intransigente, pero Amber se negaba a participar. Había estado tan cerca de la libertad, solo para verse frustrada en el último momento. La ira, el miedo y el resentimiento nublaban su mente.

A Tate no le importó. De todos modos, era un inútil para la charla trivial con mujeres. Apenas tenía algo más de experiencia que el joven Rex; simplemente se deleitaba con la proximidad de la chica guapa y le robaba una mirada de vez en cuando.

Ella lo pilló mirando, por supuesto. Como la mayoría de los hombres, él creía que estaba siendo sutil, pero Amber lo sabía. Como tantas otras miradas a lo largo de los años, la ignoró.

Cuando regresaron al campamento, ella se negó a permitir que Tate la ayudara a bajar del carro, para diversión de los hombres que ya estaban despiertos, quienes se rieron y se burlaron de su intento de desembarcar sin ayuda. Esto no ayudó a mejorar su humor.

Desafió a Cody para que la liberara. —¿Qué clase de hombre mantiene prisioneros a una mujer y a un bebé? —reprochó sin vacilar—. ¿Es que ni siquiera teme a Dios?

—Señorita Amber, temo a Dios tanto como el que más. Pero cuando me encuentre con Él, y ruego que no sea pronto, espero que

entienda por qué hago lo que hago.

A Amber le pareció una respuesta extraña. ¿Cómo podía este asesino y ladrón temer a Dios? Si lo hiciera, no viviría de la forma en que lo hacía. Pero luego recordó la historia sobre su infancia y su familia. Quizá esa era la única forma en que podía vivir. ¿Podría Dios entender eso?

Decidió cambiar de táctica. —Si le ha hecho daño a ese pobre muchacho, a Rex... yo... yo... —tartamudeó antes de detenerse. Sabía que no había nada que pudiera hacer.

—A Rex no le ha pasado nada ni le pasará. Ya le has hecho bastante daño tú. Está dormido y solo espero que se despierte por la mañana.

Ella se horrorizó. De repente, Cody le había dado la vuelta a todo y lo peor era que tenía razón. Había vertido medida tras medida de la droga en su leche. No tenía ni idea de qué cantidad era segura. Se dio cuenta de que podría haberlo matado.

Entonces, en un instante, recuperó la compostura. No debería ser ella quien sintiera vergüenza. La habían secuestrado. Un bebé se había quedado huérfano. Intentar escapar de las garras de esos hombres no era un pecado.

—Llevadla de vuelta al establo. Dadle leche para el niño —él la miró con una mezcla de admiración e ira—. Y pondremos un guardia mejor con ella. Luke, tú harás el primer turno.

Ella recordó las primeras miradas de lujuria de Luke en el tren y se estremeció. Pero también sabía que él no se atrevería a romper la regla de Cody. No sería ultrajada.

De vuelta en el establo, comprobó cómo estaba Sam y supo que probablemente dormiría durante horas todavía. Mientras se acomodaba en la paja y se tapaba con las mantas, vio un tenue resplandor en el horizonte. El amanecer. Esperaba que el día que estaba por venir fuera mejor.

La despertaron con un plato de beicon y judías entregado por un hombre canoso al que no había visto hasta ese momento. Era mayor que la mayoría de los demás y supuso que era Johnny, el cocinero del campamento. Tenía el pelo gris y unas cejas enormes y tupidas que parecían unirse en una sola. Rex se equivocaba en una cosa:

Johnny probablemente estaba más cerca de los sesenta que de los cuarenta. Pero Amber sabía que, a la edad de Rex, cualquiera que pasara de los treinta era considerado una reliquia.

Él le dedicó una cálida sonrisa. —Esto te sentará bien después de lo de anoche. Come.

Ella sonrió unas palabras de agradecimiento y le tomó la comida.

El sol estaba alto en el cielo. Se había despertado tarde.

Amber giró lentamente la cabeza para mirar el cesto de Sam. El niño no se había movido en toda la noche. Al fijar la vista, se dio cuenta con horror de que el bebé no estaba.

Se incorporó como un rayo y miró a su alrededor.

Se relajó por un instante al ver a Tate acunando al niño sobre su rodilla, biberón en mano. Esa relajación se convirtió al instante en ira. ¿Cómo se atrevía ese hombre a tocar a su hijo? Sam era suyo. De nadie más. Pero, por supuesto, eso no era cierto. Le sorprendió lo mucho que se habían desarrollado sus instintos maternales en tan poco tiempo. Había tenido al niño a su cargo menos de un día. ¿Acaso podía crearse un vínculo así en tan poco tiempo?

Se puso en pie de un salto. —Dámelo —exigió dirigiéndose a zancadas hacia Tate. No se habían molestado en volver a atarla. Simplemente habían puesto a un guardia mejor en la puerta.

Él le sonrió calmadamente. —Tranquila, señorita. El bebé lloraba y usted estaba profundamente dormida. Necesitaba que lo alimentaran. No se preocupe, yo solía alimentar a mi hermana pequeña constantemente antes de... —interrumpió lo que estaba diciendo y una expresión de tristeza cruzó su rostro.

En otro momento y en otro lugar, Amber le habría presionado para que contara la historia, pero ahora no era el momento. Tomó a Sam de los fuertes brazos de Tate y lo estrechó contra su pecho como si el pequeño se hubiera asustado por un mal sueño.

—Se ha bebido casi todo el biberón, señorita. —Él le tendió lo que quedaba del alimento del bebé y ella se lo arrebató sin una palabra de agradecimiento.

Se dio la vuelta y regresó a su rincón del establo. Los ojos de Tate no se apartaron de ella mientras se alejaba caminando despacio. Después de que ella se sentara, él sonrió para sus

adentros y se fue a sentar a la entrada del establo. Sería su guardia durante las próximas horas.

Casi tan pronto como se sentó en la bala de paja, empezó a sentirse culpable. El hombre estaba cuidando del niño. Podría haber dejado que el bebé llorara o haberla despertado, pero en lugar de eso se había encargado él mismo de cuidarlo.

Picoteó el plato de comida con una mano mientras acunaba al bebé con la otra. Pensó que Sam había cambiado en tan solo el último día. Sus ojos parecían más alerta. Quizá se debía a que ya no estaba sedado regularmente. Podría jurar que sonreía cada vez que se fijaba en ella, y eso la alegraba. Ambos tenían pocos motivos para sonreír.

Pero sentía un peso abrumador y persistente de pavor sobre ella. Nunca debía olvidar que había sido secuestrada por una banda de bandidos despiadados. Gente a la que no le importaba nada matar. ¿De verdad creía en la palabra de Cody? ¿No la tocarían? ¿La dejaría ir si se pagaba el dinero? ¿A cuántas mujeres les habrían mentido en el pasado? Su única esperanza era Anthony. Él debía pagar el rescate y luego Cody debía cumplir su palabra. Después de lo que le habían contado sobre Anthony, no estaba segura de qué pasaría.

Miró a Tate, que estaba jugando con un trozo de paja como si fuera un niño grande sin ninguna preocupación en el mundo. Era guapo de la misma manera que Cody, pero había cierta inocencia en él. Y algo más, algo que no lograba identificar del todo.

—¿Cree que me dejará marchar? —le preguntó.

Tate levantó la vista del trozo de paja que enroscaba entre sus dedos, casi sorprendido de que ella le hubiera hablado. Pensó por un momento.

Él sabía lo que ella no.

Para Cody, esto no se trataba del dinero. La cantidad que habían pedido como rescate no era nada comparada con lo que habían robado del tren. Se habían llevado 8.000 dólares en billetes nuevos y otros 3.000 en billetes usados, además de un poco de oro y plata, más el valor de la carga. Le habían quitado más de 500 dólares en efectivo al tipo gordo que tenía escondidos en el fondo de su maleta.

No se trataba del dinero. No lo necesitaban. Se trataba de anotarse un tanto contra Anthony Fox.

Cody quería que el hombre supiera que tenía a la mujer que iba a ser su esposa. Quería que Fox tuviera que pagar para recuperarla.

Si lo hacía, Fox saldría perdiendo dinero. Si no lo hacía, Fox se quedaría sin su novia.

Sin embargo, Tate había visto cómo Cody miraba a Amber. Supo al instante que, incluso si Fox no pagaba, él no le haría daño. No es que lo hubiera dicho así, pero Tate lo sabía. La huida de Amber solo había reforzado la admiración de su hermano por la mujer. Esa mañana, no podía dejar de hablar de ella. Cody había dicho que ninguno de sus hombres habría mostrado tanta resolución. Tate pensaba que su hermano preferiría que Fox no pagara para que Cody pudiera quedarse con Amber y hacerla suya.

—Estoy seguro de ello, señorita. Mi hermano es un hombre de palabra.

—¿No pensaba que era su hermanastro?

Tate se levantó y se acercó a ella, sonriendo casi con timidez mientras señalaba la bala de paja. —Para no tener que gritarle. —Amber asintió con la cabeza y Tate se sentó—. Sí, técnicamente es mi hermanastro. Compartimos el mismo padre. Aunque nunca he pensado en él como otra cosa más que como mi hermano. —Hizo una pausa un segundo y se humedeció los labios. Ella había notado que hacía eso a menudo durante el trayecto de vuelta al campamento. A Amber le parecía una especie de tic nervioso—. Aunque él nunca deja de decirle a todo el mundo que solo soy su hermanastro.

—¿Por qué? —preguntó Amber, volviendo a acomodar a Sam en su cesto.

—Porque me guardaba resentimiento cuando era niño —dijo con naturalidad—. Le resentía el hecho de que mi padre me quisiera más de lo que Cody creía que lo quería a él. Odiaba a mi madre. Nunca se llevaron bien. Cody no soportaba el hecho de que ella hubiera llegado para reemplazar a su propia madre. Puedo entenderlo, por supuesto. ¿Quién podría reemplazar a la madre de uno?

Amber pensó en su propia madre y en aquellos últimos días terribles. Solía sentarse a su lado y ponerle toallas frías y húmedas en la frente en un intento desesperado por bajarle la fiebre. Pero hiciera lo que hiciese, nada podía aplacar ese fuego que quemaba por dentro a su madre. Cuando murió, Amber supo que había perdido una parte de sí misma, y supo que nadie podría llenar ese vacío.

Amber se encontró absorta por la historia de Tate y esperó pacientemente a que continuara.

—Cody creía que la llegada de mi madre coincidió con las desgracias que nuestra familia iba a sufrir. Por supuesto, la verdad es que todo había empezado años antes, cuando nuestro padre firmó un contrato con Whitney y Parsons para el suministro de carne. El contrato era bueno. Pero eso fue, en última instancia, nuestra ruina.

—No lo entiendo —dijo Amber.

—Toby Whitney es un hombre retorcido y odioso. Era un hombre de negocios decidido a ser el más rico de Texas. Se buscó un abogado, tan vil como él mismo. James Fox, el padre de Anthony Fox. Juntos se propusieron destruir a los rancheros que habían firmado contratos con Whitney y Parsons. Toby Whitney quería el control de los ranchos, no solo el suministro de carne. James Fox participó gustosamente en el plan. Sin duda, Whitney le pagó generosamente por sus servicios. Interpusieron demandas, no solo contra mi padre, sino también contra otros numerosos rancheros de la zona. Demandaron por incumplimiento de contrato. No hubo tal incumplimiento, pero Fox se inventó la lista de mentiras más impresionante. Encontró testigos dispuestos a testificar. Todos pagados, por supuesto. El caso estaba perdido antes de empezar. Lo perdimos todo. —Bebió un trago de agua de una botella y se la ofreció a Amber, quien negó con la cabeza. Volvió a poner el tapón y se la colgó del cinturón—. Yo solo era un niño. Mi madre me lo explicó todo años después. Terminamos en una choza miserable a las afueras del pueblo. Mi padre estaba demasiado enfermo para trabajar en ese momento. Siempre había tenido un problema en las piernas. Mi madre se dedicó a la costura y cosas así, pero no estaba acostumbrada a ese trabajo. Antes no lo necesitaba. Cody y Michael

se vieron obligados a robar para que pudiéramos comer. Luego, por supuesto, me uní a ellos. Y después estuvo el incidente con Michael. Eso fue lo que realmente causó el resentimiento de Cody hacia mí.

Sam abrió los ojos y empezó a llorar. Instintivamente, Amber lo cogió y lo consoló. Tate miró a los dos con afecto.

—Echo de menos a mi hermana —dijo en voz baja.

—¿Su hermana?

—Era cinco años más joven que yo. Cuando tenía unos tres años, nos despertamos una mañana y la encontramos muerta. Había cerrado los ojos, se había quedado dormida y nunca volvió a despertar. No había señales de que estuviera enferma. Aquello volvió a mi madre medio loca.

Ella no pudo evitar empezar a sentir simpatía por Tate. Parecía haber tenido una vida dura. —Lo siento —dijo—. ¿Decía algo sobre Michael? ¿Su hermano?

Tate sonrió. —Sí, otra tragedia, por si no fuera suficiente. Él y Cody eran carne y uña. —Se rió—. Eran ladrones, por eso. Michael era 18 meses más joven que Cody, pero igual de grande. A menudo la gente los confundía con gemelos. En fin, Michael no me tenía esa misma animosidad que Cody. Me tomó bajo su protección y me ayudó a aprender cómo funcionaba todo eso del robo. Era una cuestión de necesidad. No podíamos permitirnos manos ociosas. Sea como sea, un día llegó la diligencia al pueblo y, por alguna razón, la dejaron cargada del todo y sin vigilancia. Michael fue allí como un rayo. Me dijo que esperara y vigilara mientras él empezaba a desvalijar los baúles guardados arriba. El problema fue que no vi al sheriff, que venía por la otra dirección. Michael lo vio demasiado tarde; corrió con los brazos llenos de botín. El sheriff no le vio la cara y, debido a su tamaño, no se dio cuenta de que no era más que un chaval. Le disparó por la espalda mientras huía.

Amber ahogó un grito de horror y apretó más a Sam contra ella. ¿Cómo debió de ser para un niño pequeño presenciar aquello?

Casi como si hubiera oído la pregunta, Tate respondió. —He vivido con esa imagen toda mi vida. Cody me culpó, por supuesto. Incluso dijo que ojalá hubiera sido yo a quien dispararan. Eso fue el día del funeral de Michael. No lo culpo; estaba sumido en el dolor y

arremetía contra cualquiera. Nuestra relación ha mejorado poco a lo largo de los años. Me tolera. Pero sigo pensando que, en el fondo, me culpa.

Amber se dio cuenta de repente de qué más veía en Tate. Era tristeza. La misma tristeza que veía en los ojos de Cody.

—¿Por qué lo hace? —preguntó ella.

—¿Señorita? —Tate estaba confundido por la pregunta.

Ella se encogió de hombros. —Esta vida. El crimen. Si lo atraparan, lo enviarían a la cárcel. —Se detuvo un segundo y reflexionó—. Probablemente algo peor. Es claramente un hombre inteligente; su hermano es trabajador y tiene capacidad para liderar hombres. ¿Por qué no llevar una vida dentro de la ley? Podría tener éxito en este mundo. No es vida estar viviendo aquí fuera con un grupo de hombres por toda compañía. ¿No quiere una mujer y una familia?

El rostro de Tate se tensó y guardó silencio durante un rato. —No lo sé, señorita. Nadie me había preguntado eso nunca. —Inclinó la cabeza hacia un lado y pensó antes de decir finalmente—: No sabría cómo. No conozco otra cosa.

En ese momento, Amber quiso inclinarse hacia delante y coger la mano de Tate. No podía comprender por lo que había pasado este hombre. Imaginar llevar una vida como la suya. Imaginar no conocer otra cosa. Pero resistió el impulso.

Se hizo un silencio entre ellos que casi resultó incómodo. De repente, un hombre con camisa roja entró corriendo en el establo. Ambos levantaron la vista, agradecidos por la interrupción.

—¿Señorita? Cody dice que si puede venir. Es Johnny, está enfermo.

CAPÍTULO 8



Johnny estaba desplomado en el suelo, entre las sombras que proyectaba el exterior de la cabaña de Cody. Se trataba del mismo hombre que le había llevado el beicon y los frijoles. Sus cejas eran inconfundibles.

Una sola mirada le bastó a Amber para saber que no se encontraba bien. Estaba empapado en sudor y su piel tenía un tono grisáceo. Al acercarse, pudo ver que su respiración era irregular.

Cody estaba en cuclillas a su lado con una cantimplora de agua, intentando con delicadeza que el hombre mayor bebiera.

Amber se volvió hacia Tate: —Ponedlo a la sombra, por favor — asintió con la cabeza en dirección a la zona sombreada por la cabaña.

Tate se había ofrecido a llevar la cesta de Sam por ellos. Ella no estaba dispuesta a perder de vista al bebé. La primera reacción de Amber fue negarse, pero hacía calor y seguía cansada tras las peripecias de la noche, así que aceptó. Tate no dejó de parlotearle al pequeño Sam mientras vigilaba la cesta tras haberla dejado en el suelo.

Cody miró a Amber: —Se ha desplomado de repente. Sin previo aviso ni nada. Estaba preparando la cena, uno de los hombres ha mirado y estaba allí tumbado de lado, llevándose las manos al pecho.

Amber vio que un costado de Johnny estaba cubierto de tierra, obviamente de haber estado tirado en el suelo. Se inclinó sobre él.

—¿Johnny? ¿Le duele el pecho? —preguntó con su voz más reconfortante.

—Sí. Como si me lo estuvieran aplastando.

—¿En algún otro sitio?

—El brazo —intentó levantar el brazo izquierdo, pero solo logró moverlo unos centímetros antes de que una mueca de dolor le cruzara el rostro.

—No se mueva. Quédese quieto —ordenó Amber dándole una palmadita en el hombro. —Este hombre necesita un médico —dijo volviéndose hacia Cody.

Cody negó con la cabeza. —Me temo que no es posible, señorita. Ningún médico va a venir hasta aquí, ¿verdad?

Amber cogió suavemente la mano de Johnny y colocó dos dedos sobre su muñeca. Cerró los ojos mientras contaba el ritmo de sus latidos. Al terminar, le dedicó a Johnny una sonrisa tranquilizadora. —Que alguien vaya a empapar un trapo con agua fría para la frente, por favor.

Max estaba allí cerca. Miró a Cody, quien asintió con la cabeza, y Max desapareció para cumplir con el ruego de Amber.

Amber se puso en pie y miró a Cody ladeando la cabeza lejos de Johnny, indicando que quería hablar con él en privado. Los dos se alejaron unos pasos para que Johnny no pudiera oírlos.

—Si ese hombre no ve a un médico, morirá —susurró Amber con autoridad.

—Ya se lo he dicho, señorita. El médico no vendrá aquí. Limítese a hacer lo que pueda por él.

—¿Hacer lo que pueda? Solo soy una mujer. No se trata de un pariente con fiebre o mal de estómago. No puedo prepararle un tónico y curarlo. Todos sabemos que es el corazón. Esto no se le va a pasar. Necesita un médico. Si no viene ninguno, tendrá que llevarlo usted.

Cody reflexionó un momento, aceptando finalmente la gravedad de la enfermedad de Johnny. —Hay un médico en Deadwater Creek. Le hemos pagado generosamente en alguna ocasión. Atiende algún

que otro disparo y cosas así. No dice ni una palabra a las autoridades.

—Parece que él es el hombre indicado, entonces.

De nuevo, Cody vaciló. Miró la figura desplomada de Johnny y pareció sopesar sus opciones.

—Cada minuto que pierde, sus posibilidades de sobrevivir disminuyen —insistió Amber.

Max regresó con un trapo que chorreaba agua fría. Amber se lo quitó y lo colocó con mucha delicadeza sobre la frente de Johnny. —Aquí tiene. Para que se refresque.

Él sonrió suavemente, como si ella fuera un ángel.

Ella miró a Cody. —Decida rápido.

Él asintió y ladró instrucciones a Max, que salió disparado a enganchar un carromato. Cody se acercó a Amber.

Se puso de nuevo en cuclillas. —Tenemos que llevarte al médico, Johnny. Es tu única oportunidad.

—No quiero ningún médico, muchacho —respondió Johnny, con los ojos muy abiertos y centelleantes de miedo. Era el único hombre en el campamento que se atrevía a llamar a Cody «muchacho». En sus tiempos había sido herrero, pero él también había sido víctima de Toby Whitney.

—Escúcheme —dijo Amber tomándole la mano de nuevo—. El médico va a curarlo. Aquí no podemos hacerlo.

—Cuídeme usted, señorita. Uno no puede ir por mal camino con una chica tan guapa como usted.

Ella sonrió ante el cumplido. —Si pudiera, lo haría. Pero no tengo los conocimientos necesarios. Por lo que he oído, usted es indispensable aquí. Los hombres no podrían pasar sin usted, así que tiene el deber de recuperarse.

Johnny pareció henchirse de orgullo. —¿Qué comerán hasta que yo vuelva?

Amber miró a Cody, que la observaba atentamente. —Haré un trato con usted, asumiendo que a Cody le parezca bien. Usted va al médico y yo me encargaré de la cocina y de alimentar a los hombres hasta que esté lo bastante bien para regresar.

Cody asintió lentamente con la cabeza: —Vamos, Johnny. Es un buen trato. Puede que incluso comamos algo decente durante unos días.

—Cállate, muchacho —replicó Johnny con una sonrisa a medias. Parecía que este tipo de intercambio era habitual y puramente humorístico.

—Johnny, por favor —casi suplicó Cody. Para Amber era evidente que Cody sentía afecto por el hombre.

Max apareció con un carromato y tres hombres. Johnny lo miró y asintió.

—Gracias —dijo Cody, se volvió hacia los hombres e indicó a Johnny con la cabeza. Los hombres saltaron y se acercaron al herido.

—Sed delicados con él —instruyó Amber—. Mantenedlo a la sombra e intentad que esté fresco. Mucha agua. —Intentó soltar la mano de Johnny, pero él la apretó con más fuerza y miró a Amber con evidente temor. Ella se inclinó más—. Todo saldrá bien, Johnny. Se lo prometo. Se pondrá mejor.

Por razones que solo ella conocía, inclinó la cabeza y le dio al hombre un suave beso en la frente, justo debajo del trapo mojado. Se sorprendió a sí misma al hacerlo. No le había visto la cara hasta hacía unos minutos. Formaba parte de una banda que la había secuestrado y pedido un rescate por ella. Pero en aquel instante, simplemente le pareció lo correcto.

Una sensación de serena calma invadió a Johnny: —Me ha besado un ángel. ¿Qué más podría pedir? —Le dio un último apretón a la mano de Amber y la soltó.

Mientras lo subían al carromato, Johnny se rió. —Apuesto a que desearías que ese beso fuera para ti, Cody, muchacho.

Amber no pudo evitar sonrojarse. Lanzó una mirada furtiva a Cody y le pareció que él también se había puesto rojo de vergüenza, pero también notó que Tate miraba a su hermano como si intentara analizar sus pensamientos.

—Espera —instruyó Cody a Max. Desapareció dentro de la cabaña unos instantes antes de salir y ponerle algo en la mano. Le susurró unas palabras que nadie más pudo oír.

Amber supuso que era dinero para pagar los servicios del médico.

Mientras observaban cómo el carromato empezaba a alejarse, Cody se volvió hacia Amber: —¿Cree que sobrevivirá? —Su voz se quebró por la emoción.

—Sinceramente, no lo sé. Pero espero que sí. —De nuevo, no sabía por qué le importaba, pero el caso es que sí le importaba. El anciano estaba claramente asustado.

Todos vigilaron cómo el carromato se perdía en la distancia antes de que Amber, desesperada por romper el sombrío silencio, hablara: —¿Quieres que me encargue de la cocina?

Dos horas más tarde, Amber tenía ollas de estofado de ternera burbujeando sobre las hogueras. Nunca había cocinado al fuego ni para tanta gente. Sin embargo, Cody acudió en su ayuda en más de una ocasión. Tate había construido una estructura rudimentaria a modo de tienda para proporcionar sombra a ella y al niño. Parecía que una ráfaga de viento podría mandarla a paseo, pero cumplía su función lo suficiente. Desde entonces, Cody había enviado a Tate a algún recado desconocido.

Mientras vigilaba el hervor de la olla, Cody se reunió con ella y se sentó en un tronco frente al fuego. Ella dio unos pasos para sentarse a su lado.

—Hoy he hablado con tu hermano. Me ha contado cómo acabasteis aquí.

Cody se limitó a gruñir como respuesta.

—Pero esta vida no es el camino. ¿Robos? ¿Asesinatos?

Él cambió su peso sobre el tronco y suspiró. —No me produce ningún placer, señorita. Tenemos que vivir.

Había una sinceridad en su voz que la hizo creerle, al igual que cuando hablaba de Anthony.

—¿Tú le hiciste esa cicatriz a Max?

Él la miró a los ojos, buscando la razón de sus preguntas. —¿De verdad le interesa todo esto, señorita?

—Solo intento comprender, eso es todo.

—Sí, yo le hice esa cicatriz. Toda mi vida he tenido a gente intentando rebajarme. Nos han pisoteado a mí y a mi familia solo

porque eran más fuertes o más ricos. Eso, a su vez, me hizo fuerte. No aguanto tonterías hoy en día. Max se pasó de la raya y se le dio su merecido. No pido perdón por ello.

—¿Y qué hay de mi secuestro?

—¿Qué pasa con eso?

Amber percibió un ligero nerviosismo en él, como si estuviera hurgando en algo que le causaba dolor. —Puedo entender lo de los robos, ya que dices que tenéis que vivir, pero te has portado como un caballero conmigo desde que estoy aquí.

—Sí. Y así seguiré siendo. Y también todos los hombres de este campamento. O si no...

No hizo falta que explicara a qué se refería. Se quedaron sentados en silencio unos minutos.

—Lo que quiero decir es que no pareces el tipo de hombre que va por ahí secuestrando a mujeres y niños.

Él echó la cabeza hacia atrás y se rió. —Señorita Amber, no sabe usted qué clase de hombre soy.

Aquello era cierto, pero en su interior ella pensaba que sí lo sabía. Podía sentir que no se parecía en nada a su padrastro. De hecho, veía mucho de su propio padre en él. Lo que en realidad quería decir era que, a pesar de ser la prisionera de Cody y de estar allí contra su voluntad, se sentía segura. Amber sabía que era un sentimiento extraño y entraba en conflicto con todas las demás emociones que le pasaban por la cabeza. Al fin y al cabo, estos hombres habían matado a Billy. Desde luego, no iba a compartir este hecho con Cody. En su lugar, buscó otra vía de conversación.

—Háblame de Johnny.

—Johnny fue uno de los primeros hombres que recluté. —Sus hombros se relajaron un poco al tratar este tema—. Estaba bebiendo en el salón de Mitch, en Freshwater Creek, una noche y acabé teniendo un altercado con él. Me acusó de timarlo a las cartas. No es cierto. Soy demasiado bueno para timar a nadie. —Sonrió un poco con un gesto que casi rozaba la arrogancia—. En fin, le invité a una cerveza y nos pusimos a hablar. Resulta que le estafaron los mismos que destruyeron a mi padre. Era el herrero y herrador del pueblo, ¿sabe? Pero entonces el todopoderoso Toby Whitney trajo a su

propia gente. Odiaba subcontratar trabajos. ¿Por qué regalar dinero cuando podías quedártelo tú y hacer que todos los demás te lo dieran a ti? Trajo a su propio herrero. Ahora Whitby's tiene delegaciones por todo Texas y California. Johnny quebró en menos de tres meses; Whitby le hizo la competencia con precios más bajos. Una vez que Johnny hubo cerrado el negocio, el hombre de Whitby subió los precios. La gente tenía que pagar, por supuesto; no tenían otra opción. —Dio un trago a una botella de cerveza—. ¿Quiere una, señorita? —preguntó, ofreciéndole la botella.

Amber negó con la cabeza. Ella no creía en la bebida. Había visto lo que le había hecho a su padrastro. No era algo que fuera a probar jamás. —Entonces, ¿qué hizo después?

Cody se acomodó de nuevo en el tronco y se aclaró la garganta. —Johnny se había dedicado a intentar ganarse la vida jugando al póquer. Un error estúpido, por supuesto, sobre todo cuando eres tan mal jugador como él.

Él sonrió con afecto y Amber no pudo evitar devolverle la sonrisa. La calidez con la que hablaba del anciano cambió la percepción de Amber. No era solo un ladrón, asesino y secuestrador; también era humano.

Cody continuó con su historia: —Digo que lo conocí en el bar, pero para ser justo lo conocía de toda la vida. Lo había contratado para herrar mis caballos. Pero aparte de esos tratos comerciales, nunca había hablado con él. No lo conocía como hombre. Estrechamos lazos con historias de las fechorías de Whitby y una botella de whisky. Le hablé de mi vida aquí fuera. Por aquel entonces solo estaba con Tate y un puñado de hombres más. Le pedí que se uniera a nosotros. Le dije que nuestros estómagos nunca estaban vacíos y que nadie nos molestaba. Sí, nos ponemos en peligro de vez en cuando, pero aceptémoslo, Johnny era igual que el resto de nosotros.

Amber frunció el ceño y lo miró, confundida por lo que quería decir.

—No tenía nada que perder. Lleva aquí desde entonces. —Respiró hondo—. Solo espero que vuelva.

Sam empezó a llorar en su cesta. Amber saltó de inmediato para consolarlo. Necesitaba comida. Ya reconocía las diferentes muecas que hacía cuando quería algo. Si quería leche ponía una cara, si necesitaba que lo cambiaran ponía otra. Llenó el biberón con leche fresca de la jarra. Los llantos del niño se silenciaron al empezar a succionar de la botella.

Una vez que Sam se calmó, Cody hizo su propia pregunta. —¿Sabe, señorita?, hay una cosa que me ha interesado, si no le importa que le pregunte.

—Puede preguntar. No garantizo que responda. —Amber ya estaba acostumbrada a alimentar al bebé. Era importante mantenerlo un poco erguido para que bebiera sin acumular gases.

—¿Por qué Anthony Fox? De todos los hombres del mundo a los que podríais haber escrito, ¿por qué a Fox?

—Su anuncio destacaba. Era nada menos que un abogado. Cuando se escudriñan las páginas del Matrimonial Times, puedo asegurarle que hay muy pocos abogados. Hay rancheros, mineros, incluso sheriffs, pero abogados no tantos. Parecía una buena elección y sensata. Para ser sincera, me sorprendió que incluso me tuviera en cuenta. Debió de tener muchas candidatas. Especialmente con todos los problemas que había experimentado antes. Me hizo sentir lástima por él, estoy segura de que también atrajo a otras mujeres. Luego intercambiamos cartas y el resto es lo que ya sabe. —Habló con cierta melancolía. No tenía ni idea de si el hombre al que había escrito y del que se había enamorado era realmente el hombre con el que se iba a casar. Tantas dudas habían echado ya raíces en su mente.

Así que todo fue una casualidad, pensó Cody. La vida es solo un juego de azar. Unas veces ganas, otras pierdes. Tiras los dados y te arriesgas.

—¿Problemas? ¿Qué problemas había tenido antes?

—Oh, ya había puesto anuncios para buscar una novia antes. Pero lo habían dejado plantado. No le pregunté los detalles. Me dio la impresión de que ella le había dado largas y no llegó a aparecer.

Cody quería preguntarle por el niño. Por su padre y las circunstancias de su existencia. De nuevo, supo que aquello no sería

propio de un caballero, así que guardó silencio. Le pareció interesante que Fox hubiera aceptado casarse con ella a pesar de tener un bebé. Aquello no parecía propio de él en absoluto. Lo de los anuncios para buscar novia en el pasado le resultaba extraño. Sabía que Fox nunca se había casado. Se preguntaba de qué manera habrían decepcionado a Fox. Parecía un poco fuera de lugar, especialmente teniendo en cuenta su reputación de estar involucrado en negocios turbios. Se preguntó si habría algo más detrás de todo aquello.

La idea de que Fox pagara el rescate y tuviera que entregarle a Amber ya le sentaba mal. Sabía que era puro resentimiento personal. Pero se odiaría a sí mismo si Fox le pagaba y entregaba a Amber solo para que le ocurriera algo terrible.

—Ya veo —dijo Cody, pasando los dedos por debajo de su parche y masajeando suavemente el tejido de la cicatriz. Se quedó mirando las llamas del fuego mientras pensaba en las intenciones de Fox.

Al cabo de un rato, Amber le dijo suavemente: —¿Puedo hacerte yo una pregunta ahora?

Él se volvió hacia ella. —Puede preguntar. No garantizo que responda. —Sonrió al responder con las mismas palabras que ella.

Ella soltó una risita y asintió suavemente con la cabeza, reconociendo la broma. —¿Qué le pasó a tu ojo? Y entiendo que no quieras decirlo.

Él volvió a mirar a las llamas. Hacía mucho tiempo que nadie tenía el valor de preguntarle por su ojo.

—Le ahorraré todos los detalles, señorita, pero lo perdí más o menos un año después de que muriera mi padre. Había robado algo en el salón. Un reloj de bolsillo a un borracho. Conocía a alguien que me lo compraría. Solo me daría una fracción de su valor, por supuesto. Luego él sacaría un gran beneficio vendiéndolo fuera del pueblo, en algún lugar. Había ido al otro lado del arroyo para sentarme un rato y saqué el reloj para mirarlo, y lo siguiente que supe fue que tenía una cuerda alrededor del cuello, estrangulándome.

Sus dedos subieron hasta su prominente nuez de Adán como si recordara el incidente. Se tomó un momento para ordenar sus

pensamientos.

—Se produjo una breve pelea. Perdí. Y cuando se marchó, llevándose el reloj de bolsillo, me dio una patada en la cara. Para cuando llegué al médico, ya era demasiado tarde para el ojo.

Amber se estremeció ante el horror de todo aquello. No tenía ni idea de las vidas que habían llevado algunas personas. Hasta la muerte de su madre, ella había llevado una vida protegida, rodeada de nada más que amor. Otros no tenían esa suerte.

—¿Por qué tenéis que matar? ¿Asesinar? —espetó de repente la gran pregunta que le rondaba por la cabeza.

Cody giró el rostro y, por primera vez en toda la conversación, la miró directamente a los ojos. —No lo hacemos.

—¿Pero...? —empezó a objetar ella, pero se detuvo cuando Cody levantó la mano para interrumpirla.

—Que yo sepa, nunca he matado a un hombre. Tampoco mis hombres de aquí, al menos durante el tiempo que llevan conmigo. Digo que puede que matara una vez, y fue en defensa propia y hace muchos años. Créame si le digo que no me habría pesado si hubiera muerto después de saber lo que les hizo a aquellas pobres mujeres.

Amber estaba intentando procesar aquello. Sabía que no quería saber qué le había hecho aquel hombre a esas mujeres. Podía imaginárselo. Pero no entendía su insistencia en que no habían matado a nadie. Al fin y al cabo, ella había visto el cuerpo de Billy.

—Pero hoy, el guardia grandullón de la camisa roja. Billy. Lo vi muerto antes de que nos marcháramos.

—¿Ese tipo grande? —Cody se rió—. No, señorita. No estaba muerto. Nos estaba dando problemas y alguien le arreó un golpe en la cabeza. Se quedó sin conocimiento una hora o dos, pero ya estaba despierto para cuando despejamos el lugar. Le dejamos a él y a todos los demás suficiente comida y agua para estar seguros de que estarán perfectamente hasta que llegue la ayuda.

—¿No está muerto?

—No, señorita, nadie lo está. Digo a mis hombres que disparen a la pierna o al hombro. Y solo como último recurso. Yo no me dedico a matar.

Ella se volvió hacia el bebé y sonrió. Aquello lo cambiaba todo.

CAPÍTULO 9



Era media mañana cuando regresó el carro.

Amber había cocinado beicon y alubias para que los hombres empezaran la jornada, y ella se había tomado dos tazas enormes de café para ponerse en marcha. Lo necesitaba, pues no había pegado ojo en toda la noche.

Cody le había ofrecido una habitación en su cabaña, pero ella se negó diciendo que el establo le vendría de maravilla. No dudaba de que Cody no tuviera intención de visitarla; era, como él mismo había dicho, un caballero. Pero su reputación podría verse resentida si dormía bajo el mismo techo. No pensaba pasar la noche en una cabaña con un hombre que no fuera su marido, fueran cuales fueran las circunstancias. El establo le había servido perfectamente y volvería a hacerlo.

Sin embargo, no había dormido. La revelación de que Billy seguía vivo aún le daba vueltas en la cabeza. Sam volvía a tener un padre. No era huérfano. Sabía que debía hacer todo lo posible para que el niño regresara con él. No obstante, aún no estaba lista para contarle a Cody toda la historia. Puede que no fuera un asesino, pero seguía siendo un secuestrador. No estaba segura de cómo reaccionaría.

El café la había ayudado a despertarse del todo y a afrontar el día.

Sabía lo que Max y los demás hombres iban a decir incluso antes de que el carro se acercara. Parecía moverse de forma casi lúgubre,

como si fuera un coche fúnebre que transportara a un hombre en su último viaje.

Observó cómo Max le decía a Cody y a los hombres congregados que Johnny había muerto nada más llegar a Deadwater Creek. Se había llevado la mano al pecho una última vez y después falleció. Ni siquiera llegaron al médico. El rostro de Cody estaba rígido como la piedra, pero Amber percibía que estaba atormentado por el dolor y la pena.

—Lo enterraremos al atardecer —ordenó Cody tras ver el cuerpo en la parte trasera del carro. Entró furioso en su cabaña. Amber sospechaba firmemente que, una vez a solas y lejos de la vista de sus hombres, sucumbiría a sus emociones.

Como era de esperar, el campamento estuvo muy apagado el resto del día. Max fue llamado para ver a Cody unas dos horas después de regresar. Tras una breve visita, salió y susurró unas palabras al oído de Tate cuando este ocupó su lugar en la cabaña del jefe.

—Terribles noticias lo de Johnny. Sé lo unidos que estabais —dijo Tate con suavidad. Cody tenía una botella de whisky abierta frente a él y un vaso lleno que parecía no haber probado.

Cody se limitó a arquear una ceja en reconocimiento al pésame de su hermano. —Necesito que vayas a Freshwater Creek. Ahora.

—¿Por qué?

Cody suspiró. —Max ha ido a revisar el punto de entrega del dinero. —Hizo una pausa un momento mientras reflexionaba—. —El de la chica —añadió, como si Tate pudiera haberse confundido. —Nada.

—No es ninguna sorpresa, ¿verdad? —dijo Tate.

—Bueno, de eso se trata. No estoy seguro. Es una chica guapa y todo eso. —Su mirada se dirigió a la ventana, como si esperara verla pasar—. ¿La dejaría ir Fox así como así?

—¿Querría recuperarla después de haber sido tomada prisionera? Ya sabes... —Tate no necesitó añadir las razones por las que Fox podría no quererla. Era evidente lo que podría haberle pasado.

—Eso es lo que quiero que averigües. ¿Tiene intención de pagar el rescate? Sé que aún queda algo de tiempo, pero si no tiene

intención de pagar, entonces tengo que plantearme las cosas.

Tate no le preguntó a qué se refería. Había visto cómo actuaba su hermano cerca de Amber. Esas miradas largas y persistentes, la suavidad con la que hablaba y, si no se equivocaba, se estaba esforzando más en su aspecto personal.

Se había enamorado de ella.

Tate pensó que Cody preferiría que Fox no pagara para tener una excusa y retener a Amber en el campamento. El problema era que Tate también empezaba a sentir algo por ella. También había que tener en cuenta al niño. Tate le había cogido cariño a Sam. Siempre le habían gustado los niños, desde que ayudaba a su madre con su hermana. Sam tenía una sonrisita contagiosa cuando veía a la gente, una de esas que no pueden sino reconfortar el alma.

Tate tampoco quería que se marcharan, ni tampoco quería que su hermano acabara con Amber.

Eso sería insoportable.

Cody continuó con sus instrucciones: —No puedes preguntarle directamente, por supuesto. Limítate a pasar un rato en el salón y mira qué oyes. Ya sabes cómo son estos pueblos. Las noticias vuelan. Especialmente las malas.

—Déjamelo a mí, Cody —confirmó Tate—. Veré qué está pasando.

Cody le frunció el ceño como si todo fuera culpa suya. —Necesito saberlo, sea como sea.

Tate le devolvió la mirada. —Por supuesto.

Cody asintió con un gesto de despido y Tate se dio la vuelta para irse. Reconoció el humor de su hermano como su forma de lidiar con el duelo. Lo cual era, en resumidas cuentas, de mala manera. La gente sufriría durante los próximos días y parte de él se alegraba de que lo enviaran lejos. Por supuesto, también estaba disgustado porque eso significaba que no vería a Amber. No estaba seguro de qué quería averiguar: si Fox estaba removiendo cielo y tierra para reunir el rescate de su novia o si estaba encantado de dejarla a su suerte en manos de una banda de forajidos.

Le parecía que, de cualquier forma, él no acabaría con la chica. Y por primera vez, se dio cuenta de que lo que quería era una vida

normal, con una esposa y una familia.

Diez horas después, al ponerse el sol, el cuerpo de Johnny fue bajado a la fosa. Todos los hombres se reunieron alrededor, con la cabeza gacha.

En la parte trasera del pasto donde guardaban el puñado de reses, había una pequeña zona delimitada por una sencilla valla de madera blanca que servía de cementerio. Siete toscas cruces de madera se alzaban con orgullo. Siete hombres estaban enterrados allí, en la naturaleza, bajo las estrellas.

Pronto serían ocho.

Cody había encargado a cuatro hombres cavar la tumba. El suelo estaba duro y les había llevado la mayor parte del día completar el trabajo. Amber se había asegurado de que estuvieran bien alimentados e hidratados. Ellos le agradecieron su amabilidad.

No por primera vez, le pareció que aquella era una comunidad de hombres no muy distinta a otras. Trabajaban juntos. Comían juntos. Solo que todos eran forajidos. Todos habían sido arrastrados hasta allí por alguna circunstancia ajena a su voluntad.

¿Eran realmente todos malos?

La noticia de que Billy estaba vivo la había conmocionado. No solo el hecho de que viviera, sino también oír a Cody decir que nunca mataba a nadie. Ella lo tenía por un asesino cruel y despiadado, pero parecía que no era el caso. De alguna manera, la historia de Cody y Tate caló aún más hondo en ella. Un par de hermanos que no conocían más que una vida de crimen. ¿Cómo se podía criticar a alguien que solo intentaba sobrevivir? Era imposible.

Ahora tenía una nueva misión: debía lograr que Sam se reuniera con su padre. Pero al mismo tiempo, sabía que no podía revelar que Sam no era su propio hijo. Permaneció en la parte trasera del grupo de hombres, estrechando al bebé contra su pecho, mientras mil escenarios diferentes pasaban por su mente.

Todos ellos parecían desesperanzados.

No había ningún pastor presente, por supuesto. No tenía ni idea de cómo funcionaban estas cosas, pero dudaba que alguno aceptara ir al campamento. En su lugar, el propio Cody leyó las palabras de un ejemplar de la Biblia pequeño, negro y muy sobado.

Las palabras eran desgraciadamente demasiado familiares y la transportaron a otro tiempo y a otro lugar.

Al igual que hoy, había hecho calor, un calor y una humedad insoportables, sin la suave brisa que bajaba hoy de las montañas. No ayudaba el ajustado vestido negro de luto que su madre le había puesto, con el cuello de encaje rascándole la nuca. Recordaba tener que espantar constantemente moscas y mosquitos de su cara. De poco sirvió; recordaba haber estado cubierta de picaduras que le picaban durante días después.

Tenía solo siete años y su mundo se había puesto del revés.

Los hombres habían llegado a su puerta con expresiones sombrías cuatro días antes. Eran dos, vestidos idénticamente con trajes marrones. —¿La señora Johnson? —preguntó uno, quitándose el sombrero cuando su madre abrió la puerta—. Tenemos malas noticias.

Su madre la había mandado a jugar inmediatamente mientras ella se ocupaba de los hombres.

No se quedaron mucho tiempo. Cinco minutos como máximo.

Su madre se quedó sola casi una hora después de que se marcharan, mientras Amber jugaba con su muñeca, Jane. Aquel día cepilló el pelo de Jane una y otra vez, asegurándose de que quedara perfecto. Sabía que los hombres habían traído malas noticias. Noticias terribles. Podía sentirlo.

Cuando su madre se acercó a ella, tenía la piel pálida y los ojos rojos. Se sentó con calma a su lado en el suelo, tomó sus manos entre las suyas y le dijo que papá se había ido a vivir con Jesús.

Amber no lo entendía y preguntó por qué papá ya no quería vivir con ellas. ¿Es que papá ya no nos quiere? No era eso, le aseguró su madre. Jesús quería que papá viviera con Él porque papá era especial.

Pero aun así, Amber no lo entendía. Y mientras veía bajar el ataúd de su padre a la tierra en aquel día horrible, seguía sin entenderlo. ¿Cómo podía papá estar viviendo con Jesús si lo estaban bajando a la tierra en aquella caja de madera?

Igual que hoy, la tumba de su padre estaba rodeada de hombres. Era un hombre popular y sus amigos y colegas acudieron a

presentarle sus últimos respetos.

Entonces la imagen en su mente cambió.

Era el mismo cementerio. Pero las moscas y los mosquitos habían desaparecido. En su lugar, el viento aullaba y la nieve se arremolinaba. De nuevo, Amber vestía de negro, pero era un grueso abrigo de invierno con guantes y bufanda. Sin embargo, poco servían para detener el escalofrío que le recorría la espalda. Las palabras eran las mismas, al igual que la presencia del ataúd. Pero esta vez era su madre quien estaba dentro.

Ahora sí entendía la muerte.

Al menos lo que significaba. No creía que nadie pudiera entender realmente la muerte.

Rezó para que, al igual que su padre, su madre se hubiera ido a vivir con Jesús y que ahora estuvieran reunidos.

Solo dos personas estaban de pie junto a aquella tumba: ella y su padrastro. El virus que había dejado desolada a gran parte de la ciudad se había encargado de que la gente se mantuviera aislada. En esos días, los funerales eran eventos que se debían soportar en soledad.

Una vez más, la imagen se desvaneció y volvió al presente, observando cómo hombres que no conocía lloraban a uno de los suyos.

Reflexionó sobre cómo había cambiado su vida desde aquel día gélido en el cementerio de Nueva York. Su maravillosa madre, que le habría dado el mundo, se había ido.

Ahora estaba en medio de ninguna parte.

Secuestrada.

Siendo madre de un bebé que no era suyo.

De alguna manera, todavía quería aferrarse a la idea que se había formado en su mente sobre Anthony. Quería sentir que, incluso ahora, él se dirigía al campamento con un grupo de hombres valientes y un sheriff con la misión de rescatarla de su situación.

Pero en el fondo de su corazón, sabía que Cody había dicho la verdad.

Anthony Fox era un canalla.

Y nadie vendría a salvarla.

Se dio la vuelta y se dirigió de nuevo al establo para dejar a los hombres con su duelo privado.

CAPÍTULO 10



Freshwater Creek era un hervidero de noticias sobre el asalto al tren. A Tate le parecía que todo el mundo hablaba de ello.

Abundaban los rumores sobre quiénes eran los responsables, que iban desde lo improbable —Han sido los Texas Rangers. No te puedes fiar de esos traidores—, hasta lo más verosímil —Bandidos. A estas horas ya estarán en México—.

Nadie mencionó a un grupo de forajidos que vivía en las colinas.

Las colinas a las afueras de Freshwater y Deadwater Creek eran un lugar natural hacia el que gravitaban aquellos que vivían al margen de la sociedad normal. Sus altos desfiladeros, cañones profundos y manantiales ocultos las convertían en el escondite perfecto. Muy poca gente de los pueblos se atrevía a aventurarse en ellas; se podía preparar una emboscada en cuestión de instantes. Además, no había necesidad de ir allí, ya que las colinas no llevaban a ninguna parte. Una milla de desierto rocoso simplemente daba paso a otra igual. Pero ofrecían santuario. Allí se estaba a salvo del sheriff y de los cazarrecompensas. Las colinas brindaban a hombres como Tate cierta medida de esperanza.

Por supuesto, el grupo de Cody no era el único que se refugiaba en las colinas. Tate conocía al menos otros cuatro grupos que vivían en la naturaleza, lejos de los pueblos locales. La mayoría eran más despiadados que el de Cody. Su hermano siempre insistía en que ellos no mataban; no quería dejar viudas. Tampoco atacaban al

hombre común. Iban a por las corporaciones y los corruptos. Si podían perjudicar a Toby Whitney de alguna manera, tanto mejor. Aquel hombre gordo del tren había sido gerente en una de las empresas de Whitney; Cody se deleitó al aliviarle de su dinero. Tate sabía que, si Amber no se hubiera dirigido a Freshwater Creek para casarse con un tal Anthony Fox, también la habrían dejado libre. La insaciable necesidad de venganza de Cody se anteponía a todo lo demás.

El saloon de Mitch había sido uno de los primeros edificios comunales del pueblo de Freshwater Creek. La iglesia de madera blanca y el saloon se construyeron al mismo tiempo. Mitch era un viejo canoso que lo había visto y hecho todo. Su barba, antes de un rojo encendido, se había vuelto blanca, y en lugar de servir tras la barra, se sentaba en un taburete en la esquina. Su asiento estaba perfectamente situado para ver a todo el que entraba, así como a todas las chicas del local. Sus dos hijos, Marty y Jimmy, regentaban ahora el negocio, pero nada escapaba al ojo vigilante de Mitch.

El lugar estaba concurrido cuando Tate entró por las puertas batientes. Saludó con un gesto cortés a Mitch, que los conocía a él y a Cody. Mitch se rascó las barbas y le devolvió el saludo con la cabeza. Era la señal de que Tate era bienvenido. Mitch rara vez prohibía la entrada a quienes llevaban monedas en el bolsillo, pero había uno o dos alborotadores a los que el viejo se empeñaba en dejar fuera. Mitch sabía que Tate vivía en las colinas con Cody y que se ganaba la vida con el crimen. Pero no le importaba. Si les prohibiera la entrada a todos los que eran como él, tendría una clientela muy escasa y pobre.

Tate se sentó en un taburete y una chica se acercó y le sonrió. No era ni la mitad de guapa que Amber, pero él le devolvió una sonrisa cálida y pidió una cerveza. Como en todos los saloons del oeste, las chicas solían ofrecer algo más que cerveza, pero él no estaba interesado en eso. Necesitaba información.

—¿Qué se cuenta sobre el asalto al tren? —le preguntó Tate a Marty.

Marty era una versión joven de su padre, con unos antebrazos enormes que desafiaban a cualquiera a causar problemas.—Alguien

intentó descarrilar el tren de carga. El maquinista tuvo que parar para salvarlo, y entonces atacaron. Lo saquearon de arriba abajo, según me han dicho. Se llevaron un buen pellizco, por lo que dicen. Nosotros hemos perdido doce cajas de whisky.

Mitch tosió en su esquina y Marty se corrigió—: Treinta cajas de whisky. —Bajó la voz para que su padre no pudiera oírle—. —Por supuesto, todo el mundo está inflando sus pérdidas para las compañías de seguros.

Tate se rió—. Como siempre. Parece que alguien ha tenido suerte, entonces. ¿Alguna idea de quién ha estado detrás?

Marty sabía cómo se ganaba Tate la vida y lo observó un rato antes de negar con la cabeza—. Ninguna.

—¿Algún muerto?

De nuevo, Marty negó con la cabeza. Tate casi podía oír sus engranajes mentales trabajando. Sabía que una de las señas de identidad de un trabajo realizado por los hombres de Cody era que no moría nadie. No. Pero han secuestrado a una chica y a un bebé.

—Eso no está bien. ¿Quién era ella?

La chica del saloon regresó y le puso la cerveza a Tate en la mano. Se echó su larga melena rubia sobre el hombro—. ¿Deseas algo más? —preguntó con acento de Nueva York.

Tate se puso un poco rojo—. No, gracias, señorita.

Ella sonrió con la misma dulzura que si él hubiera dicho que sí y se puso a recoger las mesas cercanas.

—Al parecer, iba a casarse con el abogado, Fox —respondió Marty.

Tate se las arregló para parecer debidamente sorprendido ante la revelación—. ¿De veras? ¿Una novia por correo?

Marty miró hacia su padre, que le devolvió una mirada extraña—. Sí, eso parece.

—¿Qué piden por ella? ¿Alguna exigencia?

—No he oído nada de eso —dijo Marty, cogiendo un vaso de detrás de la barra para sacarle brillo con un paño.

—¿Así que Fox no anda por el pueblo intentando reunir el dinero?

Marty se encogió de hombros—. Pregúntale tú mismo, acaba de entrar.

Tate se giró para ver que Anthony Fox, en efecto, había entrado en el bar. No le había visto en más de un año, pero nada había cambiado. Traje caro, rostro apuesto y un aire arrogante. Fox apenas tenía idea de quién era Tate. Su familia había estafado a mucha gente en el pueblo; los hermanos Mitchell eran solo dos más. No tenía ni idea de la intensidad con la que ambos hombres le despreciaban a él y a su cliente Toby Whitney. Para Fox, Tate era una cara más entre la multitud.

Fox se dirigió a la esquina del fondo, donde había una partida de cartas en pleno apogeo. Los jugadores le saludaron con gritos fuertes y vasos en alto. Tomó asiento y le repartieron cartas. La misma chica del saloon se acercó y él hizo un pedido. Tate notó que ella no le dedicó la misma sonrisa dulce que a él. De hecho, era más bien un ceño fruncido. Tate se preguntó si Fox le habría dado problemas en el pasado.

Tate bebió un sorbo de su cerveza y reflexionó. Fox no parecía un hombre preocupado por el paradero de su futura novia y su hijo. Pero quizás estaba probando suerte con las cartas con la esperanza de ganar algo del dinero que necesitaba.

Un joven también vestido con traje, aunque considerablemente más barato que el de Fox, llegó y se sentó en el taburete junto a Tate. Marty le deslizó una cerveza sin necesidad de que hiciera el pedido. Tate le reconoció como un cajero del banco y le saludó con un gruñido.

—Así está mejor —exclamó el joven después de dar un largo trago a la botella.

—¿Día difícil? —preguntó Tate.

Tate recordó vagamente que el hombre se llamaba Cameron, y observó cómo se pasaba sus largos y delgados dedos por el pelo negro—. Un par de días difíciles. Todo el mundo quiere dinero. Estamos bajo mínimos de fondos.

—¿Por el asalto al tren?

—Sí, el tren nos traía billetes nuevos. Dos mil dólares se llevaron, me dice el gerente.

Tate lo sabía perfectamente. Además del oro y la plata. No es que lo mencionara, por supuesto; en su lugar, abrió mucho los ojos

con asombro—. ¿Os han dejado cortos, entonces?

—Desde luego —dijo él, apurando el resto de su cerveza de un largo trago—. El gerente me tiene limitando los reintegros. Es fácil para él en su oficina, comiendo tarta. No tiene que tratar con la gente. La gente se está volviendo loca.

—Me lo imagino. Debes de necesitar otra de esas. —Tate hizo una seña a Marty, que deslizó dos cervezas más. Cameron alargó la mano sediento hacia la suya mientras Tate ignoraba su botella.

—Muy amable, gracias —dijo Cameron asintiendo.

—No ha sido nada, solo mi forma de agradecerte tu arduo trabajo. Todos tenemos que arrimar el hombro en momentos como este.

—Eso es verdad —asintió Cameron. Se sentía avergonzado al pensar que no sabía el nombre del hombre. Le reconoció como cliente del banco, pero no uno habitual—. Pasará una semana antes de que recibamos billetes nuevos. Quizás más si deciden enviarlos por diligencia en lugar del ferrocarril. Para entonces el pueblo será una anarquía.

Durante la siguiente hora, Tate mantuvo a su nuevo amigo provisto de cervezas. Al final de la tercera botella, Tate ni siquiera se molestó en pedir más para él. Simplemente se entretuvo con la que ya tenía. Cuanto más bebía el joven Cameron, más hablaba.

De repente estalló un alboroto en la mesa de cartas donde jugaba Fox. Uno de sus oponentes gritó una acusación a otro jugador y, de improviso, los dos hombres se encararon. El viejo Mitch, en su esquina, frunció el ceño y asintió a sus hijos tras la barra.

Marty y Jimmy estuvieron allí en un segundo y los alborotadores fueron expulsados. El resto de la mesa los siguió, ansiosos por ver si la pelea continuaba fuera.

Tate esperó hasta que Fox hubo pasado de largo antes de bajar la voz e inclinarse más hacia Cameron—. He oído que Anthony Fox, el abogado, perdió algo en el asalto. Al parecer, a su nueva novia. Es una cosita guapa, dicen. Y me han contado que han pedido un buen rescate por ella.

Cameron asintió con aire de complicidad, como si conociera todos los detalles.

Tate continuó—: ¿Apuesto a que Fox se volvió loco al saber que había un límite en los reintegros? ¿Le permitió el gerente sacar algo extra, dadas las circunstancias?

—Bueno, yo mismo he oído esa historia. Pero te puedo decir de buena tinta que el señor Fox no ha pisado el banco desde el asalto.

—¿De veras? ¿No ha intentado retirar dinero para pagar el rescate?

—No, señor, ni un centavo.

—Vaya, ¿no es extraño? —Tate finalmente dio un largo trago a su cerveza. Así pues, la verdad que sospechaba cuando Fox entró en el bar quedaba ahora clara. No había hecho ningún esfuerzo por conseguir el dinero. El abogado se mantenía fiel a su estilo y planeaba dejar que Amber y el niño se pudrieran.

—¿Quién sabe con ese tipo? —respondió Cameron. Y luego comenzó un nuevo tema, que Tate dejó pasar sin prestar atención.

Esto ahora le planteaba un problema; estaba seguro de que Fox no iba a pagar las exigencias de Cody. Esto significaba que tendría que volver y darle esa noticia a su hermano. Y eso significaba que el destino de Amber estaba en la cuerda floja. Sabía que Cody no le haría daño, pero aquello implicaba que él mismo tendría que mover ficha por ella. Eso le rompería el corazón.

Fox y sus amigos entraron de nuevo, riendo. Claramente, la pelea había terminado. Mientras los veía sentarse de nuevo y repartir las cartas, decidió que era hora de marcharse.

—Escucha, Cameron, me tengo que ir. Mañana será un día largo. Ha sido un placer hablar contigo.

—Igualmente, igualmente —dijo Cameron rebosante de sonrisas —. Nos vemos. —No era la primera vez que deseaba recordar su nombre, sobre todo porque parecía tan generoso con las cervezas. Esperaba volver a verlo pronto.

Tate respiró el aire fresco y nítido de la noche al salir del saloon. Le había dado a Mitch el habitual gesto de agradecimiento al salir, que el viejo le devolvió. Nunca convenía ser maleducado con Mitch.

Se quedó fuera unos instantes, contemplando el cielo nocturno. Se maravilló ante todas las estrellas que había allí arriba. ¿Serían realmente ángeles? ¿Las almas de los que habían muerto? Eso es lo que su madre le había dicho cuando murió Michael. Que ahora era otra estrella en el firmamento. Tate no estaba seguro, pero quería creerlo.

—¿Oiga, señor? —una suave voz femenina surgió de las sombras a un lado del saloon.

Giró la cabeza mientras la chica del saloon que le había servido la cerveza salía a la luz de los faroles que colgaban del porche.

—Venga aquí —siseó ella, inclinando la cabeza hacia atrás, hacia las sombras.

Tate la miró fijamente un momento. Probablemente tendría más o menos su edad y era bastante bien parecida. Él anhelaba el contacto de una mujer. Pero no así. No antes del matrimonio—. No, señora. Me temo que no.

—No, tonto —le espetó ella con dureza—. No me refiero a eso. Le he oído hablar ahí dentro sobre el abogado, Fox. Sé algo que le interesaría.

Se retiró de nuevo a las sombras para que no pudieran verla. Tate no tardó ni un instante en decidir seguirla por el pasadizo estrecho y oscuro.

La zona entre el saloon y el almacén comercial estaba sumida en una oscuridad total. Los faroles del porche de Mitch no arrojaban su luz hasta allí y la luna aún no se había elevado lo suficiente como para iluminar gran cosa.

Se dio cuenta de que, efectivamente, había sido un tonto. No debería haber estado tan dispuesto a seguirla. Cualquiera podría estar esperándolo allí abajo.

Poco a poco, los ojos de Tate se acostumbraron a la oscuridad y pudo verla caminando nerviosa delante de él.

—¿Qué me va a pagar por la información? —exigió ella—. Parecía bastante desesperado por saber de él ahí dentro.

Tate no tenía ni idea. Nunca en su vida había pagado por información y de repente se sentía como una especie de espía

trabajando sin miedo tras las líneas enemigas—. Cuénteme lo que sabe y le pagaré lo que valga —respondió con cautela.

La chica pareció vacilante, pero al final dejó de caminar y se enfrentó a él con las manos en las caderas.

Le señaló con un dedo lo bastante cerca de la nariz para que él viera que terminaba en una uña roja cuidadosamente arreglada—. —De acuerdo. Pero si intenta estafarme...

Tate levantó la mano en señal de objeción—. —¿Podríamos empezar por su nombre, señorita?

—Abigail. Abigail Long. —De nuevo, el acento de Nueva York era prominente.

Tate recordó el comportamiento de ella con Fox. Claramente había algo ahí—. No es usted de por aquí, ¿verdad, Abigail?

—Vengo del condado de Queens. En la ciudad de Nueva York.

—¿Y qué la trajo al oeste?

Abigail respiró hondo y miró hacia el saloon como si conscientemente no quisiera ser escuchada—. —Fui una novia por correo. Me prometieron una vida increíble. Me escribí con un hombre de este mismo pueblo durante casi un año. Por cómo escribía, bueno, me enamoré de él. —Hizo una pausa un minuto como si reflexionara sobre las cartas—. Era como si hablara directamente a mi corazón. Cuando finalmente me propuso matrimonio, no lo dudé. No había nada para mí en la ciudad de Nueva York.

—Entonces, ¿por qué trabaja en el saloon de Mitch? —Tate estaba genuinamente confundido.

Abigail se rió suavemente—. Porque todo fue una treta. El hombre al que escribía no tenía intención de casarse conmigo. Llegué en tren y él me recibió perfectamente cordial. Y era tan apuesto que me emocioné cuando lo vi. Pero una vez que subimos al carro, me dijo que no se casaría conmigo. Que yo no estaba a la altura de sus expectativas o alguna frase por el estilo. Lo que fuera que eso significara. Incluso le había enviado una fotografía de antemano después de que él insistiera tanto en sus cartas, que sentí que no me quedaba otra que pagar por una. Me quedé sorprendida, por no decir otra cosa, cuando dijo aquello. No llevaba con él ni cinco minutos. ¿Cómo puede alguien no estar a la altura de sus

expectativas en ese tiempo? ¿Qué esperaba, a la Reina de Inglaterra? —Exhaló ruidosamente como si intentara controlar su ira.

Tate guardó silencio, esperando a que ella continuara. Tras unos instantes, recuperó la compostura y volvió a hablar—: Sin embargo, dijo que podía ayudarme. Dijo que podía conseguirme un trabajo. No tenía a dónde ir. No tenía dinero ni perspectivas. Simplemente balbuceé un débil sí. No le desafié ni presenté batalla. Me trajo aquí, al saloon. Mitch dijo que me aceptaría. Sin embargo, supe que me estaba esperando. Me paga una miseria, por supuesto, y ya sabe el tipo de trabajo que tengo que hacer. —Bajó la mirada al suelo como si estuviera avergonzada.

Desafortunadamente, Tate conocía el tipo de trabajo. Lo que no sabía era que algunas de las chicas eran casi obligadas a ello. Se sintió avergonzado por haber elegido alguna vez beber en el bar de Mitch.

—El caso es que no soy la única. ¿Emma, la pelirroja? —Miró a Tate hasta que él asintió, reconociendo a quién se refería—. El mismo hombre le hizo lo mismo a ella el año anterior a mi llegada.

—¿Quién era el hombre con el que venía usted a casarse? —preguntó Tate, sabiendo ya la respuesta.

—Anthony Fox, el abogado. —Casi escupió las últimas palabras.

CAPÍTULO 11



Faltaba poco para el mediodía cuando Tate llegó de vuelta al campamento.

Había alquilado una habitación en la posada a las afueras del pueblo. Era el único lugar que rivalizaba con el de Mitch, pero su ubicación no jugaba a su favor. Todo el mundo en el pueblo parecía estar amontonado en lo de Mitch para enterarse de los últimos cotilleos sobre el asalto al tren, lo que dejaba aquel sitio bastante muerto. Tate se alegró. Se emborrachó tranquilamente sin dirigir la palabra a nadie más que al barman y luego se metió en la cama.

Le costó levantarse por la mañana. Le retumbaba la cabeza y tenía el estómago vacío. Pagó un buen desayuno y puso en orden sus pensamientos.

Sabía que sus días de bebida tendrían que terminar si quería que su plan tuviese la más mínima oportunidad. Nadie querría a un borracho por marido. Pero incluso así, no había garantías de que su plan tuviera éxito. Y sabía que, de tomar la medida que pretendía, acabaría por quemar los puentes con su hermano de forma definitiva. No habría vuelta atrás. Pero era algo que tenía que hacer. No solo por él, sino por ella y por el niño.

El dolor de cabeza había desaparecido para cuando llegó a casa, y ya pensaba con claridad.

Los hombres le recibieron con sonrisas, al tanto de su misión. Al ver a Amber ocupándose de la comida junto al fuego, le dio un

vuelco el corazón. Pensar en lo que aquel canalla de Fox había planeado para ella. Nada le gustaría más que pasar unos minutos a solas con ese hombre, pero en el fondo sabía que la violencia no solucionaba nada, ni siquiera con las mejores intenciones.

Amber le saludó con la mano, gesto que él devolvió con gusto.

Cody lo vio llegar y salió de inmediato de su cabaña. Algunos de los otros hombres se reunieron alrededor, esperando noticias. Cody miró a su hermano expectante, pero no dijo ni una palabra.

Tate sabía que se esperaba que lo soltara sin más, así que lo hizo: —Fox anda de un lado a otro como un pollo sin cabeza intentando echarle el guante al dinero.

Los hombres vitorearon y se dieron palmadas en la espalda. Al igual que los dos hermanos, muchos habían sido víctimas de Fox o de Whitby y disfrutaban anotándose puntos contra ellos siempre que era posible.

—Parece ser que alguien robó el cargamento de billetes nuevos que el banco esperaba en el tren. Así que no puede retirar la suma sin más.

De nuevo hubo risas entre los hombres ante la broma, pero Cody mantuvo su habitual estoicismo. Estaba impasible, como si nada le afectara. Pero mientras Tate hablaba, vio que Cody desviaba la mirada repetidamente hacia Amber, que en ese momento estaba alimentando al bebé.

—Está pidiendo favores a todo el mundo. Amenazando a otros, pero intenta reunir la suma como sea. He oído que incluso ha amenazado al director del banco. Exigió que le permitiera retirar más dinero, pero el socio se ha negado en redondo, temiendo que sus clientes lo linchen si le da a Fox más de lo que le corresponde.

—¡Parece que vamos a cobrar el dinero del abogado, muchachos! —gritó uno de los hombres jubiloso.

Los demás prorrumpieron en vítores. Todos menos uno: Cody. Se limitó a asentir a su hermano, se dio la vuelta y volvió a entrar en su cabaña.

Tate lo vio desaparecer y supo que estaba haciendo lo correcto.

Amber bajó la vista y vio que le temblaban las manos. El pobre Sam se estaba dando sacudidas mientras ella intentaba alimentarlo.

No podía creer lo que acababa de oírle a Tate.

Anthony iba a pagar el rescate. La única razón por la que no lo había hecho hasta ahora era que los hombres de Cody habían robado todo el dinero que iba destinado al banco.

Tenía que admitir que estaba conmocionada.

De repente, su mente era un torbellino. En los últimos días, Amber había llegado a aceptar que lo que Cody decía sobre Anthony era cierto. Creía que no había forma de que él acabara pagando dinero por su regreso.

Ahora la situación cambiaba por completo.

Y con la noticia de que Billy estaba vivo, podría explicar la presencia del bebé sin causar ninguna preocupación a Anthony.

Sintió que la tensión abandonaba su cuerpo. No había sido consciente de que estaba ahí, pero sintió su liberación. Relajó los hombros, como si se hubiera quitado un gran peso de encima. Pero al hacerlo, se sintió de repente sumamente cansada.

Se sentó en el tronco junto al fuego e intentó poner sus pensamientos en orden.

No cuestionaba ni por un momento el relato de Cody y Tate sobre cómo se vieron abocados a la casi indigencia y tuvieron que recurrir al crimen para sobrevivir. Tampoco negaba el papel de la familia Fox en aquello. Pensando con lógica, Anthony Fox y su padre antes que él habrían tenido que aceptar casos de personas poco recomendables. Si Toby Whitney era el empresario más importante de la zona, habrían tenido pocas opciones más que trabajar con él de vez en cuando.

Así que, aunque la versión idealista que Amber tenía de Anthony como defensor de los oprimidos frente a la injusticia flagrante tal vez no fuera cierta, lo mismo podía decirse de la versión más extrema de Cody, que lo pintaba como un manipulador despiadado que no se detenía ante nada para lograr sus objetivos.

Si Anthony iba a pagar el dinero, entonces Cody la dejaría marchar. Así lo había dicho y ella le creía. Pero no correría hacia la iglesia como había planeado originalmente. Se tomaría un tiempo para conocer a Anthony y decidir si realmente quería casarse con él antes de asumir ese compromiso.

El calor del sol la estaba agotando, así que decidió volver al establo para echarse una siesta. El pequeño Sam siempre se quedaba dormido después de comer y lo más sensato era acompañarlo.

Pero mientras yacía sobre la paja, el sueño no acudía. Su mente corría con demasiadas posibilidades.

Echó mano a su bolsa y rebuscó hasta que tuvo un fajo de papeles en la mano. Eran las cartas que Anthony le había escrito durante su noviazgo a distancia.

Sacó una al azar y empezó a leerla.

Queridísima Amber:

No puede imaginarse la alegría que ha sentido mi corazón al recibir su última carta.

Aunque llevamos comunicándonos poco tiempo, siento que tenemos una conexión verdadera y profunda.

Pese a que lamento que sienta que su vida actual en Nueva York no es para usted, solo puedo dar gracias por el hecho de que eso la haya empujado, con suerte, a mis brazos.

Sin embargo, a estas alturas no sería tan presuntuoso como para asumir que ese sea su deseo actual.

Me preguntabas en tu última misiva sobre el pueblo. La vida aquí en Freshwater Creek es muy diferente de la ciudad. El ritmo de vida es mucho más pausado. Disponemos de productos básicos de calidad, con un almacén bien surtido, sastre, costurera, banco, sheriff y, por supuesto, una iglesia. Aunque no encuentres la variedad de artículos disponibles en la ciudad de Nueva York, no te faltará de nada.

Y hay enormes ventajas sobre la urbe. Las vistas se prolongan hasta el infinito. Todo el mundo debería presenciar alguna vez en la vida la puesta de sol en el Oeste.

Espero que algún día usted y yo presenciemos juntos tal maravilla. Pero sé que incluso una visión así palidecería ante su belleza.

Como dije en mi anuncio original, busco a una mujer piadosa para que algún día sea la madre de mis hijos. Si hay un asunto sobre el que aún no nos hemos comunicado es sobre su deseo de

tener descendencia. ¿Asumo que es así? Si es así, por favor, dígame cuántos le gustaría tener. Siento que tres sería un número ideal. Un niño. Una niña. Y lo que Dios quiera bendecirnos.

Contando los días como siempre hasta recibir su próxima noticia.

Suyo con verdadero respeto,

Anthony Fox

Abogado.

Escribía como un rey medieval intentando cortejar a alguna princesa en una tierra lejana.

Una a una, leyó la serie de cartas de Anthony. En realidad, no le hacía falta. Prácticamente podía recitarlas de memoria. Mientras lo hacía, empezó a creer de nuevo en el mito que había construido sobre él en su mente. Sin duda, un hombre que escribía con tanta elocuencia y hablaba tanto a su alma no podía ser más que un hombre bueno y decente. Un hombre que estaba reuniendo una suma importante para comprar su libertad.

Finalmente, con las cartas de Anthony descansando sobre su pecho, su mente se relajó y se quedó profundamente dormida.

Se despertó sobresaltada. Sintió que alguien la miraba desde arriba. Era el joven Rex.

—¿Perdone, señorita? Cody dice que es casi la hora de cenar. ¿No hay nada cocinándose? ¿Puede venir?

—Sí, por supuesto —dijo ella, levantándose y sacudiéndose los trozos de paja del vestido.

—¿Rex?

El chico ya se dirigía hacia el fuego para informar a Cody, pero se detuvo y se dio la vuelta.

—Siento mucho lo del otro día. Espero que esté totalmente recuperado.

Rex no le devolvió la sonrisa. Se limitó a asentir con la cabeza: —Sí, señorita.

Se dio la vuelta y se marchó sin decir palabra. Difícilmente podía esperar que la saludara de forma amistosa. Al fin y al cabo, su orgullo debía de haber quedado herido delante de los hombres.

Le preocupaba haberse ganado un enemigo en él.

Recogió el capazo del bebé, salió del establo y se acercó al fuego. Habían sacrificado y desplumado pollos para la cena, y diez de ellos estaban listos para que ella los troceara y los echara a la olla.

Se entretuvo en la preparación de la comida, que iba a ser un estofado. Poco más se podía hacer cuando se cocinaba a esa escala. Se limitaría a añadir verduras y carne a la olla junto con las hierbas y especias disponibles. Las pocas comidas que había preparado anteriormente para los hombres habían sido recibidas con elogios amables. No estaba segura de si eran solo corteses o si realmente les gustaba la comida.

Acababa de terminar de añadir un puñado de hierbas cuando Cody apareció detrás de ella.

—¿Señorita Amber? —dijo él en voz baja para no asustarla.

Ella se dio la vuelta y lo miró. Al instante notó algo diferente en él, pero no sabía qué.

—¿Le gustaría dar un paseo conmigo?

Parecía una petición extraña, pero la cena estaba al fuego, burbujeando en dos ollas enormes. Sam empezaba a desperezarse y un paseo probablemente le ayudaría a calmarse de nuevo. No vio motivo para negarse.

—Está bien, ¿adónde vamos? —respondió ella, frotándose las manos contra el frente del vestido.

—Sígame, es un lugar al que me gusta ir de vez en cuando. No tardaremos mucho.

Empezaron a caminar por el pastizal entre las vacas. Cody había abierto la pequeña cancela para permitirles el paso. Amber miraba a las vacas con recelo, como si en cualquier momento pudieran arremeter contra ella y el bebé. Cody percibió su incomodidad y se posicionó entre ella y las bestias. Así podría actuar como protección en caso de que ocurriera lo peor. Fue un gesto sencillo pero de caballero.

—Nunca las he visto moverse precisamente rápido —se rió él.

—Desde que tengo al bebé, le sorprendería ver los riesgos ocultos que ahora percibo.

Por una vez, Amber no mentía sobre el niño. Desde que era responsable del bienestar de Sam, veía peligros por todas partes. Cuando detectaba esas amenazas para el bebé, hacía todo lo posible por eliminarlas. Ahora comprendía por qué una loba lucharía hasta la muerte por sus cachorros. A su vez, entendía por qué las madres humanas harían lo mismo de mil amores.

No tardaron mucho en cruzar el pastizal. Tuvieron que trepar por la valla del extremo opuesto, ya que no había puerta. Amber lo consiguió con bastante facilidad, pero tuvo que pasarle a Sam a Cody durante unos segundos mientras lo seguía.

Al verlo con el bebé, se preguntó cómo sería con un hijo propio. ¿Sería un buen padre? Por alguna extraña razón, tenía el presentimiento de que lo sería. Probablemente haría todo el esfuerzo posible para que su propia prole no sufriera la misma infancia que él.

El pasto dio paso a una ladera de roca roja, con profundos precipicios a un lado. Sin embargo, los senderos eran anchos y en ningún momento Amber se sintió insegura. Esta vez Cody caminaba más cerca del borde.

—Sabe que no le he dado las gracias por sus esfuerzos al intentar salvar a Johnny —dijo Cody tras un periodo de silencio.

—No es necesario. Hice lo que cualquier persona decente haría. Solo lamento que no tuviera un desenlace mejor.

Mientras pasaban por el pequeño cementerio, Amber notó que Cody ni siquiera miró hacia las tumbas. Era como si negara que sus hombres yacían allí.

—Era un buen hombre —suspiró Cody. Doblaron una esquina rodeando una gran roca y Amber se detuvo asombrada. El camino casi parecía desaparecer por completo, y se encontraban ante una caída enorme y casi vertical. Bajo ellos se extendía el valle con el río recorriéndolo en toda su longitud. A lo lejos, podía ver un pueblo que supuso que era Freshwater Creek. Detrás de él, altas montañas se alzaban y recortaban el horizonte.

Cody le sonrió: —Lo sé. Esa fue mi reacción la primera vez que di con este lugar.

Se acercó al borde, miró hacia abajo y, sin vacilar un instante, saltó.

Amber soltó un grito y estrechó a Sam con más fuerza contra su pecho.

CAPÍTULO 12



En el momento en que desapareció, el sombrero, la cara y el parche de Cody asomaron por el borde. Sonreía como un colegial travieso.

—¿Por qué ha hecho eso? —exigió saber Amber tras acercarse con cautela al borde. Ahora podía ver un saliente muy ancho debajo de ellos. La caída de Cody no había sido de más de un metro; simplemente se había agachado al aterrizar para que pareciera que había caído más lejos.

—Solo por divertirme un poco, señorita. Ea, siéntese y los bajaré a usted y a Sam.

Ella hizo lo que le decía y no pudo evitar sentir una punzada de emoción ante las fuertes manos de Cody rodeándole la cintura. Se sentía culpable. Anthony andaba de un lado a otro intentando conseguir el dinero del rescate y ella aquí, empezando a sentir algo por su secuestrador.

Cody estaba ahora sobre el saliente llano, señalando hacia el valle. —Aquella era nuestra tierra. Nuestro rancho.

Amber se sacudió el sentimiento de culpa y se sentó a su lado. Sam se había dormido y ella lo acomodó en el hueco de su brazo para dar descanso a sus hombros por un rato.

Sus ojos siguieron el dedo de Cody hacia una gran extensión de terreno llano.

—¿Así que ahora pertenece a Toby Whitney?

—Sí —dijo él con pesar—, y el rancho de los McGregor, y el de los Lloyd, y el de los Griffith. —A medida que mencionaba cada uno, su dedo se movía y señalaba otra zona de tierra—. Ahora es el dueño de casi todo el valle. Y de la mitad del pueblo también. Ahora está avanzando hacia Deadwater Creek. —Señaló el extremo opuesto del valle respecto a Freshwater Creek. Ella pudo ver una mancha borrosa a lo lejos que podía ser, o no, el pueblo—. Aunque allí tiene competencia con las compañías mineras, eso sí.

—¿Podemos ver la casa de su rancho desde aquí? —preguntó ella, genuinamente interesada, aunque con cierta aprensión pues sabía que aquello debía de desenterrar recuerdos dolorosos.

—Sí —dijo Cody acercándose más a ella, hasta casi rozarse—. Es aquella de allí. —Volvió a señalar y ella siguió la dirección.

—¿La blanca? Al menos parece blanca.

—Esa es. Y sí, era blanca. Ahora la han dejado pudrirse. No vive nadie en ella. Lo mismo pasa con las casas que pertenecían a las otras familias de las que hablé. Whitby simplemente lo ha convertido en un rancho gigante. Él tiene su casa en el centro.

Amber vio el monstruoso edificio al instante sin necesidad de que Cody lo señalara. Tenía un tono blanco brillante y parecía tener numerosos edificios anexos a su lado. Al compararlo con las otras construcciones de la llanura, parecía diez veces más grande. De algún modo le recordó a esas enormes estructuras de nueve plantas que se habían levantado recientemente en la ciudad de Nueva York. Cada una se utilizaba para una sola cosa: generar beneficios. Aquí ocurría lo mismo. Se había expulsado a familias de sus hogares para que alguien pudiera obtener más ganancias. Resultaba obsceno.

Se quedaron sentados en silencio un rato, limitándose a contemplar las vistas. Amber estaba absorta en la maravilla del paisaje. Tenía mil preguntas. Se preguntaba por el río. ¿Llevaba agua todo el año? ¿Estaba fría? ¿Podía uno bañarse en él? Se preguntaba por las montañas del otro lado. ¿Cómo serían de altas? ¿Alguien las habría escalado alguna vez? ¿Habría oro en ellas? Creyó ver ganado moviéndose en los campos. ¿Cuántas cabezas habría? ¿Qué comían? ¿Atacaban los cuatreros? Pero se guardó todas esas preguntas para sí misma, no queriendo arruinar la paz del silencio.

Miró al cielo y vio un ave de gran tamaño planeando muy por encima de ellos, recortada contra el sol.

—Un águila —dijo Cody, como si respondiera a la pregunta no formulada que ella tenía en los labios.

—Es maravilloso. Verdaderamente maravilloso.

Observó al águila, que parecía flotar sobre sus cabezas y de pronto se lanzó en picado como si hubiera perdido la capacidad de volar. Desapareció tras un saliente. Obviamente estaba cazando y probablemente había divisado algo para su cena.

Cody rompió la tranquilidad una vez más. —Sabe, me ha dejado pensando, señorita Amber. Me preguntó si alguna vez había pensado en dejar este tipo de vida. ¿Sabe?, creo que me gustaría. Una vida normal suena tentadora. No más esconderse en las colinas. Me buscaría un trabajo. Quizá un negocio. Tal vez un rancho propio. Me gustaría. Sería como honrar a mi padre de alguna manera. No querría algo como eso —señaló el rancho de Whitney—. Con una casita pequeña me bastaría. No necesitaría nada lujoso; ya ha visto la cabaña en la que vivo. Solo el espacio suficiente para mí y los niños.

Se detuvo cuando Amber giró la cabeza bruscamente para mirarlo. —Sí, niños. Por supuesto, primero necesito una esposa.

Amber no estaba segura de cómo responder, sospechando que Cody probablemente quería compartir algo más profundo. Y entonces se dio cuenta. Eso era lo que había cambiado en Cody; cuando lo miraba antes, parecía tan seguro de sí mismo. Pero hoy se mostraba vulnerable e inseguro. Por primera vez, sintió verdadera lástima por él. No era una mala persona, solo una víctima de las circunstancias.

—Pues hazlo. Si eso es lo que quieres, deja esta vida y hazlo.

Cody apenas había pensado en otra cosa estos últimos días. Podría disolver su grupo de hombres y cada cual seguiría su camino. Repartirían el botín. Cody se quedaría con una cuarta parte de lo que tenían, por ser el líder, y el resto se dividiría a partes iguales entre los hombres. Sería más que suficiente para empezar. Entonces podría ganarse la vida honradamente. Algunos de los hombres

probablemente se quedarían en las colinas y continuarían con su estilo de vida, pero eso ya dependería de ellos.

Pero por mucho que lo deseara, lo temía. Todo aquel esfuerzo, todo el trabajo, para que luego alguien como Whitney pudiera llegar y quitárselo todo. ¿Qué sentido tendría? ¿Para qué tomarse la molestia? Pero él ya había respondido a esa pregunta: por el amor de una buena mujer. Ninguna buena mujer querría una vida aquí fuera, sin saber si su marido acabaría en la cárcel —o algo peor— al final de cada día. Si quería una familia, tendría que cambiar.

—Así que parece que el señor Fox va a pagar, señorita Amber.

A ella casi se le detuvo el corazón al oír el nombre de Anthony. Se había quedado allí sentada, contemplando las maravillosas vistas, y casi se había olvidado de él.

—Sí, he oído a Tate decírtelo cuando ha vuelto. ¿Se me permitirá marcharme libre?

Cody soltó otro de sus largos suspiros, algo que ella había notado que hacía a menudo. —Sí, soy un hombre de palabra, señorita Amber. —Se detuvo de repente, como si hubiera algo más que quisiera decirle.

Amber lo miró y fue casi como si él estuviera gesticulando las palabras sin llegar a pronunciarlas en voz alta. Ella alargó el brazo que tenía libre y le tocó suavemente el brazo. —¿Pero? Noto que hay un «pero» ahí.

Cody se giró para mirarla y ella se quedó impactada al ver una lágrima recorriéndole la mejilla.

—Amber —dijo él, respirando profundamente para recomponerse —. Amber, me preocupa qué será de usted si la dejo bajo el cuidado de Fox. —Escupió la palabra «cuidado» con obvio desagrado—. Lo que le conté sobre él es cierto, todo ello. Bebe en el salón y alterna con las chicas. Juega y llega a casa dando tumbos, borracho. No se lo pensaría dos veces antes de arrebatarle el hogar a una familia necesitada si eso le hiciera ganar unos dólares rápidos a él y a sus clientes. No es un buen hombre —hizo otra pausa, ordenando sus pensamientos—. Y usted... usted, señorita Amber, es una buena mujer. Se merece algo mejor.

Ella se erizó ligeramente mientras Cody destrozaba al hombre del que se había enamorado con sus palabras. Sintió que el resentimiento crecía. ¿No había dicho Cody que Anthony no pagaría? ¿No había dicho que la dejaría aquí pudriéndose? Pero no era el caso. Miró hacia Freshwater Creek. Incluso ahora mismo, él andaba por el pueblo intentando conseguir el dinero. La única razón por la que no había logrado su misión era porque Cody había robado el dinero del banco en el tren. Si el banco no tenía dinero, él no podía pagar. Era un problema que el propio Cody había provocado.

—Yo podría ser mejor, señorita. Dejaría atrás esta vida. No volvería a beber ni a jugar jamás. Me convertiría en un hombre honrado y les daría a usted y al bebé una buena vida. —Miró con ojos amables al niño—. Si aceptara quedarse.

Amber se quedó sin pensamientos por un momento antes de que la comprensión de lo que él estaba diciendo la golpeara.

—¿Está diciendo que quiere casarse conmigo? —tartamudeó, visiblemente confundida. Aquí fuera, en medio de la nada, con un enorme abismo hacia el olvido a pocos metros de ella, se sentía tan vulnerable y expuesta.

Cody sonrió con suavidad. —Sí, señorita Amber, eso digo.

Ella empezó a negar con la cabeza, no por rechazo sino por confusión. —Esto es demasiado para procesarlo. Demasiado para entenderlo. —Se puso en pie y se acercó hacia la seguridad de la pared de roca.

—No espero una respuesta de inmediato, señorita —dijo él casi con desaliento, como si a medias hubiera esperado tomar a Amber en sus brazos y besarla allí mismo—. Tómese un tiempo para pensarlo.

—Pero... ¿pero? —balbuceó ella de nuevo.

—¿Qué?

—Me ha secuestrado. Me ha retenido contra mi voluntad.

Cody se desplomó donde estaba sentado, como si le hubieran quitado todo el ánimo de golpe. —Lo sé, señorita Amber, y de veras lo lamento. —Se quedó sentado en silencio un segundo como una muñeca de trapo abandonada y luego pareció recuperar las fuerzas para sentarse erguido y orgulloso. Se puso en pie de un salto y se

giró hacia ella—. ¿Qué estoy diciendo? No. No voy a mentir. No lo lamento. No lo lamento lo más mínimo. Si no hubiera hecho lo que hice, incluso ahora estaría usted casada con ese canalla, en una vida de decepciones y me estremece pensar qué más le esperaría. Si no hubiera hecho lo que hice, nunca la habría llegado a conocer. A admirarla. A respetarla... —hizo otra pausa—. A amarla.

Ella se quedó con la boca abierta por la impresión. ¿Amarla? ¿La amaba? Todo aquello era demasiado. —Lo pensaré, Cody. Lo pensaré profundamente. Pero ahora, deseo volver al campamento.

Él la miró como un cachorro mira a su dueño. —Por supuesto, señorita Amber. Como desee.

Caminaron de vuelta al campamento despacio pero en total silencio. La mente de Amber era un torbellino. Nunca antes un hombre le había dicho que la amaba. Nunca un hombre se había mostrado tan dispuesto a ser tan vulnerable ante ella.

Cody podía ser un buen hombre. Ella lo sabía. Era apuesto, con un buen cuerpo musculoso. Sería un marido excelente para alguien si seguía el camino que proponía. ¿Pero para ella? No estaba tan segura. Ni tampoco estaba segura de que Cody pudiera mantenerse en la senda de la honradez. Conocía esta vida desde hacía mucho tiempo. Cuando la adversidad lo golpeara, como seguramente ocurriría, ¿no volvería a lo que siempre había conocido?

Justo antes de llegar al campamento, ella dejó de caminar. —Lo que ha hecho ahí atrás me ha sorprendido. No tenía ni idea de sus... —buscó la palabra adecuada— sentimientos. Le daré una respuesta en cuanto me sea posible.

—Gracias, Amber. Me hace un gran honor al no rechazarme de plano. Lo sé. Y le prometo de nuevo que les daré a usted y al niño una buena vida.

El niño.

Aquí había otro problema. El niño no era suyo. Tenía el deber, por encima de su propia felicidad, de ver que Sam fuera entregado sano y salvo a su padre. Pero por ahora, ese secreto debía permanecer con ella. Revelarlo no traería ningún beneficio.

—Me encargaré de la comida de los hombres —dijo Amber con un asentimiento mientras caminaba sola hacia el fuego. Acomodó a

Sam en su cesta, que estaba bajo la cubierta de lona que Tate había reforzado. Centró su atención en las ollas, removiéndolas con cuidado. Probó la comida y, tras reflexionar un momento, echó otro puñado de hierbas—. Quince minutos —le dijo a un hombre que se había detenido cerca del fuego y miraba las ollas con expectación. Él sonrió en señal de asentimiento y siguió con sus asuntos.

Tras servir a los hombres, se sirvió su propia comida con el trozo de pan que la acompañaba y se la llevó al establo. Comió sola, reflexionando sobre los sucesos del día.

Aún no podía quitarse de la cabeza el hecho de que Anthony estuviera reuniendo el dinero del rescate. Si no la amaba, si no la quería como esposa, ¿entonces por qué lo haría? Si realmente fuera el tipo de hombre canalla que Cody describía, ¿por qué molestarse? Por otro lado, estaba segura de que Cody no mentía. Simplemente podía sentirlo. No obstante, ¿creía Cody esas cosas horribles de Anthony Fox por sus tratos con él y su familia en el pasado? ¿Se había formado una imagen distorsionada del hombre en su mente sin que fuera realmente culpa suya?

Era posible.

Amber dejó su cuenco de estofado. Aún estaba medio lleno; no tenía apetito. Tenía que pensar. Habían rellenado la jarra de leche mientras ella estaba fuera paseando con Cody, y llenó el biberón de Sam. Lo levantó con cuidado de su cesta. Era increíble lo mucho que parecía haber cambiado incluso en el poco tiempo que ella llevaba siendo responsable de él. Cuando el bebé abrió los ojos, sonrió. La reconoció. Sam hizo un suave gorjeo y luego chasqueó los labios. Amber sabía que eso significaba que tenía hambre. Rara vez lloraba para llamar la atención; era un niño tan bueno y bien educado. Le dio el biberón y él succionó ruidosamente.

Entregar al niño sería un desgarro. Había llegado a adorarlo en los últimos días. Pero ella no era su madre. El niño necesitaba a su verdadero progenitor. A su padre.

Se preguntaba dónde estaría Billy ahora y cómo le iría. Rezaba para que estuviera bien y se hubiera recuperado del golpe en la cabeza. Creía a Cody cuando decía que no le había pasado nada peor. Pero seguramente estaría angustiado por el paradero de su

hijo. ¿Estaría incluso ahora buscando a Cody y a sus hombres por las colinas? Pero ¿cómo sabría que Amber se había llevado a Sam? Estaba inconsciente cuando se la llevaron con el pequeño. Quizá a estas alturas, Billy hubiera llegado a la conclusión de que su hijo se había perdido para siempre, o peor aún, que había muerto, y estuviera de camino de vuelta a la ciudad.

Esperaba que no. Rezaba para que no tuviera el corazón destrozado. Por el poco tiempo que pasaron juntos en las estaciones, sabía que era un hombre decente que no merecía las desgracias que la vida le había deparado el último año.

Sabía que tenía que llevarle a Sam tan pronto como pudiera.

El bebé terminó de comer y eructó ruidosamente. Amber le sonrió con afecto. Ya se le empezaban a cerrar los ojos y lo acostó con cuidado en su cesta. Ella misma sintió los ojos pesados; el desgaste mental del día la había agotado. Era muy temprano, no más del atardecer, cuando buscó sus mantas y se acurrucó en ellas.

Los llantos de Sam la despertaron. Quería otra toma. La oscuridad exterior le indicaba que el sol probablemente se había puesto hacía una hora o más. El establo estaba iluminado con faroles y un hombre estaba sentado sobre una paca en la entrada bebiendo una botella de cerveza. Siempre había un guardia con ella por la noche. No tanto por si intentaba escapar, sino por si a alguno de los hombres se le ocurría hacer alguna estupidez. Él la saludó con la cabeza pero no dijo nada.

Mientras ella llenaba el biberón de Sam con leche de la jarra, Tate apareció en la entrada.

—Vete a la cama, Robert. Yo me encargo de este turno.

—¿Estás seguro?

—Sí, he dormido hasta tarde en el pueblo. No estoy cansado, mejor vete tú a dormir.

—De acuerdo —dijo Robert recogiendo su sombrero azul oscuro de al lado de la paca de paja—. Gracias, Tate. —Se levantó sin siquiera mirar a Amber y salió tranquilamente a la oscuridad.

Tate les sonrió cálidamente a Amber y a Sam. —¿Cómo va el pequeño?

—Bastante bien, por lo que parece —respondió Amber mientras Sam se lanzaba al biberón.

Tate no se sentó; en su lugar, caminaba nerviosamente de un lado a otro. De vez en cuando miraba en dirección a Amber. Era evidente que algo iba mal.

—Por el amor de Dios, Tate, estate quieto —dijo Amber tras observarlo unos minutos—. ¿Qué es lo que pasa?

Tate miró largamente hacia la oscuridad y luego dio unos pasos hacia Amber. —Lo siento, señorita, pero he mentido.

CAPÍTULO 13



Billy Cresswell abrió los ojos e inmediatamente se arrepintió. La luz penetrante de la pequeña ventana le hirió la cabeza, que ya le latía con fuerza. Tan rápido como abrió los ojos, volvió a cerrarlos.

Intentó recordar qué le había ocurrido, pero le costaba. Sabía que el tren había sido atacado. Se había bajado para intentar cumplir con su deber cuando este se detuvo, pero eran demasiados y estaban muy bien organizados.

Pero no recordaba cómo había terminado todo. No tenía ni idea de dónde estaba.

Abrió los ojos con cautela una vez más y apartó la cabeza de la ventana. Las paredes estaban perfectamente encaladas y limpias, y un suave murmullo de voces emanaba de más allá de la habitación en la que yacía.

Lentamente intentó mover las extremidades. Los brazos se elevaron con facilidad y sin dolor, al igual que las piernas. Parecía que lo único que le dolía era la cabeza. Se llevó la mano hacia ella y notó vendajes. Presionó ligeramente y soltó un quejido.

Miró al lado de la cama. Nada. Desplazó su corpulencia para quedar frente a la ventana. Entornó los ojos mientras miraba al costado de la cama y de nuevo no vio nada. La cabeza le latió con más fuerza y el corazón empezó a acelerársele. ¿Dónde estaba Sam? ¿Dónde estaba su hijo?

¿Dónde estaba él? ¿En un hospital?

Se alejó de nuevo de la brillante luz de la ventana. Miró bajo las mantas y vio que estaba vestido con un pijama de color blanco roto. Estaba limpio, aunque algo raído en algunas partes. Sabía una cosa con certeza: no era suyo.

Oyó el suave chasquido de unos pasos y entonces se abrió la puerta y entró una mujer vestida de blanco y tan pálida que su piel casi se fundía con las paredes. Debía de tener unos cuarenta años y llevaba el pelo cobrizo recogido en un moño. No ofreció ni una sonrisa ni un saludo. —Sr. Cresswell, parece que está despierto. Ya era hora. ¿Cómo se siente?

A Billy le costó procesar la pregunta.

—¿Sr. Cresswell? —insistió la mujer un poco más suavemente esta vez—. ¿Me oye? ¿Me comprende?

Billy intentó hablar, pero descubrió que tenía la garganta en carne viva. En lugar de palabras, solo consiguió emitir ruidos animales. —Sed —logró escupir finalmente.

—Por supuesto. —La mujer se acercó a una mesa situada a un lado de la habitación y le sirvió a Billy un vaso de agua de una jarra de peltre. Se lo acercó a los labios y él bebió con avidez—. Despacio. Beba a sorbos, por favor, Sr. Cresswell. Debemos tomar las cosas con calma.

Él obedeció de inmediato. La mujer tenía ese tipo de actitud que exigía obediencia.

Después de unos sorbos más, ella retiró el vaso de su boca y volvió a interrogarlo. —¿Está mejor, Sr. Cresswell? ¿Cómo se siente?

—Gracias, señora. —Billy tragó saliva un par de veces, saboreando el alivio en su garganta—. Estoy un poco aturdido, a decir verdad. ¿Dónde estoy?

—En casa del doctor Lightbody, en Freshwater Creek. Tiene esta pequeña ala de hospital anexa a su consulta. Yo soy la enfermera Jones, su ayudante, a falta de una palabra mejor.

—¿Qué me ha pasado?

—Parece que el tren fue asaltado por bandidos, Sr. Cresswell. Recibió un golpe en la cabeza y quedó inconsciente.

—Ya veo. —Una repentina oleada de agotamiento golpeó a Billy como si hubiera estado trabajando durante horas en una tarea física exigente. Sabía que había algo más que debía preguntar, pero no lograba recordarlo.

Sintió que los ojos se le cerraban de nuevo y el sueño se apoderó de él una vez más.

Se despertó de nuevo tres horas después cuando la enfermera Jones lo zarandeaba. Fue delicada, pero no hubo ni rastro de sonrisa ni una palabra amable. —Hora de la cena, Sr. Cresswell. Debe comer y recuperar fuerzas.

Billy tardó unos instantes en recordar dónde estaba y por qué estaba allí. Pero se incorporó en la cama mientras la enfermera le presentaba un pequeño cuenco de caldo. Percibió su aroma, pero no le apetecía. —No, gracias, señorita.

—Coma —ordenó la enfermera Jones.

Billy dudó un momento y luego se llevó la cuchara a la boca. Una vez que hubo probado una cucharada descubrió que tenía bastante hambre y procedió a devorar el resto del cuenco con deleite.

—Bien —dijo la enfermera una vez hubo terminado—. Le sacaremos de aquí en un santiamén. —Cogió el cuenco y se marchó.

Billy se sintió mejor después de comer, pero todavía sentía un latido incesante en la parte posterior de la cabeza. Deseaba que aquello terminara.

La enfermera Jones entró apresuradamente en la habitación ni cinco minutos después de haberse marchado. —Sr. Cresswell —declaró con voz llena de importancia—, hay dos caballeros aquí que desean conversar con usted. Creo que son de la compañía del ferrocarril. El doctor dice que se les pueden permitir diez minutos si se siente capaz.

Billy gruñó afirmativamente.

—Asegúrese de no agotarse, Sr. Cresswell. Eso obstaculizará su progreso.

—Sí, enfermera. —Billy fue casi como un loro en su respuesta. Ya había aprendido que a ella le gustaba que le dieran la razón.

La enfermera Jones lo miró fijamente durante unos segundos más para asegurarse de que había captado el mensaje antes de

asentar con la cabeza y abandonar la habitación con la misma premura con la que había llegado.

Billy oyó cómo se les impartían las mismas instrucciones a los dos caballeros antes de que ella les permitiera la entrada. Se oyeron frases como «Sí, buena mujer» y «por supuesto, señora». Pocos instantes después, aparecieron en su habitación dos hombres con trajes oscuros de etiqueta, con amplias sonrisas en sus rostros y gruesos fajos de papeles bajo el brazo. Uno era muy delgado y nervioso, y tenía una espesa barba castaña que casi parecía más grande que su cabeza. El otro era un hombre bajo y gordo, de cara sonrosada, que se palmeaba la frente con un pañuelo de un blanco inmaculado como si fuera incapaz de soportar el calor. Ambos llevaban corbatas de color rojo brillante y portaban bastones con puntas de acero y mangos de marfil.

—Sr. Cresswell —dijo el hombre gordo como si saludara a un viejo amigo—. Me alegra verle despierto, señor. Me alegra de veras.

—Lo mismo digo, por supuesto. Yo soy el Sr. Barnett y este es el Sr. Jefferies. Nos envían sus empleadores, señor —dijo el hombre delgado.

—Buenos días a ambos, caballeros —logró mascullar Billy, y entonces se dio cuenta de que no tenía ni idea de si era por la mañana o no—. Me disculparán si no me levanto para saludarles. Me temo que estoy algo… —Billy perdió el hilo de su pensamiento.

El hombre delgado, el Sr. Barnett, volvió a hablar: —En absoluto, buen hombre. La enfermera nos lo ha explicado todo. Estamos aquí para discutir ciertas garantías con usted. Me complace decirle que su plan funcionó, Sr. Cresswell. Esos bandidos, esos granujas, bueno, no se llevaron lo mejor del botín. ¡No, señor!

Billy les devolvió una mirada de confusión. El tipo gordo, Jefferies, decidió que era necesario dar más detalles. —Ya sabe a qué se refiere mi amigo, señor. Su excelente recomendación para la instalación de una segunda caja fuerte oculta entre las mercancías triviales.

A pesar de que Billy tenía la cabeza embotada, todo empezaba a volver a él. La compañía ferroviaria había implementado su idea por primera vez hacía cuatro viajes. Había costado lo suyo; él llevaba

sugiriendo el plan más de tres años. Billy había sugerido que, en lugar de una sola caja fuerte con todo el efectivo, el oro, la plata y los objetos de valor, debería haber dos por tren. Una caja estaría en la posición habitual y la otra, algo más pequeña, estaría camuflada tras cajas de mercancías aparentemente mundanas como alimentos en conserva, sopas, etc. De ese modo, el cargamento precioso podría dividirse. Si alguna vez un tren era atacado por bandidos, se esperaba que estos quedaran satisfechos con el botín de la caja fuerte normal y no consideraran la posibilidad de una segunda. Nunca se hablaba de tal instalación fuera de la empresa. Por lo que decían estos dos caballeros, eso era exactamente lo que había sucedido.

—Toda la nómina del trimestre para las tres empresas mineras de Deadwater Creek está intacta. Completamente a salvo de los ladrones. Casi 10 000 dólares en valor. Tanto la compañía como los propietarios de las minas le están sumamente agradecidos, señor.

—Me alegro —dijo Billy, aunque difícilmente lo parecía. Había algo en el fondo de su mente, algo que no lograba ubicar. Estaba empezando a enfadarse un poco. Aquella cabeza nublada le impedía recordar y había algo que tenía que decir.

—Probablemente no lo recordará debido a su estado actual, pero como parte de nuestra aceptación de su excelente plan, acordamos una suma en efectivo si nuestros trenes eran atacados alguna vez y el contenido de la segunda caja fuerte permanecía intacto. Este es el caso hoy —dijo Barnett.

—Estamos aquí para zanjar el asunto, mi buen hombre. Y no podríamos estar más encantados —dijo Jefferies en voz alta—. Solo necesitamos que firme aquí y aquí. —Sacó unos papeles con un gesto pomposo y los puso delante de Billy.

Barnett deslizó una carpeta de cuero debajo de ellos y puso una pluma grande en la mano de Billy. Volvió a señalar los lugares donde debía firmar. Le sonrió de forma alentadora. —Este pago es, por supuesto, adicional al hecho de que nos hemos hecho cargo de sus facturas médicas, ya que resultó herido en el transcurso de sus funciones.

Las palabras de Barnett le entraron por un oído y le salieron por el otro. ¿Qué era aquello que tenía que mencionar? Era importante. Lo sabía. Pero ¿qué era?

Con un poco más de insistencia por parte de Barnett, Billy firmó los papeles y Jefferies le entregó un sobre. —Doscientos cincuenta dólares, señor. Y nunca me he sentido más satisfecho de entregarlos.

Puso el dinero en la enorme mano de Billy.

Se miraron el uno al otro, contentos por haber concluido sus asuntos.

—Bien —dijo Barnett haciendo una pequeña inclinación—. Le dejaremos con su recuperación. Esperamos volver a darle la bienvenida a bordo tan pronto como se encuentre lo suficientemente bien. —Chocó los talones al terminar.

—En efecto, así es —casi bramó Jefferies—. En efecto. —Él también hizo una pequeña inclinación y los dos desaparecieron por la puerta. Pero justo antes de salir, Jefferies se detuvo y se dio la vuelta—: Ese dinero les vendrá muy bien a usted y a su familia, Sr. Cresswell. Nos complace entregárselo. —Se inclinó por última vez y se marchó.

Billy levantó el sobre y miró dentro, hojeó los billetes pero no llegó a registrarlos realmente. Lo colocó debajo de la almohada.

Les vendrá muy bien a usted y a su familia, Sr. Cresswell.

Las últimas palabras del hombre bajo y gordo resonaron en sus oídos. No podía recordar el nombre del hombre, pero las palabras se quedaron grabadas en él.

Familia.

Recordó a su esposa.

Y el hecho de que había muerto.

Recordó el funeral y estar de pie bajo la lluvia torrencial junto a su tumba hasta que alguien finalmente lo apartó de allí.

Entonces recordó algo más, algo que desgarró el silencio aquel día. El llanto de un bebé.

Su bebé. Su hijo. Sam.

Eso era lo que quería preguntar.

Sacó las piernas de la cama y retrocedió un poco por la impresión cuando sus pies descalzos tocaron las frías baldosas del suelo. Se incorporó y entonces la cabeza empezó a darle vueltas. Se balanceó ligeramente de atrás hacia adelante mientras la habitación oscilaba ante él.

La puerta se abrió y entró la enfermera Jones. Cuando lo vio, su rostro era un poema. —Sr. Cresswell, ¿qué demonios cree que está haciendo? Vuelva a la cama ahora mismo.

Pero Billy no se movió: —Señora, necesito preguntar… — entonces, una vez más, olvidó lo que intentaba hacer.

—Venga, vuelva a la cama. —La enfermera Jones le agarró el hombro y lo presionó suavemente hacia abajo.

Billy se resistió. Sabía que se estaba levantando de la cama por una razón. Aquellos hombres… tenía que preguntar algo… entonces lo recordó. —¿Había un bebé conmigo cuando llegué aquí?

—¿Un bebé, Sr. Cresswell? Por supuesto que no, ¿por qué iba a traer usted un bebé?

La habitación dejó de dar vueltas y Billy recuperó de repente la claridad de pensamiento. —Porque traía a mi hijo pequeño conmigo en el tren. Mi esposa ha muerto recientemente y no tengo a nadie que lo cuide en casa. Desde que ella murió, me lo he estado trayendo al trabajo.

La enfermera Jones cesó en sus intentos de devolver al hombre a la cama e intentó discernir si lo que Billy decía era cierto o algún extraño efecto secundario de la lesión en la cabeza que había sufrido.

—Se llama Sam, señora. Tengo que encontrarlo. Tengo que preguntarles a esos dos caballeros por él. Ellos sabrán si se encontró a un bebé en el tren.

Intentó levantarse de la cama, pero la enfermera volvió a empujarlo hacia abajo.

—Sr. Cresswell, el doctor dice que no debe levantarse de esta cama. Bajo ninguna circunstancia.

—Pero debo hablar con esos caballeros. —Había desesperación en su voz ahora. Intentó levantarse de nuevo y la enfermera supo

que, si Billy se ponía tan cabezota, ella no sería capaz de contenerlo físicamente.

Era uno de los hombres más grandes que había visto en su vida. Debía de medir bastante más de un metro noventa, tenía un enorme pecho de barril y unos brazos que casi hacían reventar su camisa.

—¡Sr. Cresswell! —insistió la enfermera Jones—. Si se sienta ahí en la cama como ordenó el médico, iré a buscar a los caballeros.

Billy se lo pensó un momento y, una vez más, la habitación empezó a darle vueltas. Parecía que le quedaba poca opción. —Sí, señora, haré eso. Pero por favor, dese prisa; no deje que se marchen.

La enfermera dejó de presionar sus hombros y dio dos pasos cortos hacia atrás. Le señaló con el dedo. —No se mueva de esa cama, Sr. Cresswell —ordenó y, con eso, salió disparada por la puerta.

Billy se balanceaba de atrás hacia adelante en el borde de la cama. El tiempo parecía pasar muy despacio. Le pareció que había pasado una eternidad. Mil pensamientos inundaron su mente. Quizá no se había ido a buscar a los caballeros en absoluto. Quizá se habían marchado. Quizá se negaron a volver. Parecían increíblemente importantes y sin duda estarían ocupados. Quizá la enfermera pensó que solo estaba diciendo tonterías. Pero entonces ella regresó con los dos caballeros siguiéndola. Se quedó junto a Billy mirándolo con severidad, casi desafiándolo a levantarse de la cama.

—Sr. Cresswell, la enfermera Jones me dice que ¿hay algo sobre un bebé? —dijo Jefferies. De nuevo, se estaba dando toques en la frente con el pañuelo para secarse el sudor. Tenía la cara aún más encendida que antes y Billy supuso que era porque se había visto obligado a apresurarse para seguir el ritmo de la enfermera Jones.

—Gracias por volver, caballeros —dijo Billy con sinceridad. Aún conservaba una buena claridad de pensamiento—. ¿Se encontró a un bebé en el tren? ¿En mi compartimento de guardia? ¿En el suelo? ¿Frente a la segunda caja fuerte?

—¿Un bebé, señor? —casi chilló Barnett—. ¿Por qué demonios iba a haber un bebé en el tren, en el compartimento del guardia?

—Porque mi hijo Sam estaba en ese tren.

Los dos hombres se miraron en un silencio estupefacto. Era como si les acabaran de decir la cosa más escandalosa del mundo entero.

—¿Nos está diciendo, señor, que trajo a su hijo, nada menos que un bebé, al trabajo con usted? —preguntó Jefferies buscando una aclaración.

—Sí —dijo Billy agachando un poco la cabeza como si acabara de confesar un pecado terrible.

—Esto es de lo más irregular —dijo Barnett sacudiendo la cabeza, mirando a su colega casi con desconcierto.

—¿Señores? ¿Por favor? ¿Se encontró a un bebé en el tren?

—No, señor. Ningún bebé. Ni rastro de un bebé —dijo Jefferies mirando fijamente a Billy, preguntándose si estaba hablando con sentido o si quizá se había vuelto loco.

Los dos hombres se miraron entre sí antes de que Barnett hablara: —Dennos dos minutos, por favor. Necesitamos tratar unos asuntos en privado. —La forma en que enfatizó la palabra privado daba a entender que iban a retirarse para discutir secretos de Estado.

Salieron apresuradamente al pasillo cerrando la puerta con firmeza tras de ellos. Desde dentro, Billy y la enfermera Jones pudieron oír un intercambio de susurros apresurados.

—No parecían muy contentos, ¿verdad, enfermera? —dijo Billy mirándola.

—No, Sr. Cresswell, me temo que no. —Por primera vez miró a Billy con algo parecido a la compasión.

—¿Trataron a alguien más del tren? —preguntó Billy, preguntándose si alguien más podría tener información sobre lo que le había pasado a Sam.

—Hubo un caballero que recibió un disparo en el brazo. Le dimos el alta ayer. Un tal Sr. Hall, creo.

—¿Eso es todo?

—Creo que el doctor examinó al maquinista al mismo tiempo que le trajeron a usted. Sufría algún tipo de conmoción tras el incidente. Pero el doctor Lightbody no consideró necesario ingresarlo en el hospital.

Billy intentó pensar. Sabía que alguien más había estado en el tren aparte de los miembros habituales del personal. Entonces lo recordó, la joven y bonita muchacha. Amber. La que se dirigía al oeste para convertirse en la novia por correo de algún abogado. —Había una mujer joven. Amber.

—Lo siento, Sr. Cresswell, no sé nada de ella. Ciertamente no fue traída aquí para recibir tratamiento.

La puerta se abrió de golpe sin llamar y los dos caballeros entraron. Ahora mostraban un semblante muy serio. El rostro de Jefferies tenía casi un tono púrpura, como si su presión arterial hubiera subido mucho.

Pero fue Barnett quien habló primero. —Solo para que me quede claro, Sr. Cresswell, señor. ¿Usted trajo consigo, a su lugar de trabajo con nosotros, a un bebé? ¿A su bebé?

—Sí, señor. Mi esposa, verá… —hizo una pausa por un segundo al sentir que se le cerraba la garganta—. Murió en el brote de gripe en la ciudad de Nueva York este invierno. No tengo a nadie que lo cuide en casa y no podía permitirme perder mi trabajo —respondió Billy.

Los dos se miraron y Jefferies casi agachó un poco la cabeza avergonzado.

—Aunque lamento profundamente su pérdida, Sr. Creswell, esto no puede permitirse. No podemos permitir que nuestros empleados traigan a sus familias en nuestros trenes a su antojo. Sus circunstancias no son únicas, señor. Usted no goza de ninguna dispensa especial. ¿Es la primera vez que lo hace?

—No, señor, esta es la tercera vez que Sam me acompaña en este viaje. —Sabía que esto no les sentaría bien a los dos caballeros, pero Billy no era un mentiroso. Si no hubiera ocurrido este incidente, Sam no habría sido descubierto. No tenía problemas con eso pero, ante una pregunta honesta, siempre daría una respuesta honesta.

Barnett miró a Jefferies, quien se limitó a encogerse ligeramente de hombros. Esta vez fue Jefferies quien habló: —Sr. Cresswell, nos deja poca opción. Su empleo con nosotros queda rescindido con efecto inmediato. Falta muy grave. Falta muy grave, señor. —Chocó los talones mientras repetía las últimas palabras.

—¿Me están despidiendo? —dijo Billy—. Mi hijo ha desaparecido en su tren, ¿y me están despidiendo?

—No nos ha dejado otra opción —replicó Jefferies. Miró a su alrededor, recorriendo con la vista la cama. Casi parecía que buscaba el sobre que le había dado anteriormente. Como si pudiera recuperar la suma. Pero no lo vio.

—La compañía no tiene ninguna responsabilidad legal sobre el niño, ¿entiende? Ninguna en absoluto. Es como si nunca hubiera estado allí —añadió Barnett.

Miró a su colega, quien asintió. Ambos se despidieron y se marcharon sin decir ni una palabra más a Billy.

Billy se quedó sentado unos segundos mientras las palabras de Barnett resonaban en sus oídos.

Es como si nunca hubiera estado allí.

Luego miró a la enfermera Jones: —¿Qué voy a hacer, señora? He perdido a mi hijo.

Y con eso, Billy rompió a llorar.

CAPÍTULO 14



—¿A qué se refiere con que ha mentido? —preguntó Amber con pesar. Ya había sido un día muy largo y su mente era un torbellino tras la confesión de amor de Cody.

—¿Le importa si me siento, señorita? —preguntó Tate con una suave sonrisa.

—En absoluto. —Amber se incorporó y señaló hacia las balas de paja que tenía enfrente.

Él se acercó y se estiró antes de sentarse. Ella podía notar su nerviosismo. De hecho, se mostraba casi tan inseguro de sí mismo como su hermano unas horas antes. Ella no dijo nada para tranquilizarlo; en su lugar, esperó en silencio a que Tate hablara.

Él no estaba seguro de cómo darle la noticia. Lo último que quería era que ella se derrumbara. Eso despertaría a los demás hombres y, para lo que tenía planeado, necesitaba que el campamento estuviera dormido. Decidió que la única forma era soltarlo de golpe. Respiró hondo: —Señorita, lamento haberla hecho pasar por esto, pero me temo que todo lo que les dije a Cody y a los hombres sobre Anthony Fox era una mentira absoluta. Él no tiene la más mínima intención de pagar el rescate para recuperarla.

Amber se quedó sin aliento por la impresión. No estaba segura de qué iba a revelarle Tate, pero no esperaba que fuera esto. No tenía ni idea de que Tate le hubiera estado mintiendo a su hermano. Jamás se le habría pasado por la cabeza algo así. Cody no era el tipo

de hombre al que nadie se atreviera a mentir. Y menos su propio hermano. Amber había creído que Tate solo decía la verdad y se había pasado el resto del día volviendo a idealizar a Anthony como el hombre que ella creía que era. Ahora llegaba aquella revelación que destrozaba esa imagen una vez más.

—Comprendo que esto sea una decepción para usted, señorita Amber. Siento que hayamos llegado a esto —dijo él en voz baja. Tate quiso alargar la mano, tocar la de ella y decirle que todo saldría bien. Pero no lo hizo; sabía que ella no estaba preparada para eso.

—No lo entiendo. ¿Por qué mentir a Cody? ¿Por qué decirle algo que no era cierto? ¿Y cómo sabe esto con seguridad? —Amber le lanzó las preguntas, cada una con un tono más duro que la anterior.

—Será mejor que empiece por el principio, señorita. —Tate procedió entonces a contarle a Amber toda la historia de su estancia en Freshwater Creek. Cómo bebió con el empleado del banco, cómo había observado a Anthony Fox jugando al póquer con sus amigos y luego, lo más angustioso de todo, la revelación sobre las chicas del salón de Mitch.

—Entonces, si yo hubiera llegado al destino final del tren en Freshwater Creek, ¿Anthony no tenía intención de casarse conmigo? —preguntó Amber, perpleja, tratando aún de procesar todo lo que Tate había dicho.

—No, señorita. Parece que no. Ya ha llevado a cabo este engaño dos veces antes.

—Me habría entregado a algún salón apestoso para trabajar como chica de alterne, haciendo... —cerró los ojos con repugnancia al imaginar el tipo de trabajo al que se habría visto forzada. Lo más horrible era que podía ver cómo habría ocurrido. No tenía dinero. No conocía a nadie en el pueblo. No habría tenido otra opción.

—Pero no se llegó a eso, señorita. Todos deberíamos estar agradecidos por ello.

Amber no estaba de humor para agradecimientos; estaba de humor para la ira. Anthony Fox le había mentido. La había engañado. No era mejor que su padrastro. Merecía estar encerrado por lo que intentó hacerle y por lo que les había hecho a esas otras dos mujeres.

—¿Qué saca él con todo esto? —preguntó Amber.

Tate reflexionó un momento: —Ese tal Mitch debe de pagarle por las chicas que entrega. Es lo único que se me ocurre. No conozco los detalles. Ni quiero conocerlos.

Amber podía entenderlo. —Pero ¿por qué no le contó la verdad a Cody? —le exigió ella—. ¿Por qué mentir a su hermano? ¿Por qué hacerle creer que el dinero va a llegar?

Tate se levantó y empezó a caminar por el establo. —Aquí es donde debo decir que la cosa se complica, señorita. Aún más de lo que ya está. Y por favor, le ruego que me disculpe si me excedo. Tengo poca experiencia en el trato con mujeres. Especialmente con las que son tan hermosas como usted.

A pesar de lo incómodo de la situación, Amber no pudo evitar sonrojarse ante el cumplido.

—Conozco la forma en que Cody la mira. Está enamorado. —Hizo una pausa un momento, preguntándose si aquello sería una revelación para ella. Pero ella permaneció impasible, así que él continuó—: Sinceramente, creo que reza todas las noches para que Anthony Fox no pague el rescate. Así tiene la excusa perfecta para retenerla aquí. Quiere que usted se enamore de él.

Amber abrió la boca para decir que Cody ya le había propuesto matrimonio, aunque fuera de una forma un tanto indirecta. Pero volvió a cerrarla. Parecía que Tate conocía a su hermano demasiado bien. Sin embargo, no estaba segura de adónde conducía aquella conversación. Pero temía el camino que estaba a punto de tomar.

—El problema es que yo estoy enamorado de usted, señorita, y del pequeño. —Miró hacia el cesto y hacia el bulto dormido que era Sam—. No quiero que ambos se queden aquí con Cody. No creo que usted quiera eso tampoco. Esta no es vida para una mujer como usted. Cocinar para un puñado de hombres, sin saber quién regresará al final de cada día. Ciertamente no es vida para el niño. No querrá que su hijo crezca para convertirse en un criminal. Créame cuando le digo que no es vida.

A Amber se le cayó el alma a los pies. Otro hombre declarándole su amor. Si aquello hubiera ocurrido en la ciudad de Nueva York, no

habría tenido necesidad de huir al oeste. Casi habría podido reírse de frustración ante la situación.

No sabía muy bien qué responder a Tate. En su lugar, se limitó a mirarlo mientras sopesaba los asuntos en su mente.

Sin embargo, Tate siguió hablando. —Quiero dejar atrás esta vida, señorita, como usted sugirió. Podríamos escapar juntos. Ahora mismo. Todos duermen. Simplemente nos iríamos a caballo. Tengo un poco de dinero en una cuenta bancaria propia. No seríamos ricos, ni mucho menos, pero saldríamos adelante. Cabalgaríamos hasta llegar a un pueblo donde solo fuéramos dos caras nuevas y entonces yo buscaría un trabajo. Viviría cada día con el objetivo de hacerla feliz, Amber. No merece menos después de todo lo que ha pasado.

Amber lo miró con otros ojos. Se parecía a su hermano, solo que más joven y menos cansado del mundo, y ahora también hablaba como él. Sentía que él también sería un buen marido para alguien, al igual que Cody. ¿Pero un marido para ella?

—Tate, no sé qué decir.

Tate bajó la voz. —Sé que es mucho que procesar, Amber. ¿Espero que crea lo que le digo sobre Fox?

—Lo creo —respondió Amber. Se dio cuenta de que así era. Ni por un momento pensó que se lo estuviera inventando.

—Sé que probablemente no me quiera. Que ni siquiera sienta nada por mí. Pero eso podría llegar con el tiempo. Lo que sí sé es que si no nos vamos ahora, y me refiero a ahora mismo, Cody nunca la dejará marchar.

Amber no estaba segura de eso. Pensaba que, si ella se lo pidiera, él la dejaría ir, pero también sabía que Tate se había puesto en una situación terrible. Cuando Cody descubriera que Tate le había mentido, temía pensar en lo que podría ocurrir. Podía ver el duro resentimiento que Cody albergaba injustamente hacia él, y esto solo empeoraría las cosas. Luego estaba la situación de Sam.

No podía marcharse sin intentar reunir a Sam con su padre.

Amber tenía ganas de llorar. Estaba cansada y confundida. Pero sabía que tenía que elegir.

—Deme media hora para pensar, Tate. Tengo que tomar la decisión correcta —dijo Amber con sequedad.

—No creo que tengamos tanto tiempo, señorita. Si decide venir, tendrá que montar detrás de mí, sujetando al bebé. No podremos cabalgar rápido. Podrían atraparnos fácilmente. Necesitamos alejarnos lo antes posible.

—Quince minutos entonces —suplicó ella—. Tengo que poner en orden mis pensamientos.

—Está bien, señorita —dijo Tate a regañadientes—. Voy a salir un momento; estaré cerca por si me llama. Si no sé nada de usted, volveré en quince minutos.

Ella lo vio salir. Era alto. Era guapo. Tenía buen corazón. Y estaba mucho más cerca de su propia edad. ¿Sería Tate el mejor hermano para casarse? Sin duda se le daban mejor los niños que a Cody, a juzgar por cómo trataba a Sam. Sin embargo, eso era irrelevante, ya que Sam no era suyo para quedárselo. ¿Por qué tenía que casarse con ninguno de los dos? No tenía por qué.

Sam empezó a despertarse y ella preparó rápidamente su toma. Lo cogió y lo sentó erguido sobre su muslo. Le acercó el biberón a la boca y, mientras el niño succionaba la leche con hambre, ella cerró los ojos e intentó tomar una decisión.

CAPÍTULO 15



Tate salió a la luz. Ahora vestía una chaqueta de cuero marrón y llevaba en la mano un pequeño fardo atado con una cuerda blanca que contenía sus pertenencias.

Miró a Amber lleno de esperanza.

Amber levantó la vista hacia él. —He tomado una decisión.

—¿Y bien?

—Iré con usted...

El corazón de Tate casi estalló. Quería hacerle cien preguntas. ¿Qué significaba aquello? ¿Significaba que ella también le amaba? ¿Se casarían? Pero sabía que era demasiado, demasiado pronto.

—Pero... —añadió Amber rápidamente—. Primero debemos ir a Freshwater Creek.

Tate negó con la cabeza. —No, Amber. Está demasiado cerca. Debemos abandonar la zona. Freshwater y Deadwater Creek están fuera de nuestro alcance. Debemos ir más lejos. Quizá incluso fuera de Texas.

Amber levantó la mano para detenerle. —No, Tate. Si he de ir con usted, debe ser a Freshwater Creek. Al menos en un principio.

—¿Pero por qué?

—Tate, usted ha dicho que si nos marchábamos, teníamos que hacerlo ahora. Tengo una historia que contar, pero me temo que no es corta. Si puede confiar en mí, se la contaré en cuanto estemos a salvo en Freshwater Creek. Se lo prometo.

—Recoja sus cosas rápido —ordenó Tate tras un breve momento de reflexión.

Amber agarró su bolso de viaje, pero Tate negó con la cabeza. —Ponga lo que necesite aquí —le entregó el pequeño fardo que contenía sus propias pertenencias—. Viaje lo más ligera que pueda, Amber. Siempre podremos comprar cosas nuevas en el futuro. Esto no es para siempre.

Ella rebuscó en su bolso y se decidió por un solo vestido, una muda de ropa interior y, por supuesto, el espejo de plata de su madre. Echó un vistazo a las cartas de Anthony y las descartó. Si hubiera tenido tiempo, le habría gustado quemarlas, pero sabía que llegar a Freshwater Creek era más importante.

—¿Qué hay de su cesta? —preguntó ella, sabiendo ya la respuesta.

Tate volvió a negar con la cabeza. —Va a tener que llevarlo en brazos. No podremos llevarnos eso.

Tate la estudió un segundo, pensativo. —De hecho, va a tener que agarrarse a mí. Doy por hecho, por supuesto, ¿que no sabe montar a caballo?

—No —respondió ella, casi riendo—. Soy una chica de la ciudad de Nueva York.

Él cogió una de las mantas en las que ella había estado durmiendo, sacó su cuchillo y la cortó en tiras largas.

—Venga aquí —dijo—. Dese la vuelta. —En menos de dos minutos había fabricado un arnés para los hombros de Amber, lo que le permitió asegurar a Sam a su espalda. Amber parecía petrificada, pero él le aseguró que era bastante seguro.

—Ahora tendrá los brazos libres para aferrarse a mi cintura mientras cabalgamos —demostró con un hombre invisible frente a él.

—Entiendo —le aseguró Amber, sintiéndose ahora muy nerviosa.

—Haga el menor ruido posible. Tenemos que salir a hurtadillas. Si nos descubren, todo estará perdido.

Amber siguió a Tate, teniendo cuidado de pisar donde él pisaba. Sam se sentía pesado a su espalda, pero sabía que se acostumbraría. El caballo de Tate estaba ensillado y esperándolos. Él

se volvió, la agarró por la cintura y la subió sin esfuerzo al lomo de la bestia. Tal como le había sucedido cuando Cody la levantó, sintió un escalofrío de emoción. Se dijo a sí misma que no era más que la falta de costumbre al tacto de un hombre.

Tate puso su propio pie en los estribos y se encaramó a la silla delante de ella. Por instinto, ella alargó el brazo y le rodeó la cintura. Su vientre estaba duro bajo su mano.

Tate taloneó los flancos de su caballo y el animal salió disparado. Amber se agarró de inmediato con más fuerza, pegando su cuerpo al de Tate. Estaba ahora tan cerca que podía olerlo; olía a almizcle y no era desagradable.

—No se preocupe —gritó él hacia atrás una vez que hubieron dejado el campamento—. No dejaré que se caiga.

Ella le apretó un poco más fuerte todavía, pero se sintió tranquilizada. Estaba en buenas manos.

El viento le azotaba el pelo a medida que el caballo empezaba a correr más rápido. Aquello no se parecía en nada a viajar en el carromato. Lo encontraba estimulante. Giró un poco la cabeza para mirar hacia atrás. No podía ver mucho en la penumbra, pero sabía que habían logrado una gran escapada.

Las luces de Freshwater Creek se acercaban más y más con cada zancada del caballo, y en poco tiempo llegaron a las afueras del pueblo. Tate se detuvo en la posada en la que se había alojado la noche anterior.

—Cogeremos habitaciones aquí —le dijo a Amber—. Pero tenemos que irnos de este lugar lo antes posible. Es seguro que Cody vendrá a buscarla.

Tate la ayudó a bajar del caballo y desató a Sam. Ella le hizo una inspección apresurada y comprobó que no había sufrido durante el viaje, y Amber sintió un alivio abrumador.

De repente se dio cuenta de que había escapado de un secuestrador. Puede que le hubiera propuesto matrimonio, pero Cody seguía siendo un secuestrador. Habían pasado tantas cosas en los últimos días que era difícil de asimilar. De pronto se sintió agotada.

—Tate, necesito dormir. Mañana le contaré por qué estoy aquí.

Él asintió y entró para organizar las habitaciones. Dos. Una al lado de la otra, por si surgía algún problema. Amber podría golpear la pared si lo necesitaba y él estaría allí en un instante. También organizó un establo discreto para su caballo. El animal sería un rastro obvio para cualquiera que los buscara.

El posadero los condujo a sus habitaciones con una ligera mueca de desprecio, intentando averiguar cuál era la relación entre la pareja. Tate lo ignoró y Amber no se molestó en dar explicaciones. Sencillamente quería su cama.

La habitación de Amber era sencilla, pero estaba bastante limpia. Pidió que le trajeran agua caliente para lavarse antes de irse a dormir. El posadero empezó a mascullar una queja, pero Tate sacó otra moneda que aquel miró con codicia. Salió corriendo a calentar algo de agua.

—¿No puede decirme ahora por qué estamos aquí? —preguntó Tate en voz baja en el pasillo, frente a su habitación.

—Mañana —insistió Amber—. La historia es larga y necesitamos pensar con claridad. Lo comprenderá cuando se lo cuente.

Tate esperó fuera de su habitación hasta que el dueño le trajo un cuenco de agua humeante, además de jabón y una toalla. Estaba algo raída, pero estaba limpia y serviría. Miró a Tate, quien a regañadientes le entregó la moneda que le había prometido. El hombre se alejó apresurado para atender otros asuntos.

—Pegue un grito si necesita algo —dijo Tate mientras se retiraba con reticencia a su propia habitación.

Amber acostó a Sam con suavidad en la cama. Él ya estaba dormido y era completamente ajeno a las aventuras de la noche.

Se quitó el vestido sucio y la ropa interior y sumergió la cabeza bajo el agua. Lo hizo repetidamente hasta que sintió que cada pizca de mugre, arena y suciedad había salido de su pelo. Luego se lavó por todo el cuerpo, frotando con fuerza con el jabón.

Sentirse limpia de nuevo le sentó bien.

Se secó con la fina toalla que el posadero le había proporcionado y luego procedió a usar el agua para lavar su vestido. Lo colgó para que se secara lo mejor posible sobre la pequeña ventana. Se puso

ropa interior limpia y luego extendió el vestido limpio, listo para la mañana.

El hedor a humo de la hoguera desapareció de su piel.

En unos instantes, volvió a sentirse civilizada.

No estaba segura de cómo se tomaría Tate la noticia mañana de que Sam no era hijo suyo y de que tenían que encontrar a su padre.

Tampoco estaba segura de qué haría una vez logrado esto.

¿Realmente quería marcharse con Tate? ¿Solo lo estaba usando para escapar del campamento?

Sentía que quizá era así, y se sentía culpable por ello. El hombre había roto todo vínculo con su hermano. Un hermano que, sin duda, buscaría venganza. ¿Podía simplemente abandonarlo?

Pero luego recordó cómo se había sentido con Tate en el caballo: firme, fuerte y tranquilizador. Su aroma aún permanecía en su nariz.

También pensó en cómo Cody le había desnudado su alma. Se había ofrecido a renunciar a todo para casarse con ella.

No conocía bien a ninguno de los dos hermanos, pero parecían parecerse más de lo que probablemente a ninguno le gustaría admitir. Se había visto arrojada a ellos en un momento de tensión y agitación. Habían pasado y se habían desentrañado tantas cosas en los últimos días... ¿Cómo podía saber lo que sentía de verdad?

¿Cómo podía alguien esperar que tomara una decisión en esta situación?

La frustración se mezcló ahora con el cansancio y se metió en la cama.

El sueño le llegó casi de inmediato, pero no antes de que las lágrimas empezaran a rodar por su rostro.

En la habitación de al lado, Tate consiguió quitarse las botas pero se quedó tumbado en la cama completamente vestido. Cody vendría a buscarlos, estaba seguro. ¿Pero dónde buscaría? Seguramente pensaría que se habrían ido más lejos que a Freshwater Creek. En aquel terreno agreste y desolado, sería casi imposible rastrearlos. Podrían estar en cualquier parte.

Tate deseaba estar en cualquier sitio menos aquí. Cuanto más lejos estuviera de Cody, mejor.

Estaba emocionado porque Amber hubiera decidido irse con él, pero estaba lleno de aprensión por lo que ella esperaba a contarle mañana. No estaba seguro del significado tras su decisión de marcharse con él. Quizá no quería saberlo.

Finalmente, tras lo que parecieron horas tumbado en la cama, el sueño lo envolvió. Soñó con una nueva vida como buscador de oro en California, regresando a casa cada tarde con su hermosa esposa, Sam, y un bebé al que no conocía pero que de alguna manera sabía que era suyo.

Era un sueño maravilloso, tan lleno de esperanza y felicidad. No tenía idea de cómo se haría añicos en los próximos días.

CAPÍTULO 16



Cody se sentó sobre las balas de paja en el establo y leyó las cartas que Anthony Fox le había escrito a Amber. Hacía poco más de una hora que en el campamento habían descubierto que Amber había desaparecido.

Aún no se había empezado a preparar el desayuno en la hoguera cuando alguien puso el asunto en conocimiento de Cody. Inmediatamente organizó la búsqueda. Al principio no estaba demasiado preocupado porque el bolso de tela de Amber estaba allí, donde debía estar, al igual que el capazo del bebé. Probablemente el niño había estado llorando y ella se habría alejado en un intento de calmarlo.

Cody organizó a los hombres para batir la zona. Recorrió el sendero por el que habían paseado juntos el día anterior. Por un momento temió que ella hubiera venido por aquí y se hubiera caído por el borde, pero, a decir verdad, lo dudaba.

A su regreso al campamento, Amber y el bebé seguían sin aparecer, pero fue recibido con la noticia de que su hermanastro también faltaba.

Finalmente, llegó a la conclusión, muy a su pesar, de que ambos se habían fugado.

Buscó en el bolso de Amber, pero no encontró nada fuera de lugar. No tenía idea de lo que ella había traído consigo originalmente, así que no sabía qué faltaba, si es que faltaba algo.

Sin embargo, sí encontró las cartas que Fox le había escrito. Sabía que estaba invadiendo la intimidad de la mujer, pero no pudo evitar leerlas; la curiosidad era excesiva.

Pudo ver al instante cómo ella podía haber sido engañada por él. Las cartas estaban llenas de conmovedoras palabras de amor y afecto. Le prometía una vida maravillosa en un pueblo que Cody apenas reconocía a través de los elogios de Fox. Para una chica con mala suerte en Nueva York, Anthony Fox debió de parecerle un regalo del cielo.

Pero el abogado no era su preocupación en ese momento. Lo era su hermano Tate.

La pregunta que debía responder era si Amber se había ido con Tate por voluntad propia o si su hermanastro la había obligado a acompañarlo.

Tate ciertamente lo había traicionado, ¿pero lo había hecho Amber?

Su incredulidad empezó a transformarse lentamente en ira. Los encontraría. Descubriría toda la historia y, de una forma u otra, Tate pagaría.

Reunió a sus hombres alrededor de la hoguera y explicó que Tate había secuestrado a Amber. Ni uno solo de los hombres se atrevió a mencionar el hecho de que Amber había sido secuestrada por el propio Cody en primer lugar y traída al campamento.

Organizó partidas de búsqueda. Tres hombres en cada grupo y cada uno enviado en una dirección diferente. Si no encontraban rastro de la pareja, debían informar al campamento al atardecer. Si daban con el rastro, un solo hombre de cada partida debía regresar para informar mientras los otros dos continuaban la persecución.

Si los hombres daban con ellos, dio órdenes de que fueran obligados a regresar a punta de pistola si era necesario.

Los hombres se dispersaron apresurada y nerviosamente. Sabían que su líder necesitaba ser aplacado. Todos querían ser quienes se llevaran la gloria al traer de vuelta a Tate y a Amber. Nadie quería enfurecerlo.

Cody se sentó a reflexionar un minuto.

Lo que más deseaba era dejar el campamento y dar caza a su hermano. Pero sabía que lo sensato era sentarse a pensar. ¿Adónde iría Tate? ¿Adónde podría llevarla?

Llegó a la conclusión de que aquello dependería de si Amber participaba voluntariamente o no.

Intentó recordar las interacciones de Amber con su hermanastro. Pero, aparte de un puñado de ocasiones anodinas, no recordaba ninguna. Sin embargo, sabía que ella no estaba bajo su atenta mirada cada minuto del día.

¿Acaso Tate la había encandilado?

Al fin y al cabo, era más joven que Cody. Y no tenía el infernal parche en el ojo. Estaba jugueteando con la cuenca cicatrizada debajo de su parche. Mientras contemplaba estas cuestiones, su resentimiento creció y se fue a ensillar su caballo.

Tenía una idea. Una posibilidad remota, pero debía ser explorada.

Montó en su yegua y le dio una espuela para ponerla en marcha. Su fiel yegua negra salió disparada. Solo unos minutos después, desmontó frente a las ruinas podridas de la mansión del antiguo rancho Mitchell. El hogar de su infancia.

Sabía que estaba invadiendo la propiedad privada de Whitney, pero no le importaba lo más mínimo. Que alguien intentara echarlo. Ese hombre se llevaría un susto. Esperaba y rezaba para que esa persona fuera Toby Whitney. La venganza sería dulce.

Cody desmontó y le dio a su caballo una palmadita tranquilizadora en el flanco.

Empezó a caminar lentamente por los alrededores. Nadie había vivido allí durante años y la hierba empezaba a crecer a través del porche a medida que la naturaleza iniciaba su reconquista. Después de que la familia Mitchell fuera expulsada, Whitney instaló a su propio capataz en la propiedad. Sin embargo, no se quedó mucho tiempo. Whitney no trataba bien a su personal y un hombre con tales aptitudes podía encontrar empleo en cualquier otro lugar. Después de que se marchara, nadie acudió a ocupar su puesto. El lugar simplemente fue abandonado a una lenta decadencia.

Cody abrió la puerta de la vieja mansión y, en algún lugar del interior, un animal se escabulló para esconderse. Ratas, lo más

probable, pensó Cody. Caminó lentamente de habitación en habitación, recordando los tiempos felices con su padre y su madre y, por supuesto, con Michael. Llegó a su antiguo dormitorio, el que compartía con su hermano. Recordó cómo se quedaban despiertos hasta tarde, hablando incluso después de que su madre hubiera insistido en que se apagara la luz. Casi podía oír la risa contagiosa del niño resonando por toda la casa.

Pero aquello no podía ser.

Michael estaba muerto, pudriéndose bajo tierra tal como esta misma casa se pudría sobre sus cimientos.

Tate causó la muerte de Michael del mismo modo que ahora Tate estaba provocando que su futuro también se pudriera. Mientras caminaba por el hogar que una vez amó, su ira crecía.

Las habitaciones estaban desnudas, conteniendo solo los tristes recuerdos desechados de una antigua vida feliz.

No estaba seguro de por qué había pensado que Tate podría haberla traído aquí. Después de todo, sus recuerdos de este lugar serían escasos. Pero tenía que estar seguro.

Cody caminó hacia la puerta y de repente tuvo un recuerdo vívido de lo sucedido hacía tantos años.

Recordó a los hombres, diez de ellos, irrumpiendo por la puerta sin invitación. El que iba a la cabeza era enorme, y agitaba un papel en la mano gritando: —¡Por orden del tribunal, tomamos posesión de esta propiedad para el señor Toby Whitney! —

Recordó a su madrastra gritando y a su padre luchando por ponerse de pie para coger su arma. Sus piernas acababan de empezar a darle problemas. Correspondió a Cody y a Michael enfrentarse a los hombres que los desahuciaban. Tate no era más que un niño pequeño acurrucado en las faldas de su madre. Pero los dos muchachos no pudieron hacer nada. Recordó haber golpeado a uno de los hombres y que otro lo agarrara por detrás y lo levantara en el aire, mientras sus piernas pateaban inútilmente frente a él.

Era un recuerdo sobre el que no deseaba reflexionar. Y tan rápido como apareció en su mente, se desvaneció. Se marchó y juró que no volvería en mucho tiempo. Consideró la posibilidad de prender fuego

al lugar y dejar que los malos recuerdos ardieran junto con los maderos podridos. Pero no lo hizo.

¿Quién sabe? Algún día las cosas podrían ser diferentes.

Hizo una rápida comprobación por los establos, que estaban en un estado de deterioro igualmente lamentable, pero nada. No había indicios de que nadie hubiera estado allí en meses.

Había sido estúpido venir. Seguramente a estas alturas Amber y Tate se estarían dirigiendo hacia la frontera con México. Tenían kilómetros y kilómetros en los que esconderse. Nunca los encontraría.

Pero entonces le vino un pensamiento. Anthony Fox.

¿Cómo pudo haber sido tan tonto?

¿Seguía Amber creyendo de verdad que Anthony Fox era un hombre bueno y decente? Era joven y confiada. Quería creer en la bondad de la gente. También sabía que Fox estaba reuniendo el dinero para pagar el rescate. ¿No era obvio que querría ir con él? Pero ¿por qué la ayudaba Tate? Tal vez se había reunido con Fox la noche que fue a buscar información. ¿Tal vez le había pagado y le había hecho promesas? No estaba seguro de eso, pero lo único que importaba por ahora era que los encontrara.

Cuanto más lo pensaba, más sentido tenía.

Tenía que ir en busca de Anthony Fox.

Tenía que ir a Freshwater Creek.

CAPÍTULO 17



Tate dispuso que les subieran el desayuno a la habitación de Amber. Sabía que entrar en su alcoba tenía un punto de impropiedad; sin embargo, era de día y dejarían la puerta entreabierta.

El posadero arqueó las cejas, sin duda, cuando subió la comida a la habitación de la dama: café, pan, embutido de jamón y cuñas de queso curado. Cuando alquiló las habitaciones, Tate había dejado claro que quería que le informasen si alguien venía preguntando por un hombre joven que se hubiera registrado con una mujer joven y un bebé. Sugirió que habría más pagos en el futuro si el posadero no revelaba información sobre su presencia y, en su lugar, le informaba a él si alguien llegaba a hacer tales preguntas.

—Nadie ha pasado por estos lares haciendo preguntas, señor —le aseguró el posadero.

—Esperemos que siga así, mi buen hombre —dijo Tate con un gesto de cabeza despectivo.

El posadero asintió en señal de conformidad, se limpió las manos en su delantal sucio y manchado de cerveza, y se marchó.

Tras intercambiar algunas cortesías triviales, Tate hizo la pregunta que le había estado rondando toda la noche: —Y bien, ¿Amber? ¿Por qué estamos aquí?

Amber dio un mordisco al queso y pensó cómo abordar la respuesta. —Es una larga historia. Espero que tengas paciencia

conmigo mientras te la cuento. Responderé a tus preguntas al final, solo no me interrumpas.

—De acuerdo.

Amber procedió entonces a contárselo todo, empezando por la muerte de su madre. Habló de las proposiciones no deseadas de su padrastro, aunque le producía vergüenza y le resultaba difícil. Habló de su idea de escapar al oeste y de su correspondencia con Anthony Fox. Le contó a Tate cómo había salido de casa a toda prisa en la primera oportunidad posible tras recibir la propuesta de Anthony, y cómo solo tenía medios para el billete de tren más barato hasta Freshwater Creek. Habló de Billy, el guardia que se hizo amigo suyo durante el viaje y de cómo este había perdido trágicamente a su esposa a causa de la terrible epidemia de gripe que había azotado la ciudad de Nueva York aquel invierno. Y luego le contó lo del ataque al tren y cómo se había escondido para ponerse a salvo en el compartimento del guardia. Y le relató a Tate cómo había encontrado al pequeño Sam en su cesta, escondido tras unas latas de sopa.

Tate, hay que reconocerlo, no interrumpió a Amber ni una sola vez mientras narraba la historia. De hecho, se quedó sentado con la boca abierta de asombro ante lo que ella había pasado.

—¿Entonces no eres la madre de Sam en absoluto? —dijo él, casi para reafirmar lo que había entendido de su relato.

—No. Cuando me metieron a la fuerza en el carro para llevarme al campamento, lo único que vi fue a Billy tendido boca abajo en el suelo. Pensé que estaba muerto. Solo durante las conversaciones con Cody descubrí que simplemente estaba inconsciente. Tengo el deber de intentar devolver a Sam a su padre. Suponiendo que se haya recuperado, el pobre hombre debe de estar volviéndose loco.

—Estoy de acuerdo. Pero por cómo estabas, perdón, por cómo estás con el pequeño, es como si fueras su madre.

Una pequeña lágrima asomó al ojo de Amber. Sabía que encontrar a Billy era lo correcto, pero cuando llegara el momento de separarse del bebé Sam, sería lo más difícil que jamás habría tenido que hacer.

—¿Y qué pasará después de eso, Amber? ¿Qué pasará cuando devolvamos al bebé Sam a su padre?

Amber sabía que esa pregunta llegaría y cerró los ojos. —No lo sé, Tate. No lo sé.

Por un segundo, el corazón de Tate se hundió antes de que cambiara de idea. Había esperanza. Sabía que debía demostrarle que sería un marido bueno y adecuado. Que haría cualquier cosa por ella. Que le proporcionaría sustento, refugio y protección. Esta era su oportunidad. No pensaba desperdiciarla.

—Puesto que el hombre estaba herido, ¿no tiene sentido que lo hayan llevado a los médicos?

—Supongo que sí. No estoy segura de las instalaciones médicas que hay por aquí.

—Básicas. Pero el médico tiene una pequeña ala de hospital anexa a su consulta, apta para tres o cuatro pacientes, creo. Ese será el mejor lugar para empezar.

—Bueno, terminemos de desayunar; es probable que sea un día largo.

—Tenemos que tener cuidado al movernos por el pueblo durante el día. A estas alturas ya habrán descubierto nuestra desaparición en el campamento y Cody nos estará buscando. Me duele decirlo, pero no seremos difíciles de encontrar en el pueblo.

Amber reflexionó un momento: —No necesariamente. El pueblo está bastante concurrido, ¿no? Hay mucha gente.

Tate asintió conforme. —Unos cuatro mil, creo. Crece cada semana. Aunque no tan rápido como Deadwater Creek últimamente. Por lo de las minas.

Amber continuó: —Llega gente nueva a la zona cada día. Si vamos abiertamente, la gente simplemente asumirá que somos un joven matrimonio con un niño. Debe de haber cientos de personas nuevas paseando por el pueblo cada dos por tres.

Lo que decía Amber tenía sentido. Esconderse a plena vista. Solo si el posadero empezaba a hablar habría algún indicio de algo extraño. Un matrimonio no solía alquilar dos habitaciones. No obstante, volvería a hablar con el hombre para asegurarle que recibiría monedas si despachaba a cualquiera que viniera buscando.

—Me parece un buen plan, Amber.

—Bueno, es el mejor que tenemos.

En menos de una hora, Tate y Amber, junto con el bebé Sam, llamaban a la puerta de la consulta del doctor Lightbody. La enfermera Jones les abrió la puerta, con el rostro serio y sin asomo de sonrisa ni bienvenida.

—Disculpe las molestias, señora, pero buscamos a un hombre que resultó herido durante el asalto al tren. Se llama Billy. ¿Podría estar aquí? —preguntó Tate, quitándose el sombrero como si estuviera en la iglesia.

La enfermera Jones miró a la pareja con recelo y escaneó a Amber de arriba abajo. —¿Quiénes son ustedes?

—¿Está aquí? ¿Está Billy aquí? —insistió Amber.

—Señorita, no tengo idea de quién se cree que es, pero no puede venir por aquí esperando información sobre la gente. Tenemos un deber de confidencialidad, ya sabe.

—Por favor, enfermera, es una larga historia y no quiero entrar en todos los detalles, pero este es el bebé de Billy. —Casi le tendió a Sam como una ofrenda.

Amber se dio cuenta de repente de cómo podría interpretar eso la enfermera e inmediatamente empezó a rectificar: —No soy la madre del niño, no quiero decir...

Pero ahora la enfermera parecía conmocionada. —¿Este es el hijo desaparecido del señor Cresswell? ¿Sam?

—Sí. Sabe de él. ¿Eso significa que está aquí?

La expresión de la enfermera Jones se tornó triste: —Siento decirle, señorita, que no está. Se marchó de aquí anoche mismo. Poco pudimos hacer para detenerlo. El doctor insistió en que los riesgos eran demasiado grandes y que debía tomarse tiempo para curarse. Pero él estaba decidido a encontrar a su hijo. Con el tamaño que tiene ese hombre... —se detuvo al pensar en la enorme estatura de Billy—. Nadie iba a detenerlo. Salió de aquí todavía con una venda en la cabeza.

—¿Adónde fue? —preguntó Amber.

—Lamentablemente, señorita, no tengo ni idea.

A ella se le hundió el corazón; estaban de vuelta en el punto de partida.

La enfermera Jones los invitó a ambos a pasar y los llevó a conocer al doctor. Era un hombre de unos sesenta años, calvo y con unas orejas que sobresalían como dos asas a los lados de la cara. Fue bastante amable y examinó a Sam, haciendo a Amber cien preguntas sobre el niño y cómo había acabado ella cuidando de él. Ella respondió con evasivas diciendo que estaba escondida cuando descubrió al bebé y cómo la habían secuestrado. Explicó que Tate la había ayudado a escapar. El médico preguntó si el bebé había tenido algún problema desde que estaba a su cargo, y ella dijo que no.

Él se ofreció a cuidar del niño hasta que encontraran a Billy, pero Amber lo estrechó apresuradamente contra sí. Le rompería el corazón entregárselo a su padre, aun sabiendo que era lo correcto, pero desde luego no se lo iba a entregar a este médico.

En su lugar, dejaron los datos de la posada en la que se alojaban, diciendo que si Billy regresaba, podían contactar con ellos allí. El doctor les aseguró que se pondría en contacto, pero que no permitiría que el propio Billy se acercara a ellos. El golpe que había recibido en la cabeza era grave y necesitaba más descanso.

La enfermera Jones los acompañó a la salida. —Creo que lo que ha hecho usted es poco menos que notable, señorita. Debería estar muy orgullosa.

—Estoy de acuerdo —añadió Tate, deseoso de colmar de elogios a Amber.

—Gracias —murmuró Amber—. Solo quiero ver a Sam reunido con su padre.

CAPÍTULO 18



Amber se sentía frustrada. Si hubieran visitado al médico nada más llegar a Freshwater Creek, Billy habría estado allí y Sam se habría reunido con su padre.

En lugar de eso, se sentía culpable por haberse aseado y por haber disfrutado de una excelente noche de sueño. Sabía que sus sentimientos eran irracionales, pero no podía negarlos.

—El sheriff —dijo Tate—. Ese habría sido el siguiente lugar lógico al que iría. Preguntaría por el robo e indagaría sobre su hijo. ¿No crees?

Amber lo consideró por un momento: —Posiblemente. Claro que ya has oído lo que ha dicho el médico sobre el golpe en la cabeza. El hecho de que se marchara del hospital demuestra que no pensaba con claridad.

—¿Qué aspecto tiene ese hombre? La enfermera ha dicho que era un hombre corpulento.

—Lo es —dijo Amber recordando la última vez que vio a Billy en el tren—. Es alto. Muy alto. —Miró a Tate por un segundo, evaluando su estatura—. Yo diría que te saca medio pie largo. —Levantó la mano en el aire para indicar la altura de Billy—. Era de complexión fuerte. Tenía un pecho ancho; le costaba avanzar por el pasillo de nuestro compartimento del tren, que era muy estrecho, y siempre llevaba las mangas de la camisa remangadas. Creo que le costaba meter los antebrazos en ellas.

Tate recordó que, tras el atraco, había oído a uno de los hombres reírse de cómo se las había apañado para dejar fuera de combate al gigante. Goliat, lo había llamado.

La descripción de Amber parecía coincidir con la valoración del hombre.

—Tenía una barba muy espesa y frondosa. —Dejó de hablar y reflexionó un segundo—. Siempre pensé que era viejo. No, no viejo exactamente, sino mucho mayor que nosotros. ¿Quizá casi cuarenta? Ahora no estoy tan segura. A veces la barba puede ocultar la edad de un hombre. Pero es un hombre bondadoso. Con algunos hombres me siento intimidada, sobre todo si son altos. Pero nunca fue el caso con Billy. Siempre tenía una gran sonrisa en la cara y unos dientes blancos y brillantes. —Amber no pudo evitar sonreír al recordar la amabilidad de Billy durante el viaje.

Tate escuchaba con atención y con un grado creciente de preocupación. Parecía que Amber sentía cierto afecto por el hombre, aunque quizá él estaba interpretando demasiado. —Bueno, si anda deambulando por el pueblo, parece que no tendremos problemas para encontrarlo. La buena noticia es que la gente recordará haberlo visto.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Sigo pensando que el sheriff es el lugar obvio, a menos que tengas una idea mejor.

—Al sheriff, pues —sonrió ella—. Asegurémonos de estar atentos a Billy por el camino.

—No está lejos, justo al otro lado de la plaza. —Señaló en la dirección en la que debían caminar.

Empezaron a caminar hacia el centro del pueblo. A pesar de su acuerdo previo de aparentar ser un joven matrimonio, Tate estaba nervioso. Amber, al menos, se había puesto un vestido blanco recién lavado y llevaba el pelo suelto. Casi parecía más hermosa, si es que eso era posible. Tate, sin embargo, llevaba la misma ropa. Caminaba más cerca de las tiendas y negocios, dispuesto a meterse dentro si veía a alguien del campamento.

La consulta del doctor Lightbody estaba en la calle principal, justo al sur de la plaza del pueblo. Main Street recorría todo el

pueblo, con la plaza interrumpiéndola a mitad de camino. Mill Street era la única otra calle que salía de la plaza y conducía al aserradero que proporcionaba la mayor parte del empleo en la localidad.

Pasaron por las oficinas de Whitney & Parsons, a las que Tate no prestó ninguna atención. Era un edificio de dos plantas que parecía demasiado pequeño para la cantidad de gente que se amontonaba en su interior. Los negocios claramente prosperaban para Toby Whitney. Luego había una encantadora tiendecita de costura, con un precioso vestido amarillo en el escaparate. Cualquier otro día a Amber le habría gustado detenerse a mirar el escaparate, pero hoy no.

Al acercarse a la plaza, Tate reparó en el Mitch's Saloon, al otro lado de la calle. No quería que Abigail Long apareciera y empezara a hacer todo tipo de preguntas. Entraron en la plaza, que era el centro de todo en Freshwater Creek.

—Esto es muy agradable —dijo Amber mirando a su alrededor y asimilándolo todo.

—Supongo que sí —respondió Tate—. Debo decir que ha sido así la mayor parte de mi vida. Unas pocas tiendas han cambiado de dueño o de función. La oficina de telégrafos es nueva. —Señaló al otro lado de la plaza, hacia la oficina que estaba junto a la iglesia.

La plaza era exactamente eso, una plaza. El Mitch's Saloon estaba en el cruce con el tramo de Main Street por el que acababan de caminar. La herrería, que ahora era propiedad de Toby Whitney, estaba al lado de la costurería. Luego había una sastrería para los caballeros del pueblo, las oficinas de la diligencia y la oficina de correos. La plaza en sí contaba con una serie de postes para amarrar caballos y carros. Había dos diligencias negras esperando, tiradas cada una por dos caballos, con los conductores cargando baúles y maletas en el techo. En el lado opuesto estaba el banco, luego la oficina de telégrafos y, finalmente, la iglesia, que se alzaba orgullosa en el cruce con la continuación de la calle principal.

Siguieron caminando rodeando la plaza; justo pasada la oficina de correos había una casa de aspecto majestuoso pintada a juego con la iglesia, con un pequeño jardín delante lleno de flores.

—Esa es la casa del alcalde. Viene con el cargo —dijo Tate al pasar.

—Qué buen puesto —rió Amber, y Tate le devolvió la risa. Se dio cuenta de que estaba disfrutando de ser el guía de Amber.

—La casa del pastor —Tate señaló con la mano hacia la casa más pequeña situada junto a la del alcalde y frente a la iglesia.

Entonces Amber se quedó clavada en el sitio, mirando fijamente el cartel que se mecía con la suave brisa.

—¿Qué pasa? —preguntó Tate. Luego siguió su mirada—. Oh. No lo había pensado.

Anthony Fox – Abogado.

Mirar aquel cartel hizo que se diera cuenta de todo. Podría haber estado viviendo aquí. Y sabía perfectamente que le encantaría Freshwater Creek. El lugar le transmitía una sensación positiva.

Miró la propiedad, que era similar a la del médico en cuanto a distribución, con un despacho a la derecha de la puerta y lo que claramente era su hogar a la izquierda. Debería haber sido ya la señora de la casa, instalándose y conociendo a la gente del pueblo. Pero todo aquello se lo habían arrebatado.

—No importa. Yo tampoco lo había pensado. Vámonos.

A Tate no hizo falta decírselo dos veces y se puso en marcha calle arriba. No tuvieron que ir muy lejos.

—Aquí es —dijo Tate al llegar a la oficina del sheriff, en el lado opuesto de la calle—. Alguien fue sensato cuando diseñó el lugar; la cárcel está pegada por detrás y el juzgado justo al lado.

Hizo una pausa un momento antes de mirar con timidez a Amber: —Creo que tal vez sea mejor si no te acompaño adentro, Amber.

Ella arqueó las cejas interrogante.

—Podría surgir el tema de tu secuestro. Sería difícil explicar mi papel, ya que estoy seguro de que el sheriff conoce a Cody. Sé que me parezco a él. Debe de haber sospechas sobre el robo al tren. Probablemente sea mejor que no corramos el riesgo.

Amber comprendió lo que decía. El sheriff podría acabar arrestando a Tate, ¿y entonces qué harían?

—¿Qué digo?

—Sé sincera. Pregúntale si un hombre corpulento con la cabeza vendada ha estado allí preguntando por un bebé. Si quiere más información, limítate a decir que eres la pasajera del tren que fue secuestrada. Lograste escapar. Pero, claro, entonces tendrás que explicarle por qué tienes al bebé y que intentas devolver a Sam a su padre. Todo lo que digas será la verdad.

Amber asintió con la cabeza, pero parecía un poco nerviosa. Nunca había tenido tratos con las fuerzas del orden. En la ciudad de Nueva York se limitaba a saludar cortésmente con la cabeza a los policías, quienes a su vez le devolvían la sonrisa y se dirigían a ella como «señora». Nunca había entablado conversación con ninguno.

—Todo irá bien, el sheriff Hurford es un hombre decente.

Tate la escoltó para cruzar la calle, esperando unos instantes mientras una diligencia salía de la plaza iniciando su viaje. Luego se mantuvo a distancia, cerca del cementerio que había junto a la iglesia, cuando Amber abrió la puerta del sheriff y entró.

El sheriff estaba en un escritorio tras un pequeño mostrador. Tenía unos cincuenta años, el pelo canoso y una expresión de fatiga, pero se las arregló para sonreír mientras se levantaba y se acercaba al mostrador. —Buenos días, señorita. ¿En qué puedo ayudarla?

—Buenos días, sheriff. Me preguntaba si algún hombre ha venido a verle esta mañana, o tal vez anoche tarde, buscando información sobre un bebé.

El sheriff Hurford la miró con expresión ausente.

—¿Un hombre corpulento? —continuó ella antes de que él tuviera tiempo de responder—. ¿Un tal señor Billy Cresswell? No podría confundirlo con nadie más.

El sheriff se inclinó hacia delante con los codos en el mostrador.

—¿Quién es usted, señorita?

—Amber Johnson, señor. Soy amiga del señor Cresswell. —Incluso al decir las palabras, se sintió extraña, ya que solo conocía a Billy desde hacía unos días y solo había pasado unas pocas horas en su compañía, pero lo sentía como un amigo.

—¿Amber Johnson? —el sheriff reflexionó en voz alta—. ¿Por qué me suena ese nombre? —Se quedó mirándola como si esperara que

la respuesta se revelara en su frente. Entonces cayó en la cuenta—. ¿La mujer que se llevaron del tren? ¿Es usted?

—Sí —dijo Amber—. Pero estoy buscando al señor Cresswell. Es muy importante.

El sheriff ignoró sus preguntas, abrió la portezuela del mostrador y pasó a su lado. —¿Quién se la llevó? ¿Adónde la llevaron?

Amber pensó por un momento. —Ojalá pudiera decírselo. Obviamente no tengo ni idea. Una banda de hombres me llevó a algún lugar fuera del pueblo, en las montañas. —Señaló deliberadamente hacia las colinas al otro lado del pueblo, en la dirección totalmente opuesta. Si alguna vez la cuestionaban por ello, diría que estaba confundida—. El señor Fox, el abogado, quizá pueda contarle más. Le enviaron una petición de rescate.

Ahora el sheriff parecía perplejo. —¿Fox? Él no ha denunciado nada. ¿Por qué iban a enviarle a él una petición de rescate?

No ha denunciado nada.

Si quedaba alguna duda en su mente sobre Anthony Fox y sus intenciones hacia ella, se extinguió en ese preciso instante.

—Porque yo iba a ser su esposa. Una novia por correspondencia.

—Ah. —Era evidente que el sheriff estaba sorprendido ante la revelación.

—¿Pero el señor Cresswell? ¿Ha venido a verle?

—No, señorita, nadie ha venido por ningún bebé —respondió el sheriff Hurford distraídamente, con la mente todavía en el secuestro y la revelación—. Entonces, ¿Fox pagó el rescate? ¿La liberaron?

Por un segundo pensó en revelar toda la estafa que Fox había montado, pero probablemente no la creerían. Se resistía a arrastrar también a las chicas que habían sido víctimas de él anteriormente. Además, tendría que revelar cómo había obtenido Tate la información. Todo era demasiado complicado. Ya tenía la información que quería. Billy no había estado allí.

Otro caballero entró en la oficina del sheriff. Tenía unos cincuenta años, el rostro enrojecido y una barriga prominente. —Buenos días, Hurford. Señorita. —Se levantó el sombrero mientras le dedicaba a Amber una amplia sonrisa—. Tengo asuntos importantes, me temo.

—Buenos días, alcalde Patrick —respondió el sheriff, con su expresión de fatiga firmemente de vuelta en el rostro—. Estaba atendiendo a esta joven.

Amber vio su oportunidad. —No, no pagó el rescate. Le agradezco su tiempo, sheriff. Por favor, atienda los asuntos del alcalde. —Sonrió con seguridad al sheriff y luego con más calidez al alcalde—. Señor alcalde, un placer.

Dicho esto, dio media vuelta y salió.

—Igualmente, señorita —gritó el alcalde tras ella—. Una chica guapa —le dijo al sheriff—. Ahora bien, al grano, señor.

El sheriff estuvo a punto de llamar a Amber. Estaba seguro de que aquí había preguntas sin respuesta, pero el alcalde ya se había acercado y estaba atrapado. La dejó marchar a regañadientes y centró su atención en su jefe.

CAPÍTULO 19



Amber caminaba a grandes zancadas por la calle principal, acunando suavemente a Sam en un brazo. No se atrevía a mirar atrás, pues temía sentir la mano del sheriff sobre su hombro en cualquier momento.

Vio a Tate acechando en el extremo más alejado del cementerio que separaba la oficina del sheriff de la iglesia. Él levantó una mano para saludar. Ella caminó hacia él.

Vio que estaba de pie ante una tumba. «Bryce Mitchell y su esposa Elizabeth», decía simplemente en la lápida. Sin fechas. Sin dedicatorias bíblicas. Miró a Tate con expresión inquisitiva.

—Mi padre —dijo él en voz baja—. Cody no lo enterró con mi madre. Ella descansa allí. —Señaló una tumba con una lápida muy pequeña dos filas más abajo. Apenas se alcanzaban a leer las palabras: «Laura Mitchell, esposa de Bryce». Había una fecha en esta, pero los números eran demasiado pequeños para leerlos—. Yo mismo pagué su lápida.

Aquello debió de ser duro para Tate. A Amber le pareció una mezquindad; seguramente Cody habría comprendido que su padre necesitaba otra esposa. Seguía siendo un hombre joven con hijos pequeños que criar. Podía entender el resentimiento en aquel momento. Cody era un niño, pero a medida que se hacía hombre, seguramente llegaría a comprenderlo. Incluso si no fuera así, la

mujer estaba muerta. El único a quien hería con esta acción era a su hermano, lo cual parecía ser, de hecho, su intención.

—¿Dónde está tu hermano Michael? —preguntó Amber.

—Aquí, en la misma parcela que sus padres. Cuando Cody mandó hacer la lápida, omitió su nombre. Le pregunté por qué. Me dijo que no era decisión mía. De hecho, se puso hecho una fiera cuando le cuestioné. Me dijo que yo no tenía voz ni voto sobre Michael y que todo era culpa mía. Casi parecía estar negando la muerte de Michael de algún modo, como si fuera a cruzar la puerta en cualquier momento.

Amber sintió lástima por Tate, contra quien Cody guardaba rencor tras rencor. Primero, por ser el hijo de Laura Mitchell. Segundo, por ser el favorito de su padre. Tercero, por lo que le había sucedido a Michael.

—En fin —dijo Tate en voz alta como para zanjar la conversación —. ¿Qué noticias hay? —Inclinó la cabeza hacia la calle y empezaron a caminar hacia ella, teniendo cuidado de no pisar ninguna tumba a su paso.

—Nada. Billy no ha estado allí.

—¿Qué le has dicho al sheriff?

—Lo menos posible —soltó ella una media carcajada—. Sabe que yo era la mujer secuestrada, pero no hemos llegado al punto de cómo escapé. El alcalde llegó lleno de ínfulas y le salvó.

Esta vez Tate se rió: —Sí, Patrick está lleno de eso. Lo he visto acercarse...

Tate se detuvo de repente a mitad de la frase y miró hacia la calle principal con horror.

—¿Qué ocurre? —preguntó Amber y se giró para mirar hacia la calle.

Saliendo apresuradamente del juzgado con un montón de papeles bajo el brazo, estaba la figura inconfundible de Anthony Fox. Amber supo al instante que era él. Había mirado su fotografía a diario durante seis meses.

Fox no pareció percatarse de su presencia hasta que estuvo casi encima de ellos. Amber no había planeado este momento, pero

ahora que lo tenía frente a ella, decidió aprovecharlo al máximo. —Señor Fox —le desafió.

Anthony Fox detuvo su paso y la miró con impaciencia. Había algo familiar en ella, pero no sabía qué. Era guapa, eso era seguro. Se quedó mirándola estúpidamente durante unos instantes intentando ubicarla, pero no pudo. —Sí, ¿señorita? ¿Qué desea? Tengo asuntos importantes que atender.

—¿Asuntos importantes? ¿Cómo reunir un rescate para salvar a su futura prometida?

Entonces cayó en la cuenta. Era la chica. Amber Johnson. Era más guapa que en su fotografía. ¿Qué diablos hacía aquí? Seguramente los forajidos no la habrían liberado. Era interesante que tuviera un bebé; parecía que le había estado mintiendo todo el tiempo. No consideró ni por un momento que él le había estado mintiendo a ella.

No supo muy bien qué responder y soltó lo primero que se le ocurrió: —Me temo que no, señorita. No cedo ante bandidos. Si lo haces, no se detendrán.

Fox se preguntó qué tendría que ver el joven que la acompañaba con ella. Trató de hacer memoria.

—¿Así que no sentía absolutamente ninguna preocupación por su futura esposa? ¿Abandonada a saber a qué a manos de esos hombres? ¿Iba yo a ser su esposa alguna vez, señor Fox? —exigió Amber mirándolo firmemente a los ojos—. ¿O tenía otros planes para mí? ¿El salón de Mitch, tal vez? ¿Cuánto le iban a pagar por el tráfico de otra joven vulnerable?

Fox nunca había sido cuestionado por ninguna de las mujeres a las que había engañado usando este ardid en el pasado. Habían sido dóciles y nunca cuestionaron sus razones para no querer casarse con ellas. Ambas se habían quedado conmocionadas por su rechazo y parecieron muy agradecidas por su ayuda para encontrarles un trabajo, aunque eran totalmente ajenas, por supuesto, a la naturaleza del empleo. Esta mujer era diferente. Podía sentir la ira y el resentimiento en ella. La gran pregunta era cómo sabía ella lo de sus planes. ¿Cómo conocía el acuerdo con Mitch?

—Señorita Johnson, parece que a lo largo de nuestra correspondencia ha sido usted una embustera. —Miró fijamente al bebé mientras hablaba.

—¿Ah, sí, señor Fox? Creo que aquí solo hay un mentiroso y todos sabemos quién es.

—Yo tendría cuidado con su lenguaje y su tono, señorita. Soy un hombre de reputación en esta comunidad. ¡Un abogado! ¿Usted? Bueno, no estoy seguro de qué es usted, aunque mi madre tendría palabras muy concretas para definirla, estoy seguro. Pero soy un caballero y tengo honor, así que no las repetiré.

Amber le devolvió la mirada con una mezcla de rabia y confusión.

Él añadió: —Tiene un hijo. Es curioso que nunca mencionara eso en nuestra correspondencia, ¿no cree, señorita Johnson?

—El niño no es mío, señor Fox —dijo ella en voz baja. El descenso del volumen de su voz la hacía sonar aún más siniestra—. Lo estoy cuidando mientras su padre se recupera tras un ataque. Yo soy la que tiene honor, señor.

Anthony miró a Tate y de repente lo reconoció como uno de los hermanos Mitchell. El mayor no era más que un delincuente que vivía fuera de los límites del pueblo, en las colinas. Sabía que aquel hombre le guardaba rencor por un incidente que creía que se remontaba a la época de su padre. Pero no recordaba los detalles. Este hombre probablemente seguía los pasos de su hermano. Sin duda era otro forajido.

Entonces le vino algo a la mente. Probablemente era uno de los secuestradores. ¿Qué hacía aquí con Amber Johnson? —No recuerdo tu nombre, muchacho. —Escupió la palabra «muchacho» con todo el desprecio que pudo reunir—. ¿Qué tienes tú que ver con esta lamentable situación?

—Señor Fox, si esta dama no estuviera presente, le daría con gusto la lección que verdaderamente se merece —amenazó Tate, dando dos pasos hacia Fox. Era más bajo que el abogado, pero Anthony Fox sabía que no sería rival para Tate en una pelea a puñetazos. Retrocedió medio paso. Tate continuó con voz muy controlada—. Lo que le ha hecho a esta pobre señora y a otras en el salón de Mitch no es más que un escándalo. Francamente, el pueblo

necesita conocer su persona y sus actividades. Necesita que le den una lección.

—Ya se lo he dicho al sheriff —añadió Amber, sabiendo que era solo una verdad a medias, ya que no había mencionado su ardid para colocarla en el salón.

Fox estalló en carcajadas. —¿Crees que me importa lo que la gente de este pueblo piense de mí? Las únicas personas que importan están en mi bolsillo. No les importa lo que yo haga ni con quién.

Amber se quedó anonadada. El hombre era mucho peor de lo que Cody había descrito.

—Bueno, parece que he tenido la suerte de escapar —replicó Amber con aire desafiante—. No tengo ninguna duda de que recibirá su merecido.

Anthony Fox no habló por un momento, pero había recuperado su compostura de abogado. —Oh, no, señorita, creo que será usted quien reciba el suyo. Buenos días a ambos. —Se abrió paso entre ellos y siguió caminando hacia la plaza.

Lo dejaron pasar.

Amber y Tate regresaron al hotel y pidieron una comida ligera en el restaurante. Tate tenía dinero, pero debía ser precavido. Sus fondos no eran ilimitados y le harían falta en sus viajes.

La impresión de haberse encontrado con Anthony apenas empezaba a calar en Amber. Ahora que la adrenalina había bajado, empezó a temblar. —No puedo creer la audacia de ese hombre.

—Lamentablemente, Amber, es justo como dijimos. No hay mayor pícaro que un abogado en Texas. Vendería a su propia abuela por un beneficio ínfimo.

Sirvieron la comida. Un estofado de ternera y una hogaza pequeña de pan blanco recién horneado. Mientras comía, Tate se dio cuenta de que los platos de Amber sobre la hoguera en realidad sabían mucho mejor. Arrancó un trozo de pan y lo mojó, dejando que se empapara con la salsa. —Bien, la cuestión es: ¿adónde vamos ahora?

—¿No he visto unas oficinas del ferrocarril cuando pasábamos por la plaza? —preguntó Amber.

—Sí, las has visto. Sería un buen movimiento. Seguramente sabrán algo de su empleado, ¿no?

—También se me ha ocurrido hablar con el pastor. Si alguien conoce a la comunidad, sin duda es él. Quizá sepa algo que pueda servir de ayuda.

—Otra buena idea, Amber. Supongo que cuanta más gente busque a Billy, mejor. Solo tenemos que tener cuidado de que no demasiada gente sepa nuestro paradero.

Amber se quedó mirando su estofado unos instantes sin decir palabra. Bajó la vista hacia el pequeño Sam, que era un bebé extraordinariamente bien portado. Rara vez lloraba para llamar la atención y, cuando lo hacía, se calmaba casi al instante. —¿De verdad crees que Cody vendrá a buscarnos?

—Sin duda. Estoy seguro de que está enamorado de ti. Lo último que querría es que yo huyera contigo.

—Tate, hay algo que supongo que debería decirte. —Se serenó y se aseguró de tener toda su atención antes de continuar—. Antes de que dejáramos el campamento, Cody me propuso matrimonio.

Tate casi se atraganta con el estofado. —Ves, te dije que estaba enamorado de ti. ¿Qué le dijiste?

—Le dije que lo pensaría. Era lo único que podía decir. Me pilló de improviso. —Se detuvo un minuto a reflexionar—. En realidad, eso no es estrictamente cierto. Notaba cómo me miraba Cody. No quiero que esto se entienda mal, pero los hombres suelen mirarme. Al principio me incomodaba, pero ahora ya me he acostumbrado.

—Cuando una mujer es tan hermosa como tú, Amber, puedo entenderlo. Iluminas la sala cuando entras.

Ella sonrió ante el cumplido. —Pero había algo en la forma en que Cody solía mirarme y en la forma en que me hablaba que me hacía pensar que era diferente. —Bajó un poco la voz—. Es la misma forma en la que me miras tú, Tate.

—Sí. Estoy enamorado de ti. Quiero que construyamos una nueva vida lejos de este lugar. En algún sitio nuevo. Un lugar donde sepamos que la única razón por la que los hombres te miran es porque eres hermosa. No porque Cody pudiera estar buscándonos.

—Esta situación es tan complicada.

—Amber, sé que no estás enamorada de mí. Todavía no. Pero con suerte podrás llegar a estarlo. Sé que haría cualquier cosa por ti. Por desgracia, mi hermano siente lo mismo. Por eso no permitirá que nos vayamos sin luchar. El hecho de que hayas huido conmigo solo empeorará la situación, me temo. El hecho de que le haya mentido sobre Fox ciertamente no va a ayudar. No tardará mucho en descubrir esa verdad en particular.

—¿De verdad te guarda tanto rencor? Entiendo lo de tu hermano Michael, pero si de verdad te odiara tanto, ¿habría dejado que formaras parte de su banda?

—Creo que sentía una responsabilidad hacia mi padre. Cuando se estaba muriendo, Cody se pasaba horas y horas encerrado con él en su habitación. Solo puedo imaginar de qué hablaban. Asumir cierta responsabilidad sobre mí casi con toda seguridad formaba parte de ello. Recuerda, yo era el favorito de mi padre, hasta yo puedo admitirlo.

Amber no tenía hermanos. Era uno de sus grandes pesares: no haber tenido a nadie con quien compartir secretos en el silencio de la noche y no haber tenido a nadie mientras crecía que cuidara de ella cuando las cosas iban mal. Pero también podía ver cómo las familias eran problemáticas, con sus resentimientos y discusiones. La vida no siempre era un camino de rosas.

—Ojalá hubiera alguna forma de que os reconciliarais. Creo que sois más parecidos de lo que ninguno de los dos quiere aceptar.

—Con lo que hemos hecho, Amber, o mejor dicho con lo que yo he hecho, no hay ninguna posibilidad de eso.

Terminaron la comida en silencio y Amber pidió leche fresca al hotelero para alimentar a Sam. Tate observaba con asombro cómo ella despertaba suavemente al niño y lo alimentaba hasta que este se quedaba dormido de nuevo en sus brazos. Esperaba que algún día ella estuviera haciendo eso con su propio hijo.

Una vez que Sam volvió a estar profundamente dormido, se dirigieron de nuevo a la oficina del ferrocarril en la plaza del pueblo. Con suerte, allí encontrarían respuestas.

CAPÍTULO 20



Amber estaba segura de que los agentes del ferrocarril sabrían algo de Billy, puesto que trabajaba para ellos. Incluso si hubiese regresado a la ciudad de Nueva York, tendrían alguna forma de ponerse en contacto con él. Se sintió estúpida por no haber caído en la cuenta antes. Les habría ahorrado mucho tiempo.

Al pasar por delante del salón de Mitch, Tate se detuvo un segundo para observar las enormes puertas batientes. —Desde luego, este sería otro sitio donde preguntar. Si ese hombre ha estado en la barra, el viejo Mitch lo sabría. Si no tenemos suerte en la oficina del ferrocarril, entraré aquí rápido a preguntar.

Amber se estremeció ante la sola idea del salón. Si su tren hubiera llegado a su destino, lo más probable es que estuviera trabajando allí mismo en estos momentos. Le horrorizaba pensarlo.

Siguieron hacia la plaza. La gente bullía de un lado a otro, absorta en sus propios asuntos. De vez en cuando, alguna señora que pasaba les dedicaba una sonrisa a Amber y al bebé.

Entonces, de repente, los vio.

Aproximándose desde la dirección opuesta venía el sheriff con el alcalde a su lado y, unos pasos por detrás, Anthony Fox. Iban acompañados por tres hombres corpulentos.

—Crucemos la plaza hacia el otro lado —dijo Amber rápidamente.

Los tres hombres parecían avanzar con determinación y Amber tuvo la extraña sensación de que se dirigían directamente hacia

ellos.

En circunstancias normales, Tate se habría negado a apartarse del camino de nadie, pero decidió que la sugerencia de Amber era sensata en esta ocasión. No quería otro altercado. Empezaron a caminar por mitad de la plaza en dirección a la oficina de correos.

El grupo del sheriff cambió de rumbo para seguirlos. Amber se dio cuenta enseguida y recordó las escalofriantes últimas palabras de Anthony Fox...

—No, señorita, es usted quien recibirá su merecido.

Casi en un instante, se echaron sobre ellos y el sheriff acarició la pistola en su funda. —No quiero una escena aquí en mitad de la plaza, Tate Mitchell, queda usted arrestado.

—¿Qué? —chilló Amber—. ¿Por qué?

—Por robo y secuestro —dijo el sheriff con un tono algo plano, mirando al alcalde, que asentía con la cabeza.

—¿El secuestro de quién? —exigió saber Amber.

—De usted, señorita Johnson.

—Este hombre no me ha secuestrado.

—Creo que ambos sabemos que eso no es cierto, señora —dijo el alcalde lanzando una mirada a Fox, quien se limitó a sonreír como respuesta.

Tate no dijo ni una palabra. Sabía que era inútil. Los hombres del sheriff estaban armados y él se encontraba en inferioridad numérica y de potencia de fuego. La miró con expresión resignada. —Amber, no hay nada que podamos hacer de momento. Tengo que irme con estos hombres.

Amber reconoció a regañadientes que era verdad, pero ella no era de las que se rendían sin luchar. —Les digo ahora mismo que este hombre no me ha secuestrado. Esto es una parodia de la justicia.

El sheriff se limitó a sostenerle la mirada mientras ataba las manos de Tate con una cuerda como si fuera un delincuente común.

—Todo saldrá bien, Amber. Esto se aclarará. Recuerda que te quiero —dijo Tate, ignorando a todos los presentes excepto a la mujer que tenía delante.

«Te quiero». Esas no eran las palabras que ella esperaba en ese momento. Una parte de su ser quiso responder de la misma forma para consolarlo. Pero no pudo. Sabía que no era verdad.

—¿No es tierno? —se mofó Anthony Fox desde detrás de los otros hombres.

—Usted. Es usted un ser despreciable y asqueroso. Todo esto es obra suya —escupió Amber.

Anthony Fox se limitó a mirarla, sonriendo con suficiencia. No dijo nada.

—Vamos, Mitchell. A la trena —dijo el sheriff, poniendo una mano pesada sobre el hombro de él—. Ya tendrá su día ante el juez.

—Espere —exigió Tate. Dio dos pasos hacia delante y besó suavemente a Amber en la mejilla. Al hacerlo, le susurró al oído—: Tengo dinero en mi fardo. Úsalo para mantenerte a salvo.

Dicho esto, se dio la vuelta y permitió que el sheriff se lo llevara.

—¡No! —gritó Amber y siguió al grupo, intentando llegar hasta el sheriff y Tate. Uno de los hombres corpulentos se plantó ante ella, bloqueándole el paso y, de improviso, un brazo enorme la rodeó por detrás para sujetarla.

—No puede hacer nada, señorita Amber. Deje que se vaya por ahora —gruñó una voz profunda y extrañamente familiar.

CAPÍTULO 21



Billy hacía saltar a Sam sobre su rodilla, con el rostro iluminado por una enorme sonrisa. El bebé había abierto los ojos en cuanto oyó la voz de su padre, y Sam gorgoteaba de placer al verlo.

A pesar de la conmovedora escena, Amber no lograba sentir satisfacción alguna por haber devuelto al niño a su padre. No sentía más que culpa. Tate había sido arrestado y todo era por su culpa. Si no hubiera desafiado a Fox en la calle, esto nunca habría sucedido. Debería haber dejado que pasara de largo sin decir una palabra. Él no se habría enterado de nada.

Sin embargo, había algo más.

Mientras observaba a Billy tocarle la nariz a Sam, se dio cuenta de que era arrepentimiento.

A pesar de la obvia alegría por el reencuentro de ambos, sabía que, en el fondo, echaría de menos al pequeño Sam. Le encantaba cómo la miraba y cómo sus enormes ojos la seguían cuando lo dejaba en la cuna. Le encantaban sus sonrisas y los ruiditos que eran casi risas, aunque todavía no del todo. Le encantaba ser madre.

Apartó ese pensamiento de su mente e intentó concentrarse en qué decisión tomar de ahora en adelante.

Se había quedado atónita en la plaza del pueblo cuando se volvió y se encontró con que Billy la retenía. En su fuero interno, casi

esperaba que Cody los hubiera encontrado, y una parte de ella deseaba que así fuera. Él no se habría quedado de brazos cruzados mientras Fox se llevaba a su hermano. Pero, en ese caso, ¿qué habría sido de ella?

Le había explicado apresuradamente lo que le había pasado y cómo había llegado a hacerse cargo de Sam. Billy estrechó a su hijo contra el pecho con deleite. Llevaba una camisa azul limpia y pantalones negros que le había proporcionado la compañía de ferrocarril. Su barba seguía siendo tan tupida como siempre y sus antebrazos se tensaban mientras sostenía al niño sin esfuerzo. Su cabeza era el único signo del trauma que había experimentado, con el vendaje limpio alrededor de la coronilla.

Amber no había deseado nada más que ir a la oficina del sheriff y exigir la liberación de Tate. No era justo que lo hubieran arrestado por su culpa.

Pero Billy tenía una visión más sosegada de la situación. Dijo que ahora no era el momento. El sheriff la estaría esperando e impediría cualquier intento que hiciera de verlo. Tate tendría un juicio en unos días. Había tiempo.

Una vez que Amber entró en razón, sugirió que volvieran al hotel. Las pertenencias de Sam estaban allí. Billy las necesitaría. El hotelero se quedó más que sorprendido al ver a Amber con otro hombre y frunció el ceño con preocupación. Amber quiso explicarle la situación, pero tras los acontecimientos del día, sencillamente no tenía ánimos. Que aquel hombre pensara lo que quisiera.

La sonrisa se borró del rostro de Billy mientras se llevaba la mano al vendaje de la cabeza y hacía una mueca de dolor.

—¿Qué ocurre? —preguntó Amber llena de preocupación. Aquel hombre no debería haber abandonado los cuidados del médico.

—Toma, coge a Sam, ¿quieres? Por favor. —Le pasó al complaciente bebé a Amber con la otra mano. Tras unos instantes, Billy bajó el brazo—. Se pasa tan rápido como viene. El doctor ha dicho que durará un tiempo.

Amber le frunció el ceño.

—Deberías seguir bajo la supervisión del médico.

Billy ofreció una sonrisa débil y se encogió de hombros.

—¿Cómo iba a hacerlo si no sabía dónde estaba mi hijo?

Ella comprendía a qué se refería. Si hubiera sido ella quien estuviera en la cama y su hijo hubiera desaparecido, habrían tenido que atarla para que no se marchara. —Podemos llevarte de vuelta ahora mismo. Deja que el médico te examine. ¿Para asegurarnos de que estás bien?

Billy negó con la cabeza suavemente.

—No. Ahora que he vuelto a encontrar a Sam, no me separaré de él. ¿Te he dado las gracias por todo lo que has hecho por él? Te estoy eternamente agradecido.

—Sí, al menos cien veces —rió Amber. Era cierto. Desde el momento en que Billy se dio cuenta de que el bebé que Amber llevaba en brazos era el suyo, no había dejado de darle las gracias.

—Bien. Al menos puedo hacer eso, porque no tengo idea de cómo podré devolverte algún día lo que has hecho por él.

—Billy, de verdad que no es necesario. —Amber miró a Sam, que le devolvió una sonrisa cariñosa. Le hizo cosquillas suavemente bajo la barbilla y, de nuevo, él casi se echó a reír. No tardaría mucho, una semana o dos como máximo, pensó ella.

Billy observó a Sam y a Amber juntos y llegó a una conclusión. No podía seguir viajando de un lado a otro del país. No era justo para el niño. Tenía que establecerse en un lugar donde Sam pudiera crecer fuera de la ciudad, que estaba llena de peligros. ¿Quizá en algún lugar del oeste? En algún sitio con aire puro y espacios abiertos. Miró a su hijo sonreír con adoración a Amber y se dio cuenta de algo más. Sam necesitaba una madre.

—Señorita Amber, odio importunarla más, pero ¿cree que podría quedarse por aquí unos días? ¿Quizá cuidar de Sam por la noche? Lo que necesito para recuperarme del todo es dormir bien unas cuantas noches más. Entiendo que probablemente esté disgustada por el arresto de su caballero, pero no será juzgado hasta dentro de unos días. Hasta entonces no sabrá qué pasará. Me ayudaría mucho...

—¿Perdón? ¿Qué? —Amber miró a Billy confundida por un momento, y él pensó que la había ofendido.

—Lo siento, no debería haberlo preguntado. Especialmente después de todo lo que ha hecho. Ha sido muy inapropiado por mi

parte...

—No —lo interrumpió Amber—. Quiero decir, sí, por supuesto que me quedaré y ayudaré con Sam unos días. Aquí hay dos habitaciones y creo que se han pagado hasta el final de la semana. Usted puede quedarse en la habitación de Tate y yo me quedaré en la mía. Lo que quería decir es que Tate no es mi caballero. Al menos, no creo que lo sea...

—¿A qué se refiere? —Esta vez fue el turno de Billy de mostrarse confundido.

Durante los siguientes treinta minutos, ella le explicó con detalle todo lo que le había pasado desde el ataque al tren. Billy la escuchó con la boca abierta de par en par. No la interrumpió ni una sola vez.

Finalmente, ella terminó su relato y ambos se quedaron sentados en silencio durante casi un minuto.

—Realmente debo darle las gracias de nuevo, señorita Amber; podría haber dejado a Sam en cualquier momento, especialmente al realizar ese valiente intento de fuga.

—No. Nada de más agradecimientos. Tiene que parar ya, Billy, solo hice lo que cualquier ser humano normal y decente haría.

Billy se limitó a mirarla un instante. Tenía razón; el problema era que hoy en día había muy pocos seres humanos normales y decentes en el mundo. Y, desde luego, menos aún tan guapas como Amber Johnson. Sam necesitaba una madre y Billy sabía que habría pocas opciones mejores que ella. Sin embargo, dudaba seriamente que la joven Amber pudiera estar interesada en alguien como él. Al fin y al cabo, ella había viajado hasta aquí con la promesa de casarse con un abogado. Él no era más que un guardia ferroviario acabado. Y puede que ni siquiera fuera eso si decidía dejar ese trabajo.

Tenía poco que ofrecer.

Y la señorita Amber parecía estar bastante bien cortejada tal como estaban las cosas, sin escasez de pretendientes potenciales.

—Así que tiene a dos hermanos enamorados de usted —dijo él con una pequeña sonrisa—. Y no tiene ni idea de qué hacer.

—Eso resume bastante bien el asunto, Billy, sí. —El rostro de Amber reflejaba ahora cansancio; las tensiones y el estrés de los

últimos días empezaban a pasarle factura.

—¿Qué siente usted por esos dos hombres? ¿Se inclina por uno más que por el otro?

¿Qué sentía ella por Cody y Tate? A decir verdad, no se había sentado a pensarlo.

—No creo que sienta nada por ninguno de los dos. Ambos son atractivos a su manera. Cody, el mayor de los dos, lleva un parche en el ojo. Lo perdió de niño en una pelea, pero tiene un algo especial en su forma de ser. Una presencia. Es el tipo de hombre que podría hacerte sentir segura, suponiendo que estuvieras de su lado.

«Un poco como tú, Billy», pensó Amber, aunque no lo dijo en voz alta. Billy debía de medir casi un metro noventa y cinco. Era el tipo de hombre al que los demás cedían el paso al caminar por la calle. Sin duda, al lado de Billy, pocos estarían lo bastante locos como para desafiarla.

—Tate parece haber sido siempre ignorado, al menos desde que murió su padre. En muchos sentidos, sigue siendo un niño. Pero al menos tiene una edad más cercana a la mía. —Sam se había quedado dormido ahora, y lo colocó con cuidado al lado de Billy.

Él le sonrió dándole las gracias en silencio, con cuidado de no volver a molestarla. —¿Por cuál de los dos se decanta, pues?

Ella dejó caer la cabeza sobre el pecho. —Por ninguno, supongo. No puedo ignorar el hecho de que, aunque en el fondo sé que ambos son hombres decentes, me secuestraron. No estoy enamorada de ninguno de ellos.

—Bueno, ¿no responde eso a su pregunta? —Billy habló en un tono más entusiasta—. No tiene por qué sentirse obligada con ninguno.

—Lo sé, pero no puedo evitar sentirme culpable.

—¿Por qué?

—Por Tate. No puedo evitar sentir que lo utilicé para que me ayudara a escapar del campamento y que lo manipulé para que viniera aquí a buscarlo a usted.

—La secuestraron, no lo olvide.

—Oh, no lo olvido. Pero lo cierto es que, si no me hubieran secuestrado entonces, ahora estaría en el salón de Mitch como chica

de alterne. En muchos sentidos, me hicieron un favor.

Billy suspiró con frustración. —Eso no viene al caso. Pero entiendo bien la culpa, señorita Amber. Yo la sentí cada momento que no supe qué había sido de Sam.

—Siento que, al menos, debo intentar ayudar a Tate. Que debería testificar en su juicio cómo me ayudó a escapar. Que él no estuvo detrás del secuestro.

Billy la estudió de cerca y se dio cuenta de que aquello le pesaría en la conciencia durante mucho tiempo si no lo hacía. Si Billy quería tener alguna oportunidad con ella, esto era algo que ella debía hacer primero.

—Entonces quédese. Yo la ayudaré y la apoyaré. Es lo menos que puedo hacer después de todo lo que ha hecho.

Amber miró a Billy, luego a Sam y de nuevo a Billy. En ese momento, las emociones y el agotamiento la golpearon de golpe, y rompió a llorar.

CAPÍTULO 22



Amber se sorprendió de lo concurrido que estaba el edificio del tribunal. Parecía que la mayoría de los habitantes del pueblo habían llegado temprano para presenciar el juicio por el secuestro, como el pueblo había empezado a llamarlo.

El edificio de madera del juzgado era posiblemente el más grande de la localidad. La iglesia le seguía de cerca y, sin duda, alguien en alguna parte sabría cuál era mayor. Estaba en proceso de ser encalado, aunque eso parecía ser una tarea interminable. En cuanto terminaban el trabajo, casi era hora de empezar de nuevo.

Mientras esperaban en el vestíbulo, Amber podía sentir las miradas de simpatía de las mujeres del pueblo. Habían oído las historias de su valentía. Cómo ella y su bebé fueron sacados del tren y luego, de alguna manera, escaparon. Por supuesto, muchos de los relatos habían sido adornados y exagerados. Algunos insistían en que había sacado un arma secreta y obligado a Tate a llevarla hacia la libertad. Pero una cosa era constante en todas las versiones: quienes las contaban solo podían imaginar los horrores de ser secuestrada por una banda de forajidos despiadados.

Por supuesto, Amber conocía la verdadera historia.

La mayoría de esos forajidos se veían obligados a cometer lo impensable para sobrevivir. Eso no lo hacía correcto, desde luego, pero al menos ella podía entenderlo. Eso los hacía humanos.

Algo que no se mencionaba en las historias era que Anthony Fox, abogado, la había atraído al pueblo con engaños. Amber estaba decidida a que, para cuando terminara el juicio, eso cambiaría.

El secretario del tribunal se había presentado en el hotel al día siguiente del arresto de Tate para entregar una citación. Cómo sabía dónde se alojaba era un misterio para ella, pero Billy suponía que el sheriff y el alcalde estaban al tanto de casi todo lo que ocurría en el pueblo.

Amber notó la sorpresa en el rostro de Billy cuando le dijo que el caso estaba programado para el día siguiente. Esto le indicó que el juicio se había acelerado de forma repentina.

Sin duda, aquello habría sido obra de Anthony Fox.

La noche del arresto de Tate, Amber se había ocupado de Sam, tal como venía haciendo desde que el tren descarriló. Billy había disfrutado de una noche completa de descanso, algo que claramente necesitaba tras la agitación y los rigores de la jornada. Él se había encargado a la mañana siguiente, y Amber se había emocionado al ver lo maravilloso que era como padre. Sam gorgoteaba y reía mientras Billy fingía robarle la nariz. El bebé ya casi se mantenía sentado por sí solo y Amber calculaba que solo sería cuestión de meses antes de que empezara a gatear.

Se preguntaba qué haría Billy. Resultaba inconcebible que volviera a trabajar como guardia en los ferrocarriles. Dudaba que quisiera volver a llevar a Sam en un viaje semejante.

—Tengo que decidir qué les depara el futuro a Sam y a mí —dijo Billy como si pudiera leerle el pensamiento—. Me han despedido. Esos pomposos y ricos hombres de negocios me visitaron en el hospital y me recompensaron por mi servicio, pero en cuanto oyeron lo de Sam, me echaron sin contemplaciones.

—Es una vergüenza —respondió ella, horrorizada. Pero en el fondo sabía que cualquier empleador probablemente habría hecho lo mismo.

Billy bajó la voz y se inclinó hacia delante: —Pero primero me dieron doscientos cincuenta dólares. —Sus ojos brillaron de emoción —. Con eso podremos establecernos en algún sitio. Solo tengo que decidir hacia dónde debe dirigirse mi camino. Aún soy joven.

Amber se preguntó qué edad tendría Billy. Su poblada barba moteada de gris le hacía parecer mayor, pero sus ojos contaban una historia distinta. No sentía que fuera una pregunta que pudiera hacer.

El vestíbulo del juzgado se quedó en silencio mientras todos entraban en la sala para el comienzo del juicio.

Como testigo, Amber esperaba fuera a que la llamaran y Billy se quedó con ella. De ninguna manera se le permitiría entrar con un bebé a la tribuna del público. Él reconoció los nervios de ella y comprendió que no tenía ganas de hablar, pero Amber agradecía su presencia reconfortante.

No tardó mucho en aparecer el secretario del tribunal. —¿Amber Johnson? —declaró con voz atronadora.

Ella se quedó sentada sin moverse un instante, hasta que Billy le apretó suavemente la mano. —Es el momento.

Ella se volvió y le sonrió: —Ahora vuelvo.

El secretario le abrió las puertas para que entrara en la sala y todos los asistentes se volvieron para mirarla mientras caminaba. Se dirigió al estrado y el juez le dedicó una cálida sonrisa, como si percibiera su nerviosismo. Sus huesos parecieron crujir cuando se inclinó hacia delante en su silla. El hombre aparentaba tener al menos ochenta años y probablemente había visto todo lo que se podía ver en esa sala de justicia a lo largo de su carrera.

—¿Se encuentra en condiciones de prestar declaración, señorita Johnson? —preguntó el juez Walton en voz baja, con un tono carrasposo que emanaba autoridad.

—Sí, señoría —respondió ella con toda la confianza que fue capaz de reunir.

Él asintió con aprobación. —Entonces, por favor, tome asiento. —Hizo un gesto con una mano arrugada hacia la silla a su izquierda.

Se acomodó en el asiento y lanzó una mirada fulminante a Anthony Fox. Como era de esperar, él ejercía la acusación. Iba vestido de forma impecable, sin un solo pelo fuera de lugar. Ajustó los papeles de su mesa y pareció sonreírle con suficiencia. Ella le devolvió la mirada sin pestañear siquiera, obligándole a bajar los ojos hacia sus documentos.

Había ganado la primera batalla.

El hombre en el banco opuesto vestía un traje blanco sucio que necesitaba un planchado urgente, y lucía lo que parecía ser una barba de dos días. Ese era el abogado de Tate, y fracasaba estrepitosamente a la hora de proyectar un aire de confianza. Solo Dios sabe de dónde lo habrían sacado.

Miró a la izquierda y vio al jurado de doce hombres. A las mujeres, por supuesto, no se les permitía formar parte de un jurado. Amber creía que aquello era un estado de cosas ridículo que seguramente no resistiría el paso del tiempo. Los hombres variaban en edad desde los treinta hasta los sesenta años. Algunos vestían trajes, otros ropa de trabajo más común. Todos tenían algo en común, sin embargo: todos miraban a Amber con aprecio.

Ella les ofreció una débil sonrisa y algunos asintieron con la cabeza.

Fue solo después de haberlo observado todo cuando se atrevió a mirar hacia el banquillo de los acusados. Tate estaba allí sentado, sonriéndole cálidamente. Una vez más, se sintió atormentada por la culpa. La única razón por la que él estaba en ese banquillo era por ella. Lo había utilizado y manipulado, pero quizá ahora pudiera ayudar. No le devolvió la sonrisa. Billy le había aconsejado que no mostrara ninguna calidez hacia el hombre. Creía que su testimonio resultaría más convincente para el jurado de esa manera. Al no tener experiencia en tales asuntos, ella se sintió conforme siguiendo los consejos de Billy.

Colocó con calma la mano sobre la Biblia y prometió decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Mientras lo hacía, miró fríamente a los ojos de Anthony Fox, como advirtiéndole de hacia dónde iba a conducir su testimonio.

Fox devolvió la Biblia a su lugar y se aclaró la garganta. —Señorita Johnson, usted viajaba en el tren que fue asaltado por los bandidos, ¿no es así?

—Así es. Como usted sabe, viajaba a Freshwater Creek para...

Fox interrumpió su respuesta con tono seco: —Señorita Johnson, entiendo que probablemente nunca haya prestado declaración en un juicio anteriormente, pero, por favor, limítese a responder a las

preguntas que le formulo. El tribunal no requiere sus opiniones sobre ningún otro asunto. Un simple «sí» o «no» bastaría como respuesta a mi pregunta.

Amber se volvió hacia el juez esperando que reprendiera a Fox por su rudeza.

—El señor Fox tiene toda la razón. Simplemente responda a las preguntas que se le hagan, por favor, señorita Johnson —dijo el juez con brusquedad—. Tenemos un horario que cumplir.

Amber volvió a mirar a Anthony, con el rostro encendido por la reprimenda.

La sonrisa de suficiencia de Fox había vuelto. —Entonces, señorita Johnson, solo para que conste en acta, usted viajaba en el tren cuando fue asaltado por los bandidos, ¿es así?

—Sí.

—Y usted y su hijo fueron secuestrados, ¿correcto?

Ella lo pensó un momento. —No.

Un murmullo recorrió la sala.

Anthony Fox sonrió y se encogió de hombros. —Vamos, señorita Johnson, ¿espera que este tribunal crea que se fue voluntariamente con un grupo de bandidos despiadados?

—Simplemente respondía a su pregunta siguiendo sus instrucciones, señor Fox. La respuesta sencilla a su pregunta, tal como usted me ordenó, sería que no.

Fox reflexionó un instante: —¿En qué sentido, señorita Johnson?

—Sam, el bebé, no es mío. Yo no soy su madre. —Al pronunciar las palabras, sintió una extraña punzada de pesar.

Esta vez, Fox se vio descolocado. No esperaba esa respuesta.

—Si usted no es la madre del niño, ¿quién lo es?

—La difunta esposa del señor Billy Cresswell, un guardia del tren. Mary Cresswell; murió poco después de dar a luz. Cuando el tren fue asaltado por los bandidos, fui a esconderme al compartimento del guardia, donde encontré a Sam. Allí fue donde tanto el bebé como yo fuimos descubiertos por los bandidos, quienes también supusieron incorrectamente que yo era la madre del pequeño. Les seguí la corriente —hizo una breve pausa e inclinó un poco la cabeza

—. Pensé que esa suposición jugaría a mi favor para mantenerme a salvo.

—Ya veo —respondió Fox volviendo a su mesa para consultar brevemente sus papeles. Para Amber estaba claro que su respuesta le había confundido, ya que, evidentemente, él había dado por hecho que ella le había mentido con la misma desfachatez con la que él le había mentido a ella.

Cogió una hoja de papel: —Aparte de la cuestión del niño, ¿fue obligada a acompañar a los bandidos contra su voluntad?

—Sí, eso es correcto.

Él bajó la mirada a su hoja de papel. —El diccionario Webster define secuestrar como apoderarse de alguien y retenerlo o llevárselo mediante fuerza ilegal o fraude. ¿Estaría de acuerdo, por tanto, en que fue secuestrada?

—Sí. Nunca negué que lo fuera. Me dirigía aquí para casarme. Iba a ser una novia por correo. Aunque creo que ha omitido esa parte de la definición que se refiere a que la demanda de un rescate forma parte integrante de un secuestro. Tengo entendido que los secuestradores enviaron una petición de rescate al hombre con el que iba a casarme. ¿Sabía usted algo de eso, señor Fox?

De nuevo, un leve murmullo sonó en la sala. El juez levantó la vista con una mirada fulminante y golpeó con su mazo. —Silencio en la sala.

Cuando se restableció el silencio, el juez se dirigió a Amber. —Señorita Johnson, debe limitarse a responder a las preguntas que se le formulen. Nada más, no deseo acusarla de desacato.

Amber asintió con la cabeza. Por el revuelo en la tribuna del público, notaba que la gente empezaba a preguntarse por qué trataba a Fox con un desprecio tan evidente. Su última afirmación podía haber sido interpretada por los presentes de varias maneras.

—Señor Fox, continúe, por favor. Como he dicho, tengo un horario que cumplir y no permitiré que se desvíe.

Fox decidió cambiar de táctica. —¿Se encontraba el acusado entre los secuestradores? —Señaló hacia Tate en el banquillo.

—No vi a ese hombre en el tren.

—Esa es una respuesta interesante, señorita Johnson.

—Es la respuesta veraz, señor Fox. He puesto la mano sobre la Biblia y he jurado decir la verdad. Yo tengo integridad, a diferencia de otros presentes. No vi a ese hombre en el tren.

Para todos en la sala resultaba obvio que Amber se refería a Fox. Sin embargo, nadie sabía por qué.

—Si este hombre no la secuestró, ¿quién lo hizo?

Amber pensó por un momento cuando una voz atronó de repente desde el fondo de la sala. —Yo lo hice.

La sala estalló en un clamor y el juez no pudo hacer nada para evitarlo.

CAPÍTULO 23



—Si vuelve a producirse un estallido semejante, ordenaré el desalojo de la galería pública —gritó el juez, con el rostro cárdeno de ira.

Se había restablecido el orden y un pesado silencio cayó sobre la sala.

Pero todas las miradas estaban puestas en el hombre que llenaba el umbral de la puerta del juzgado. Se parecía asombrosamente al acusado, solo que era mayor y llevaba un parche que le cubría un ojo.

Cody.

—Alguaciles, aseguren a ese hombre y tráiganlo aquí delante —ordenó el juez. Los ayudantes del sheriff presentes se acercaron a Cody, quien se limitó a sonreír y empezó a caminar hacia delante por voluntad propia.

—No hace falta que me aseguren, su señoría, estoy aquí por mi propia voluntad. No voy a salir corriendo —anunció Cody. Llevaba el bolso de alfombra de Amber.

Tanto Amber como Tate miraron boquiabiertos a Cody, que se detuvo ante la barandilla, saludó a Tate con la cabeza y le sonrió a Amber.

—Muy bien, buen hombre, será mejor que lo suelte ya todo, empezando por quién es usted y por qué considera apropiado irrumpir en mi sala de vistas —exigió el juez, sentado al borde de su

silla y más alerta que en cualquier otro momento del proceso hasta ahora.

Amber intuyó que incluso el juez, con su vasta experiencia de años, no había visto nada parecido antes.

Cody dejó suavemente el bolso de alfombra en el suelo y se aclaró la garganta. —Mi nombre es Cody Mitchell, su señoría. Soy el hermano del acusado, Tate Mitchell. Como puede ver, nos parecemos asombrosamente y tal vez de ahí surgió la confusión.

A Amber le pareció extraño que Cody se refiriera a Tate como su hermano en lugar de como su hermanastro, como solía hacer.

—¿A qué se refiere con confusión, Sr. Mitchell? —preguntó el juez.

—Esto es de lo más irregular, su señoría —interrumpió Fox, levantándose de un salto de su asiento y alzando las manos.

—Vuelva a sentarse, Sr. Fox —ladró el juez—. Dirigiré mi tribunal como considere oportuno.

Cody sonrió ante la reprimenda a Fox. —Me refiero al hecho de que mi hermano ha sido identificado erróneamente como yo. Comprendo que sería fácil hacerlo en la oscuridad o a distancia. Normalmente llevo un sombrero que sombrea mis rasgos, ocultando mi parche. Lamento que eso solo añada más confusión. Entiendo que alguien pueda confundir a Tate conmigo. Pero él no es el culpable. Fui yo quien secuestró a la señorita Johnson y al bebé aquel día, y no mi hermano.

—¿Así que usted fue uno de los bandidos que asaltó el tren? —preguntó el juez.

—Para mi vergüenza, lamento decir que así fue. Creo que hay circunstancias atenuantes que me llevaron por el camino de la vida que he tomado. Sin embargo, no haré perder el tiempo al tribunal con ellas. No busco simpatía ni comprensión por mis actos.

—¿Y cuál fue el papel de su hermano en todo esto, Sr. Mitchell?

—Mi hermano Tate —Cody se giró y le sonrió a Tate, que estaba pendiente de cada palabra—, resultó que vino de visita inesperadamente dos días después de que yo hubiera secuestrado a la señorita Johnson. Vivo de forma sencilla en las colinas. Él, con toda la razón, se opuso a que mantuviera a la dama prisionera

contra su voluntad. Intentó convencerme de que la liberara, pero no lo consiguió. Así que esa noche la ayudó a escapar. No tuvo papel alguno en su cautiverio, como estoy seguro de que tanto la señorita Johnson como mi hermano confirmarán. Tal fue la naturaleza de la huida que la señorita Johnson se marchó sin sus pertenencias personales; me complace poder devolvérselas hoy. —La mentira brotó con fluidez de sus labios. Resultaba obvio tanto para Amber como para Tate que les estaba instruyendo para que estuvieran de acuerdo con él.

Cody dirigió su sonrisa hacia Amber. Ella sintió un gran peso en el pecho y una gratitud abrumadora hacia Cody. Pero también sintió algo más: compasión. El valor que debía de haberle hecho falta a aquel hombre para entrar allí y sacrificarse. No lo había hecho por ella, ¿verdad? ¿Acaso pensaba que ella quería estar con Tate y que, haciendo esto, ayudaría a que sucediera?

—¿Cuál era su propósito al secuestrar a la señorita Johnson y al niño?

De nuevo, Fox se levantó de su asiento de un salto, con la preocupación reflejada en los ojos. —Debo protestar. Es sumamente irregular que un juez interrogue a un testigo.

—Sr. Fox, esta es mi sala, no la suya. El Sr. Mitchell no figura como testigo potencial. Yo trataré con él como me parezca conveniente.

—Pero, su señoría, el hombre ha confesado el crimen. Sugiero que liberemos al acusado y demos el asunto por cerrado.

—Sr. Fox, sé que tiene influencia en este pueblo, pero dentro de este tribunal mando yo, ¿ha quedado claro?

Fox bajó la cabeza como un escolar travieso al que su profesor está reprendiendo.

—¿Lo ha entendido, Sr. Fox? —dijo el juez elevando aún más la voz.

—Sí, su señoría. —Se dejó caer en su silla y barajó sus papeles con nerviosismo.

Cody sabía que esta era su oportunidad. —Encantado de responder a su pregunta, su señoría. Secuestré a la señorita Johnson porque entendí que iba a casarse con un miembro

destacado de la comunidad de Freshwater Creek. Creí que podría extraer un sustancioso rescate por ella. Al fin y al cabo, es una joven muy apuesta. Esperaba que el hombre con quien estaba prometida quisiera recuperarla.

Amber se ruborizó al sentir que todos los ojos de la sala se volvían hacia ella para evaluar su belleza.

—Sr. Mitchell, ¿quién era ese miembro destacado de la comunidad al que esperaba extorsionar? —exigió el juez.

—Me sorprende que no lo sepa. ¿Acaso no se ha presentado todavía? —Cody esperó un momento, permitiendo que creciera la expectación—. Vaya, pues no era otro que este mismo Sr. Fox. —Cody señaló a Fox con un gesto despreocupado de la mano.

De nuevo, un murmullo recorrió la sala y el juez golpeó inmediatamente con su mazo. —Silencio en la sala.

—¿El Sr. Fox, dice usted? —El juez inclinó la cabeza hacia el abogado. Anthony Fox se puso de nuevo en pie de un salto para protestar—. Si abre la boca, Sr. Fox, le acusaré de desacato al tribunal y cumplirá condena en la cárcel.

Fox se lo pensó un momento y volvió a sentarse en silencio.

—Continúe, Sr. Mitchell —ordenó el juez sin apartar su mirada fulminante de Fox.

—Sí, la señorita Johnson iba a casarse con Anthony Fox. El Sr. Fox puso un anuncio en una publicación llamada el *Matrimonial Times*, buscando esposa. La señorita Johnson respondió a ese anuncio. Los dos mantuvieron una larga correspondencia. Si me disculpa, señorita Johnson —Cody miró a Amber casi con tono de disculpa. Abrió el bolso de alfombra y sacó un mazo de cartas.

—Estas son esas cartas. No cabe duda alguna al respecto. Amber Johnson viajaba hacia aquí para convertirse en la novia por correo del Sr. Fox. Sin embargo, Anthony Fox no tenía intención de pagar el rescate que yo pedía simplemente porque no tenía intención de casarse con la señorita Johnson. Tenía un acuerdo con el salón de Mitch. Cuando ella llegara a Freshwater Creek, su plan era presentársela a Mitch como posible chica de salón. A cambio de sus molestias, él recibiría, por supuesto, una buena suma.

Nadie habló en la sala mientras todos los ojos se volvían hacia Anthony Fox.

—No puede demostrar eso —escupió él en dirección a Cody.

—En este caso particular, es cierto. Sin embargo, no es la primera vez que organiza esta lucrativa estafa y hay otras chicas que podrían testificar que así es.

—Lo dudo mucho —desestimó Fox—. Soy abogado. Un miembro respetado de esta comunidad.

Cody sabía que lo que decía Fox era probablemente cierto. Las chicas que habían caído en esa estafa no se atreverían a hablar de ello abiertamente. Pero Cody sabía una cosa: Fox ya no era un miembro respetado de la comunidad. En unos pocos minutos, se las había arreglado para manchar el nombre de Anthony Fox. Si él iba a caer, le encantaría llevarse a Fox por delante de una forma u otra.

—Silencio —espetó el juez. Un silencio inquieto cayó sobre la sala. El juez miró a Amber, luego a Fox, antes de pasar la vista de un hermano al otro—. Alguaciles, detengan al Sr. Cody Mitchell.

Los ayudantes se adelantaron y aseguraron a Cody, que no ofreció resistencia.

Satisfecho, el juez miró a Tate y cogió su mazo. —Caso desestimado. —Golpeó con el mazo y la sala estalló en un clamor.

CAPÍTULO 24



Tate se sentó en un estrecho banco de madera frente a su hermano. Los fríos barrotes de acero de la cárcel los separaban, y así seguirían durante los próximos tres años.

—No lo entiendo —logró decir Tate finalmente.

Cody sonrió con amargura. —¿Necesitas entenderlo? —La celda estaba escasamente amueblada con un catre duro y una manta fina, además del taburete de madera en el que estaba sentado. No era mucho para llamarlo hogar durante los próximos tres años.

—Me gustaría. Me gustaría saber por qué acabas de hacer eso. No había necesidad. Nadie te estaba buscando. Podrías haber acabado en la horca.

—Porque eres mi hermano, Tate.

Tate lo miró fijamente como si no supiera qué significaban aquellas palabras.

—Ambos tenemos que ser sinceros, Tate. No te he tratado con especial justicia a lo largo de los años. Tú lo sabes y yo lo sé. Te culpé de cosas que no eran culpa tuya. —Hizo una pausa de un segundo mientras reflexionaba—. Sabes que guardaba rencor a tu madre. Yo solo era un crío. Estaba herido y furioso por la muerte de mi propia madre. Lo pagué con ella y, por extensión, contigo. Lo siento, Tate. De verdad que lo siento. Solo intento poner las cosas en su sitio. Se lo debo no solo a ti, sino a la memoria de nuestro padre. Sabes que él te adoraba. —Cody se levantó y agarró los

barrotes con los puños—. Cuando Michael murió, deseé que hubieras sido tú quien estuviera en su lugar. Ya sabes cómo me sentía; no te estoy diciendo nada nuevo. Pero hoy te pido perdón por ello. No eras más que un niño. No tuviste la culpa. Fue por las circunstancias en las que nos encontrábamos. Solo desearía poder borrarlo todo. Todo el dolor, todo el sufrimiento. DE21 4SY

Tate apenas podía creer que aquellas palabras salieran de boca de su hermano. No deseaba nada más que abrazarlo y darle las gracias por lo que acababa de hacer, pero le habían advertido que no tocara a Cody.

—¿No estás enfadado? —preguntó Tate sacudiendo la cabeza con incredulidad—. ¿Qué hay de Amber? Sé que la quieres.

Cody se rió. —He querido a otras —mintió—. Sin duda volveré a querer. Si Amber quiere estar contigo, espero que te haga feliz. Te lo mereces.

Cody se había dado cuenta de que, si Amber hubiera querido estar con él, no habría huido. Tenía su orgullo. Si una mujer no lo quería, que así fuera.

Tate se quedó algo impactado por la afirmación de su hermano. Pensaba que el hombre estaría dispuesto a mandarlo a la tumba por escapar con la mujer que amaba. No lo entendía. Dudaba que llegara a entenderlo nunca. —Vendré a verte.

Cody negó con la cabeza. —No hace falta, el tiempo volará. Solo hazme un favor.

—Lo que quieras.

—Hazte una vida. Una vida de verdad, quiero decir. Normal. Una vida alejada del crimen. —Se tocó el parche del ojo durante un segundo antes de volver a hablar—. Tate, hazla feliz. Al fin y al cabo, eso es lo único que importa de verdad.

Las lágrimas asomaron a los ojos de Tate e incluso ahora no quería que su hermano lo viera llorar. Se levantó para irse. —Ella quiere verte.

Cody asintió aceptando. Tate se dio la vuelta y se marchó, con las lágrimas rodando ya por sus mejillas.

Antes de que el juez dictara sentencia contra Cody Mitchell, Amber había solicitado una reunión con él. Como víctima del delito,

el viejo juez difícilmente podía rechazar la petición. Amber se las había ingeniado para sonreír, embaucar y meterse al anciano en el bolsillo. Le había explicado la dura infancia de Cody y cómo él se había portado con ella como todo un caballero. Había adornado algunas historias aquí y allá, y el juez había dictado la sentencia más leve posible, solo porque no podía concederle a Cody lo que Amber le había hecho sentir que merecía: una caja de whisky y la libertad.

—Gracias por hablar con el juez. Podría haberme balanceado en una soga —dijo Cody cuando ella se sentó. En la lúgubre cárcel, Amber parecía un ángel enviado del cielo.

—Lo siento —dijo Amber tras observarlo un rato.

Cody no dijo nada, solo inclinó la cabeza para mirarla con curiosidad con su ojo sano.

Una leve sonrisa asomó a sus labios, como si supiera que él se preguntaba por qué lo sentía. —Por haberme ido. Por haberte rechazado. En otro momento o en otro lugar, las cosas podrían haber sido distintas.

—En realidad no tienes de qué arrepentirte. Te secuestré, ¿recuerdas?

Ella se removió en el incómodo banco. —Pero si no lo hubieras hecho, me horroriza pensar qué habría pasado.

Cody soltó una media carcajada. —Me alegró manchar el nombre de ese hombre. Me encantaría que se reuniera conmigo aquí dentro.

—Me encargaré de que así sea. —Amber pareció sorprendida de haber pronunciado esas palabras. No podía hacer promesas así.

Cody agradeció el gesto, pero sabía que ella no tenía muchas posibilidades. Anthony Fox y Mitch juntos se asegurarían de que las chicas del salón no testificaran. Anthony Fox podría perder algo de negocio, pero probablemente todo se olvidaría pronto.

—Solo asegúrate de que no os haga daño ni a ti ni a Tate. Id a algún lugar donde podáis empezar de cero, donde nadie os conozca —dijo Cody en voz baja.

Tate.

Amber no tenía ni idea de qué hacer. No había hablado con Tate sobre el futuro desde que este fue liberado. Cody estaba convencido de que ella quería estar con su hermano. Pero ella no lo amaba. Se

quedó sentada en silencio un momento, absorta en sus pensamientos. Cody pareció leerla como un libro abierto.

—Oh... —La comprensión le golpeó—. Pensaba que querías estar con él. ¿No lo quieres?

Amber negó con la cabeza.

—Tendrás que decírselo.

—Lo sé.

Se quedaron sentados juntos sin hablar durante más de un minuto.

—Lo que he dicho iba en serio: en otro momento, en otro lugar, podría haber funcionado, Cody. Hoy has demostrado ser un hombre de honor —dijo Amber.

Cody se limitó a asentir. —Díselo con delicadeza, ¿quieres? No quiero verlo sufrir.

Ella se puso en pie, pues no quedaba nada más que decir.

—Gracias por venir, Amber. Te lo agradezco, teniendo en cuenta todo lo que hice.

—Nunca te veré simplemente como mi secuestrador, Cody. E intentaré que se haga justicia con Anthony Fox. No solo por ti, sino por mí misma y por esas pobres chicas del salón.

—Gracias, señorita Johnson —dijo Cody y se levantó. Hizo una pequeña inclinación.

Ella sonrió, se dio la vuelta y se alejó.

CAPÍTULO 25



Billy estaba esperando fuera de la cárcel con Sam. El bebé sonrió en cuanto la vio y le tendió los brazos. Instintivamente, ella hizo el ademán de cogerlo, pero enseguida se corrigió. No era la madre del niño.

—Cójalo si quiere —rió Billy.

Y lo hizo. Los balbuceos de satisfacción de Sam la ayudaron a calmarse. Le sonrió a Billy y acunó al pequeño mientras caminaba en círculos.

Amber intentaba procesar todo en su mente.

Desde la conclusión del juicio, todo había sido una confusión. Cody fue puesto bajo custodia de inmediato. El juez había ordenado dictar sentencia el mismo día, pues quería despejar su agenda. Tanto ella como Tate se quedaron atónitos ante la inesperada llegada e intervención de Cody. Ella estaba decidida a ayudarlo en todo lo que pudiera. Por fortuna, el juez pareció estar de acuerdo con ella. Tres años era lo mejor a lo que cualquiera podría haber aspirado.

Tate no había hablado mucho desde su liberación. Probablemente seguía demasiado conmocionado por el curso de los acontecimientos.

Pero ella sabía que tenía que poner las cosas en claro. Como Cody acababa de decir, sabía que tenía que darle la noticia con delicadeza.

Ahora él tenía una oportunidad perfecta para marcharse y empezar de cero donde nadie lo conociera.

Ella no lo amaba. No sería justo aceptar irse con él. Ambos merecían algo mejor. Ambos merecían ser felices.

La pregunta seguía siendo qué iba a hacer ella. Le había hecho una promesa descabellada a Cody dentro de aquella cárcel. ¿Cómo demonios iba a provocar la caída de un abogado de renombre? Un hombre que, sin duda, tenía en el bolsillo a la mayoría de los miembros influyentes de la comunidad. Pero había hecho una promesa y estaba decidida a cumplirla.

—Billy, ¿dónde está Tate? —preguntó Amber.

—Dijo que iba a la tumba de su hermano.

Ella se acercó a Billy, a cuyo lado se sentía segura, como si nada pudiera dañarla. —Tenga, cójalo de nuevo. Volveré enseguida. Necesito decirle algo a Tate. ¿Me esperará?

Billy sonrió. —Por supuesto. ¿Quiere que la acompañe?

Ella quería. Deseaba su presencia tranquilizadora y silenciosa, pero sabía que debía hacer esto sola. —No, estaré bien. Es solo que odio dar malas noticias.

Sam se despidió a su manera infantil, abriendo y cerrando el puño mientras Amber caminaba hacia la iglesia. Billy le susurró: —Quieres a esa señora, ¿verdad? Creo que yo también.

Tate no vio a Amber hasta que estuvo casi encima de él. Resultaba evidente que había estado llorando.

—¿Cómo estaba? —preguntó Tate mientras se frotaba la cara en un intento de borrar el rastro de las lágrimas.

Amber bajó la vista hacia la lápida. —Estaba bien. Reflexivo.

—¿Qué pasará ahora? —la miró con esperanza, pero sus ojos delataban que ya sabía lo que vendría.

—No puedo ir contigo, Tate. No sería justo para ninguno de los dos. Sabes que no te amo. Mereces algo mejor que eso; mereces a alguien que vaya a cuidar de ti y a adorarte. Esa mujer estará por ahí, te lo aseguro.

Él se inclinó y besó suavemente a Amber en la mejilla.

—Gracias por todo lo que has hecho. Por mí y por mi hermano. Los dos podríamos estar en esa celda ahora mismo si no fuera por ti.

Para ser sincero, podríamos estar contando nuestras últimas horas. Probablemente nos lo merezcamos.

—No seas tonto, Tate.

—No, es verdad. Nos hemos pasado la vida asaltando, robando y haciendo que la vida de los demás fuera una miseria, solo porque la nuestra lo era.

Ella tomó la mano de él entre las suyas.

—Pero ahora tienes una nueva oportunidad. Una ocasión para empezar de cero. Aprovecha esa oportunidad, Tate, vete a algún lugar donde no seas conocido. A un sitio donde tu nombre no signifique nada y no haya habido ningún juicio. Un lugar donde no tengas a un enemigo como Fox merodeando.

Tate soltó la mano de ella, alargó la suya y acarició suavemente la parte superior de la lápida. —¿Y qué harás tú?

Amber lo pensó por un momento. No iba a hablarle de la promesa que le había hecho a Cody. Si lo hacía, él solo querría quedarse. —Seguramente regrese a la ciudad. El motivo por el que estaba aquí ha desaparecido. En realidad, nunca existió.

—Te daré el dinero para el billete —dijo Tate.

—No. Aunque agradezco el gesto. Usa tu dinero para ayudarte a ti mismo. Yo estaré bien.

—Volveré al hotel a por mis cosas. Luego me iré. Como tú dices, es lo mejor. ¿Quieres que le diga al encargado que te quedarás?

—Si fueras tan amable. No sé a qué hora será el próximo tren, pero ya lo averiguaré.

Tate lanzó un beso a su puño y luego lo apoyó sobre la lápida.

Volvió a mirarla, deseando nada más que estrecharla entre sus brazos y llevársela lejos. Pero no podía hacerlo. Ella no lo quería. —Cuídese, señorita.

Dedicó una última y larga mirada a Amber, se puso el sombrero y se alejó sin volverse.

Amber esperó unos minutos antes de regresar con Billy. Él le dedicó una cálida sonrisa y Sam, como siempre, se emocionó al verla. —Gracias por esperar.

—Supongo que le ha dicho que no se iría con él, ¿verdad? —dijo Billy en voz baja.

—¿Por qué me siento tan culpable?

—Porque es usted una persona cálida y de buen corazón, Amber. Es su naturaleza. Ve lo bueno en todo el mundo y no quiere defraudar a nadie. Pero debe hacer lo que la haga feliz.

Amber asintió, pero no lograba quitarse esa horrible sensación en el estómago de que se había aprovechado de Tate.

—Entiendo que se sienta obligada con esos hermanos, pero no olvide nunca que la secuestraron. Sé que, sin querer, la salvaron de otro horror, pero ellos no podían saberlo. Hicieron lo que hicieron por su propio beneficio personal. Siempre le estaré agradecido a Tate por ayudarla a devolverme a Sam, pero si no hubiera sido por él en primer lugar, mi hijo y yo nunca habríamos sido separados.

Amber sabía que Billy tenía razón. No tenía ninguna obligación con los hermanos Mitchell. Pero recordaba su promesa a Cody. Sabía que podía simplemente comprar un billete para volver a Nueva York y olvidarse de Anthony Fox. Pero Fox la había herido, y también había herido a otras mujeres. Estaba humillado por el momento, pero no derrotado.

Esto era algo personal.

—Entonces, ¿qué va a pasar ahora? —preguntó Billy.

—Tengo una idea —respondió Amber con una amplia sonrisa.

CAPÍTULO 26



Sam tomó su biberón y se le empezaron a cerrar los ojos. Siempre le gustaba dormir después de comer.

Amber sabía que no pasaría mucho tiempo antes de que empezara a incorporarse y a intentar agarrar cosas. Luego empezaría a comer sólidos. Luego gatearía. Luego caminaría.

Ella no vería la mayor parte de aquello, por supuesto, ya que estaría de vuelta en la ciudad.

Eso la entristecía. Estos pocos días habían demostrado que deseaba ser madre por encima de cualquier otra cosa. La alegría que un niño podía dar superaba con creces sus expectativas.

Esperaba que el amor pudiera traerle tanta alegría. Algún día. De alguna manera.

Unos golpes secos sonaron en la puerta; al abrir, se encontró con Billy. Se puso el dedo en los labios para indicarle que guardara silencio y así Sam pudiera dormirse. Pero fue ella quien dejó escapar un grito ahogado involuntario.

El vendaje alrededor de su cabeza había desaparecido y se había cortado el pelo. Vestía una camisa azul nueva y pantalones negros. La camisa le tiraba ligeramente en el pecho y la tela apenas podía contener sus enormes brazos. Pero lo más significativo de todo era que su espesa barba había desaparecido. Él le dedicó una sonrisa y a ella se le dio un vuelco el estómago mientras contenía el aliento.

Parecía otro hombre. Un hombre años más joven.

—¿Qué tal estoy? —preguntó él—. Hace años que no me afeitaba del todo. —Se frotó la fuerte mandíbula con la mano—. Me alegro de que lo haya hecho el barbero. Yo me habría hecho trizas la cara.

Habían pasado dos días desde el juicio y desde que Tate se marchara de Freshwater Creek.

Billy había aceptado ayudar a Amber en todo lo que pudiera. Estaba tan escandalizado como cualquiera por la forma en que Anthony Fox la había atraído al oeste con una única intención. Ella le había hecho a Billy un favor que nunca podría devolverle. Cualquier ayuda que necesitara sería suya sin dudarlo.

Habían conservado sus habitaciones en el hotel a las afueras del pueblo. El hotelero parecía mucho más amable ahora que comprendía la naturaleza de la relación de Amber con Billy. De hecho, la trataba como a la heroína que era. En la habitación aparecían toallas extra. Cada mañana y cada noche, sin pedirlo, aparecían mágicamente palanganas de agua caliente para asearse, y él se ofrecía constantemente a proporcionar lo que fuera necesario para el bebé.

Tras el juicio, se corrió la voz por el pueblo sobre cómo habían tratado a esta mujer y lo valiente que había sido ante una adversidad extrema. El hotelero, obviamente, estaba reaccionando a esto.

Ella le había expuesto un plan a Billy cuando regresaron al hotel tras el juicio. Él había escuchado y asentido con la cabeza en los momentos apropiados. Dudaba que funcionara, ya que los allegados a Fox guardarían silencio y aquellos con pruebas estarían demasiado asustados para hablar. Pero estaba encantado de ayudarla a intentarlo. Además, eso le daría tiempo para pensar en qué hacer a continuación.

No había hecho otra cosa que trabajar en el ferrocarril. En un principio, su padre le había conseguido el trabajo, trabajando codo con codo colocando las vías. Su tamaño y juventud lo habían convertido en un candidato obvio para guardián una vez que la compañía decidió que cada tren tuviera uno. Desde entonces, había recorrido el país de punta a punta.

Mary también había sido la elección de su padre, pero él había llegado a amarla. Se sintió entusiasmado cuando ella le dijo que estaba encinta. Billy siempre había querido una familia numerosa. A medida que se acercaba el momento del parto, se había planteado cambiar de trabajo. No quería estar viajando por todo el país, dejando a su familia en casa.

Había habido un puesto disponible en los muelles, pero el sueldo era considerablemente más bajo. Cómo deseaba haber aceptado aquel trabajo.

Sabía que no volvería al ferrocarril. Aquella había sido su advertencia y había tenido suerte. Cogería el dinero y buscaría un trabajo que le permitiera dormir en su propia cama cada noche.

Por supuesto, esa cama sería solitaria. Antes de morir, Mary le había hecho prometer que se volvería a casar. Quería que él fuera feliz y que su hijo tuviera una madre.

Amber haría feliz a cualquier hombre. Era hermosa, amable y tenía una entereza como ninguna otra mujer que él hubiera conocido. Dudaba que pudiera hacerla suya; ella podía elegir a quien quisiera. Pero sabía que se arrepentiría si no lo intentaba.

—Estás tan diferente —susurró Amber finalmente tras asimilar el nuevo aspecto de Billy.

—¿Diferente para bien? —respondió Billy en voz baja tras echar un vistazo a los ojos cerrados de su hijo.

—Sí —respondió Amber rápidamente. Realmente se veía bien. Atractivo—. ¿Qué edad tienes, Billy? Nunca te lo he preguntado.

Billy sonrió. El barbero le había sugerido que quitarse la barba le restaría años. Billy sabía que solo buscaba trabajo extra, pero pensó que un cambio le vendría bien. —Tengo treinta años, Amber. ¿Cuántos pensabas que tenía?

Ella se sonrojó, pues había supuesto que andaría por los cuarenta. Las canas de la barba y el pelo largo y descuidado le habían echado años encima. —No lo sé. La barba ocultaba tu edad. Sin duda es una mejora. Me gusta.

El rostro de Billy se iluminó. Era el efecto que había estado esperando.

Billy tenía prácticamente la misma edad que Fox, el hombre con el que ella había venido a Freshwater Creek para casarse. Probablemente era más joven que Cody. El vuelco en su estómago había sido inesperado. Mil pensamientos se agolparon en su cabeza. Pero fueron interrumpidos por Billy, que volvió a hablar.

—Y tengo noticias de la taberna de Mitch.

Justo después del desayuno del día siguiente al juicio, visitaron al sheriff. Como la vez anterior, el rostro de Herford se iluminó cuando Amber entró en su oficina. Simplemente tenía ese efecto mágico en los hombres. Ella colocó sobre el mostrador las cartas que Fox le había escrito y que Cody había traído consigo.

El sheriff estaba, por supuesto, plenamente al tanto de lo ocurrido en la sala del tribunal y de las acusaciones vertidas contra Anthony Fox. Examinó las cartas, leyéndolas y asintiendo con la cabeza mientras lo hacía. No cabía duda de que las cartas habían sido escritas por Fox y de que Amber había viajado a Freshwater Creek para convertirse en su esposa.

Herford se disculpó una vez más por el trato que había recibido, pero recalcó el punto que Fox había expuesto en el tribunal. No había pruebas de que Fox pensara llevar a Amber a la taberna de Mitch a su llegada.

Estaría encantado de proceder contra Fox si se encontraban tales pruebas. Sin ellas, un arresto sería inútil.

Amber decidió que se quedaría con sus cartas por si acaso desaparecían mágicamente. El sheriff parecía un hombre decente, pero ella comprendía lo corruptos que eran muchos de estos pequeños pueblos del oeste. No parecía improbable que los papeles se perdieran si se los entregaba a cualquier otra persona.

Tenían que descubrir pruebas de que Fox ya había hecho eso antes.

Eso significaba una visita a la taberna de Mitch para hablar con las mujeres. Amber no tenía intención de entrar allí, así que ese trabajo quedó para Billy.

Billy se sentó y relató su historia.

—Logré hablar con Abigail Long. Fue ella quien habló con Tate y delató las malas intenciones de Fox. No quiso decir mucho, pero

aceptó venir aquí para hablar contigo esta tarde.

—¿Crees que podríamos persuadirla para que testifique ante el tribunal?

Billy frunció el ceño. —Si fuera yo quien se lo pidiera, diría que se negaría. Como es lógico, le cuesta confiar en la gente. En los hombres especialmente. Sin embargo, lo sabía todo sobre ti. La historia del tribunal ha recorrido toda la taberna. Creo que tú podrías tener más éxito.

—¿Cómo se las arreglará para escapar y venir aquí?

—Los hermanos, los hijos de Mitch, Marty y Jimmy, al parecer son bastante decentes. Pero viven atemorizados por su padre. Si por ellos fuera, limpiarían la taberna y no pasaría nada de esa naturaleza. El pueblo está cambiando, los hombres se están casando y están llegando más familias. El número de solteros ya no es el que era. Miran hacia el futuro. En fin, les dan a las chicas ciertas libertades; cuando no están trabajando, pueden salir. Siempre regresan porque temen lo que pasaría si no lo hicieran.

Amber asintió, pensando en cómo podría ofrecerle protección a Abigail.

—Pero hay dos noticias más —dijo Billy, interrumpiendo de nuevo sus pensamientos—. Mitch está enfermo. Abigail dice que lleva semanas tosiendo y que hace dos días que no se sienta en su taburete.

—¿Cómo nos ayuda eso?

Billy negó con la cabeza. —No estoy seguro. Pero si él no está presente, será más fácil que las mujeres se planteen testificar. Es a él a quien todas temen.

Amber deseó vivir en un mundo donde las mujeres no tuvieran que tener miedo. —¿Y la otra noticia?

—Fox.

Ella se incorporó y miró a Billy con expectación.

—No se le ha visto desde el juicio. No responde a quienes llaman a su puerta. No recibe a clientes. Nada. Nadie sabe si está en el pueblo o no.

Sería una lástima que lograran persuadir a Abigail y a la otra chica para que testificaran solo para descubrir que Fox había huido.

Pero al menos no podría volver al pueblo, posiblemente ni siquiera a todo Texas. Pero quizá simplemente estaba escondido, esperando a que amainara la indignación.

Lo importante era conseguir los testimonios que condenarían a Fox.

Amber estaba echando una cabezadita en su habitación cuando llamaron a la puerta. Fue un golpe suave, como si la persona al otro lado no quisiera estar allí realmente.

Amber saltó de la cama, se arregló el vestido y abrió la puerta.

Una mujer asustada unos años mayor que ella la miraba fijamente.

—¿Usted debe de ser Abigail? —dijo Amber, y su rostro se iluminó con una cálida sonrisa de bienvenida.

—Lo soy. No dispongo de mucho tiempo, señorita Johnson.

—Llámame Amber, por favor. —Amber se hizo a un lado y le indicó a Abigail que pasara. Le señaló que tomara asiento y Amber se acomodó en el borde de la cama—. Lo siento, no hay nada mejor. ¿Puedo ofrecerle algo de beber? ¿Agua? ¿Té, tal vez?

Abigail negó con la cabeza. —No, gracias. —Se retorcía las manos nerviosamente.

—Siento mucho que haya tenido que soportar esto —dijo Amber llena de compasión.

—Me alegro de que usted lo haya evitado. De verdad.

—Quiero encarcelar a Fox. Quiero que sea castigado por lo que le hizo. Tengo pruebas contra él, pero no son suficientes. Necesitaría que estuviera dispuesta a comparecer ante el tribunal y explicar lo que le hizo. Usted y Mary también, si es posible.

Abigail miró hacia el suelo. —Me temo que no podría hacer eso.

A Amber se le cayó el alma a los pies. Sin su testimonio, no tenían esperanza de persuadir al sheriff para que arrestara a Fox. Y mucho menos de conseguir una condena. —Pero Fox quedará libre.

Abigail levantó la mano para detener a Amber. —Pero creo que puedo ayudarla. Mitch se está muriendo. No hay duda. He oído al médico hablando con Jimmy esta misma mañana. El doctor espera que el viejo no pase de esta semana.

Amber no estaba segura de cómo sentirse. Mitch era tan culpable de aquello como Fox. Le habría gustado verle a él y a sus hijos condenados también. —No estoy segura de seguirla.

—Jimmy y Marty son buena gente. Son tan víctimas de su padre y de Fox como nosotras. Nos pasan dinero extra a Mary y a mí cuando pueden. Ambos me han dicho en el pasado que cuando su padre no esté seremos libres de irnos. Marty ya está casado y Jimmy lo hará a finales de este año. Sus esposas no quieren que regenten un establecimiento así. La única razón por la que seguimos allí es Mitch. Todo el mundo le teme.

—Entonces, cuando él muera, ¿estaría dispuesta a testificar?

De nuevo, Abigail negó con la cabeza. —No. No voy a pasar por eso. Solo quiero irme de aquí y desaparecer. Pero tenga, tome esto. —Sacó un fajo de papeles de debajo de su chaqueta—. Esta es una carta para el sheriff, firmada por mí.

Amber leyó la carta rápidamente. Lo explicaba todo: cómo se mudó a Freshwater Creek para convertirse en la novia por correo de Anthony Fox y cómo, al llegar, él la rechazó y la abandonó en la taberna para que trabajara para Mitch.

Cuando quedó claro que Amber había terminado de leer, Abigail se acercó a ella. —Debajo hay una carta similar de Mary. Pero Mary también tiene todas sus cartas de Fox. Yo no guardé las mías. Mary fue lo bastante lista para hacerlo.

—Esto es maravilloso. Sin duda va a ayudar. —No estaba segura de si sería suficiente. Ni Abigail ni Mary estarían en el tribunal para responder preguntas, pero no iba a presionarla.

—Tengo que volver. —Abigail se puso en pie y Amber la siguió—. Espero no volver a verla, Amber. No lo digo con maldad. Solo espero haberme marchado de aquí.

—Lo comprendo. Gracias por todo lo que ha hecho.

—Espero que lo atrapen. De verdad. —Dicho esto, Abigail abrió la puerta y salió apresuradamente.

CAPÍTULO 27



Amber jugaba con Sam en su cama. Le habían comprado un sonajero y una pelota de cuero en el comercio del pueblo.

Aunque le sonreía mientras él agitaba el sonajero, su mente estaba en otra parte. Había puesto a Billy al corriente de las noticias y él, de repente, declaró que tenía una idea. Se marchó diciendo que volvería pronto y que cuidara de Sam mientras tanto.

Eso había sido hace cuatro horas y ella se había puesto cada vez más nerviosa con cada minuto que pasaba. Rezaba para que no le hubiera ocurrido nada malo a Billy. Se sentía estúpida por ni siquiera haberle preguntado a dónde iba.

Mil pensamientos recorrían su mente, imaginando todos los horrores que podrían haberle sucedido a Billy. Entonces se dio cuenta de que no tendría estas preocupaciones si no sintiera algo por aquel hombre. El descubrimiento fue casi impactante para ella.

De pronto, oyó pasos pesados en la escalera. Se aseguró de que Sam estuviera a salvo en el centro de la cama y saltó para abrir la puerta de par en par. Billy estaba en lo alto de la escalera, con aspecto de sorpresa al encontrar a Amber en el umbral.

—¿Qué ocurre? —exigió saber él, temiéndose lo peor.

Amber se lanzó hacia él y lo abrazó. —Gracias a Dios que estás a salvo. Estaba preocupada.

Billy sonrió, encantado por el abrazo. —Lo siento. He estado arreglando unos asuntos.

Amber se separó, sintiéndose un poco avergonzada por su reacción. —Bueno, ya has vuelto. ¿Vas a entrar y a contármelo?

—Desde luego.

Sam esbozó una enorme sonrisa al ver a su padre y a Amber. Amber le devolvió la sonrisa al adorable bebé. Siempre parecía emocionado de verla, aunque solo se hubiera ausentado un minuto. Esperaba que, cuando tuviera un hijo propio, fuera igual que Sam. Sintió una punzada en el corazón ante la idea de dejar a Sam, pero ella tenía un futuro que construir y Billy también.

—A ver, tengo buenas y malas noticias —empezó Billy.

—Dame primero las malas —suspiró Amber.

Billy negó con la cabeza. —Si me lo permites, esta es una historia que debe contarse en un orden determinado.

Amber asintió y tomó a Sam en sus brazos. Parecía cansado y ella lo sostuvo contra su pecho y lo meció suavemente de un lado a otro.

Billy comenzó su relato.

—Fui al salón de Mitch y hablé con los hermanos que estaban tras la barra. Les dije que estabas decidida a ver a Fox castigado. También les expliqué que teníamos nuestras sospechas sobre algunas de las chicas que trabajaban allí. Eso hizo que se lanzaran miradas nerviosas el uno al otro.

Amber pareció alarmada. —¿No habrás puesto en peligro a Abigail o a Mary, verdad?

Billy sonrió. —Todo se aclarará. Deja que cuente la historia.

Amber le pidió disculpas y dejó que continuara.

—Les expresé mis condolencias porque me había enterado de que su padre no se encontraba bien. Sugerí que se me permitiera hablar con él. Expliqué que tenía una idea que aseguraría que las chicas pudieran abandonar el local sin que ellos dos se vieran implicados en ninguna fechoría. Intenté que la palabra fechoría sonara lo más siniestra posible —Billy se rió, disfrutando al contar su hazaña.

Sin embargo, Amber se sentía nerviosa. ¿Y si Billy hubiera puesto en riesgo a las dos chicas?

—Les expliqué que tenía una idea y que tal vez uno de ellos podría acompañarme al lecho de muerte de su padre para ayudar a persuadirlo.

—¿Persuadirlo de qué? —exigió Amber, incapaz de guardarse sus pensamientos.

—Pues de que lo confesara todo, por supuesto.

Amber lo miró confundida.

—¿Qué puede ser más convincente que la confesión de un moribundo? ¿Un hombre que necesita descargar sus pecados antes de encontrarse con su Creador? Lo que he conseguido ha sido persuadir al viejo Mitch, que está muy mal, para ser sincero, para que confiese lo que ha hecho. Al hacerlo, ha explicado que sus hijos no tuvieron participación alguna. Diría que ellos simplemente creían que las chicas estaban contratadas legalmente. Después de que lo meditara un poco y yo lo convenciera de las pruebas incriminatorias que teníamos contra Fox y contra él mismo, aceptó.

Amber jadeó de asombro.

—Fui a buscar al sheriff y al pastor. Mitch confesó haber conspirado con Fox para traer a una serie de novias por correo desde Nueva York para trabajar en su salón, bajo el pretexto de casarse con el abogado. Nos mencionó a Abigail, a Mary y, por supuesto, a ti. El sheriff tomó nota de cada palabra. No iba a arrestar al hombre, claro está. Cuando llegamos, el médico acababa de visitarlo. Nos dijo que dudaba que llegara vivo a la noche siguiente. Al verlo, no tuve dudas sobre ese diagnóstico. El sheriff y yo nos marchamos después de concluir nuestro asunto. El pastor se quedó con Mitch. Tengo la sensación de que tenía mucho más que confesar que solo su implicación en esta pequeña estafa.

—¿Entonces lo tenemos? ¿Tenemos a Fox? ¿Puede el sheriff arrestarlo? —preguntó Amber emocionada.

Billy suspiró. —Aquí es donde entran las malas noticias. Expliqué el resto de las pruebas que teníamos. La confesión escrita de las chicas del salón, junto con la confesión en el lecho de muerte de Mitch y tu testimonio, fue suficiente para el sheriff. Reunió a sus ayudantes y fueron a arrestar a Fox. Por supuesto, el hombre no abrió la puerta. El sheriff se vio obligado a derribarla. Bueno, en

realidad ordenó a sus ayudantes que lo hicieran, pero tuve que echarles una mano. Algunos de ellos ya tienen sus años. En fin, el resumen es que Fox se ha ido. Debió de desaparecer la noche después del juicio. Su ropa, sus efectos personales y sus papeles importantes habían desaparecido. No va a volver a Freshwater Creek. El sheriff va a emitir una orden de arresto por todo Texas. Puede que haya escapado, pero ya no es el hombre que fue. Si alguna vez vuelve por estos lares, estará acabado.

Amber sintió una punzada de decepción por el hecho de que no hubieran podido atrapar a Fox y llevarlo a juicio. Pero tenía la satisfacción de saber que lo habían puesto de rodillas. Solo esperaba que se sintiera miserable y desesperado. Rezó para que también sintiera arrepentimiento y vergüenza, aunque dudaba que fuera probable.

—¿Qué pasará con Mitch? —preguntó.

—Morirá pronto. Él lo sabe. Sus hijos lo saben. Se librarán de un hombre al que tenían pavor. Tan pronto como muera, sus hijos pagarán a las chicas y ellas seguirán su camino. No las compensará por todo lo que han pasado, pero las ayudará a empezar de nuevo.

Un nuevo comienzo en la vida.

Ahora que esto parecía estar concluido, eso era precisamente lo que Amber quería para ella misma.

A la mañana siguiente visitaría a Cody y le explicaría todo lo ocurrido. Después, compraría un billete de vuelta a Nueva York. Era hora de seguir adelante. Era hora de dejar atrás este pueblo.

—Gracias, Billy. No hacía falta que hubieras hecho todo eso. Las cosas podrían haberse puesto feas.

—Pero no ha sido así. Quería justicia para ti, señorita. No te merecías nada de esto.

CAPÍTULO 28



Amber terminó de redactar su carta para Cody. Junto con Billy y Sam, había visitado la cárcel después del desayuno, pero le habían dicho que Cody había pedido no recibir visitas.

Comprendía sus razones. Si ella estuviera encerrada en ese lugar espantoso, no querría ningún recordatorio del mundo exterior. Tendría que escribirle una carta.

Esperaba que aquello le aportara algo de alegría. Había cumplido su promesa lo mejor que había podido.

Ahora era el momento de comprar su billete de vuelta a New York y de retomar su vida. Tenía dudas, por supuesto. Su padrastro seguía en la ciudad, pero con una población de miles de personas, dudaba que volviera a cruzarse con él jamás.

Billy estaba inusualmente callado esta mañana. La seguía a todas partes cargando con Sam, sin ofrecerse a que Amber lo cogiera.

Dos de las damas de la ciudad, la esposa del pastor y la mujer de un ranchero, se acercaron y les saludaron mientras caminaban desde la cárcel hacia la plaza. Estaban encantadas de conocer a Amber y le dijeron que era una gran inspiración. Esperaban verla en la iglesia y por el pueblo. Amber asintió educadamente y se mostró de acuerdo. Parecía lo correcto.

¿Acaso la gente del pueblo pensaba que se iba a quedar?

No eran los únicos.

Billy y Amber fueron recibidos con sonrisas, saludos con la mano y hombres que se tocaban el sombrero a su paso. Uno les contó cómo Fox había estafado tierras a su familia y lo agradecido que estaba de que el hombre estuviera ahora arruinado.

Para cuando llegaron a la oficina del ferrocarril, tres personas más les habían hablado. Una pareja incluso les había invitado a cenar a modo de agradecimiento.

Amber se rió y miró a Billy: —Qué gente más amable. Dan ganas de quedarse.

Él puso cara de querer decir algo, pero se limitó a asentir con la cabeza y a señalarle un caballo grande a Sam, quien no le hizo el menor caso.

—Bueno, voy a entrar para informarme de los horarios.

Billy solo asintió y fingió estar absorto con Sam.

Un minuto después, ella estaba de vuelta fuera con aspecto algo turbado. —Hay un tren hoy. Esta tarde, sobre las dos.

—Eso está bien, ¿no? No tiene sentido quedarse aquí perdiendo el tiempo —respondió la voz ronca de Billy.

—Bueno, por alguna razón no esperaba que fuera hoy mismo. Pero sí, supongo que tienes razón.

Billy se limitó a mirarla, aunque era evidente que tenía algo en mente. Durante su conversación de la noche anterior, Amber le había revelado su plan de regresar a New York. Billy dijo rápidamente que no estaba seguro de lo que haría y que tomaría una decisión después de despedirse de ella.

—Tengo que comprar el billete en la estación, así que creo que debo volver al hotel para hacer la maleta.

—Muy bien. —Billy se puso en marcha en dirección al hotel y Amber tuvo que trotar de verdad para seguirle el ritmo.

Caminaron en silencio de vuelta al hotel. Dos veces Amber estuvo a punto de hablar, pero decidió no hacerlo.

—Le daré de comer a Sam aquí abajo —dijo Billy—, mientras tú recoges tus cosas. —Intentó que sonara lo más normal posible, pero no lo consiguió.

Amber se limitó a asentir, comprendiendo que ahora había una tensión tácita entre ellos.

El hotelero apareció mientras Amber subía las escaleras: —¿Qué ocurre, señor Cresswell?

—La señorita Johnson se marcha a New York —dijo Billy.

—Vaya. Ya veo —dijo el hotelero pensativo—. ¿No le ha pedido que se quede? ¿Que se case con usted?

Billy levantó la vista espantado. —No. ¿Por qué?

—Bueno, es lo que usted quiere, ¿no?

Billy soltó una risa desganada: —¿Tan evidente es?

—Para mí, sí.

—Ella quiere empezar de nuevo en la ciudad.

—¿Le ha preguntado realmente si eso es lo que de verdad desea? En mi experiencia, las mujeres a menudo necesitan una razón para quedarse. Probablemente solo esté esperando a que se lo pida. Es solo lo que pienso. —Se limpió las manos en el delantal y desapareció por la parte de atrás.

Media hora más tarde, Sam ya había comido y dormía en la cesta nueva que Billy le había comprado. Amber bajó las escaleras. Estaba radiante, con su larga cabellera recién cepillada y su mejor vestido también recién lavado.

Billy abrió la boca para hablar, pero las palabras no le salían.

Amber se quedó allí expectante, pero Billy no habló. Finalmente, Amber rompió el silencio: —Bueno, será mejor que nos vayamos.

Billy se levantó y sacó a Sam con suavidad de su cesta. El hotelero la subiría de nuevo a la habitación de Billy. —Bien. Estoy listo.

Se marcharon.

Después de unos instantes de silencio, Billy empezó a hablar de todo y de nada. Del tiempo en New York. De los problemas con las locomotoras. De cómo el hotelero podría mejorar el negocio.

Antes de que se dieran cuenta, ya estaban en la estación.

Amber compró su billete. Billy había intentado darle el dinero, pero ella se negó. Ahora tenían que esperar. Cuanto más esperaban, más aumentaba la tensión entre ellos.

Billy la miró.

Amber le miró a él.

Pero no se dijo nada.

El silbato del tren rompió el silencio y Amber respiró hondo. Había llegado el momento. Regresaba al punto de partida de toda esta aventura.

—¿Puedo cogerlo por última vez? —preguntó Amber.

—Por supuesto —dijo Billy, con el corazón rompiéndosele ante aquellas palabras.

Ella cogió a Sam, que le sonrió como si fuera lo más maravilloso del mundo. Paseó por el andén, hablándole suavemente al bebé en voz baja. Billy observaba, sabiendo que Sam necesitaba una madre. Todos los niños la necesitaban. Amber sería perfecta. Era una madre nata.

Cuando el tren se detuvo, Amber caminó lentamente hacia Billy y le sonrió. —Gracias por todo lo que has hecho.

—Señorita Johnson, soy yo quien debería darte las gracias. Sin ti, me da pavor pensar en lo que le habría pasado a Sam. Eres una persona verdaderamente maravillosa.

Mientras le entregaba a Sam a Billy, las lágrimas empezaron a brotar. —Cuidaos mucho. Los dos. —Besó a Sam en la frente y luego se puso de puntillas para besar a Billy en la mejilla. Cogió su bolsa de viaje y abrió la puerta para subir al tren.

Subió con cuidado al vagón.

—¡No! Espera —gritó Billy de repente, corriendo hacia el vagón —. Amber, no te vayas. No nos dejes. —Miró a su hijo y luego de nuevo a Amber—. No me dejes. Te quiero. Cásate conmigo.

Amber se quedó mirando al corpulento hombre por un segundo. Finalmente, había dicho lo que sentía.

—Nos quedaremos aquí. Usaremos el dinero de la compañía del ferrocarril para construir una nueva vida juntos. Parece que le caemos bien a la gente del pueblo. Encajaremos perfectamente. Podríamos...

—Billy —interrumpió Amber. Pero él seguía adelante, enumerando razones para que se quedara como si no pudiera parar ahora que por fin había admitido sus sentimientos—. ¡Billy!

Él se detuvo y la miró.

—Sí.

Él pareció completamente aturdido por su respuesta.

—Sí —repitió ella, con los ojos radiantes de alegría. Ahora que por fin lo había dicho, se daba cuenta de que deseaba aquello más que nada en el mundo. Billy era alto y apuesto, y tenía un corazón tan amable y generoso... Podría viajar de vuelta a New York y hasta el fin del mundo y nunca volvería a encontrar a un hombre como él.

Había mantenido la esperanza de que él dijera algo, creyendo que lo haría cuando ella mencionó que estaba considerando volver a la ciudad. Al no hacerlo, supuso que había interpretado mal la situación.

—Sí, Billy Cresswell, me casaré contigo.

Él acunó a Sam en el hueco de un brazo y con el otro la bajó del tren al andén.

Se inclinó hacia delante y la besó.

Todos sus sueños se habían hecho realidad.

EPÍLOGO



2 MESES DESPUÉS

El juez Walton escudriñó a Amber bajo su atenta mirada. De repente, esbozó una enorme sonrisa. —Estás maravillosa, querida mía.

—Gracias —respondió Amber con entusiasmo.

Acababa de bajar las escaleras de la casa de Walton, en la plaza, donde había pasado la noche. En cuanto el juez se enteró de que Amber y Billy se casarían, visitó a Amber en el hotel y le preguntó si podría tener el honor de entregarla en el altar.

Amber aceptó encantada.

Los habitantes del pueblo no habrían podido ser más acogedores ni mostrarse más entusiasmados con la noticia.

El sastre del pueblo se había desvivido para confeccionar un traje espléndido para Billy. La costurera había trabajado día y noche para crear un vestido hermoso a la par que funcional para Amber. Habían llegado ofertas de ayuda de toda la comunidad.

Los Cresswell se mudarían a una casa magnífica a las afueras del pueblo, comprada un mes antes a la compañía del ferrocarril a un precio de ganga. Se había corrido la voz por el pueblo de que la compañía ferroviaria había despedido a Billy, lo que no dejó una impresión favorable. Al final, le hicieron una oferta a Billy para que regresara a su antiguo puesto junto con el ofrecimiento del uso de una casa. Sin embargo, Amber y Billy decidieron que esa no era la vida que querían, por lo que el ferrocarril aceptó venderles la casa

por casi nada. Les valía la pena a cambio de la buena voluntad de los lugareños. Billy ya había empezado a arreglarla; sería una casa preciosa en la que criar a Sam y, si Dios quería, a su nueva familia.

El juez abrió la puerta principal y condujo a la novia hacia la plaza. Todo estaba en silencio. No se veía a nadie ocupándose de sus asuntos. Caminaron despacio hacia la iglesia y Amber lanzó una mirada de reojo al Saloon de Mitch. Los hermanos habían cumplido su palabra. Abigail y Mary se habían marchado tras recibir cada una una suma sustancial de dinero con la que empezar una nueva vida en otro lugar. Amber no podía sentirse más feliz.

Parada ante la puerta de la iglesia, no pudo evitar dirigir la vista hacia las tumbas que marcaban el lugar de descanso eterno de la familia Michell. Sin duda, Cody se habría enterado en la cárcel de que iba a casarse. Estaba segura de que él se alegraba por ella. Rezó para que Tate hubiera encontrado un lugar al que llamar hogar y se estuviera asentando.

Entró en la iglesia.

La razón de que la plaza estuviera vacía se hizo evidente al ver los bancos llenos hasta los topes dentro del templo. Todos los habitantes del pueblo habían acudido para ofrecer sus mejores deseos a los recién casados.

Billy esperaba al frente, al lado del pastor, y a su costado, en un capazo, yacía Sam profundamente dormido. Los ojos de Billy brillaron al ver a su novia.

—Estás preciosa —susurró.

—Gracias, ayudante Cresswell —arrulló ella en respuesta.

El pecho de Billy lucía una placa reluciente. Tras enterarse de que Billy había rechazado la oferta de empleo de la compañía de ferrocarril, el sheriff Hurford le hizo una visita y le ofreció el puesto de ayudante. La mayoría de los hombres del sheriff eran tan viejos como Billy, según había descubierto cuando fueron a arrestar a Fox. Billy sería una incorporación bienvenida. Tras una breve charla con su futura esposa, Billy aceptó. El sheriff también le había dicho a Billy discretamente que planeaba jubilarse no tardando mucho, dedicándole una mirada cómplice que sugería que Hurford apoyaría a Billy como el próximo sheriff de Freshwater Creek.

La ceremonia transcurrió rápidamente, mientras Amber pensaba que debía de estar bendecida para sentirse así de feliz.

—Ya puede besar a la novia —declaró el pastor.

Ella levantó la vista hacia Billy; su hermoso rostro y su fortaleza de carácter y de cuerpo le proporcionaban toda la seguridad que necesitaba. Él se inclinó y la besó con ternura. Ella agradeció tener los brazos de él a su alrededor, porque sintió que le flaqueaban las rodillas.

El matrimonio se sentía de maravilla.

Sam se despertó y lloró muy suavemente hasta que Amber lo cogió en brazos y lo consoló.

—Tiene suerte de tener una madre como tú —dijo Billy.

Amber sonrió. Por fin conocía la felicidad. No iba a dejarla escapar jamás.